

2
pts.

22/46
300

TAJO



MARLENE DIETRICH



CUADRO DE EMIL BLOCK

EL SUELO DE EUROPA ALIMENTA A TODOS SUS PUEBLOS

Suficiencia en los recursos vitales, capacidad para vivir sin tutelas, energía espiritual y fuerza material para resolver sus propios problemas. Todo ésto lo dá el suelo de Europa a sus pueblos.

Cada pueblo Europeo con su personalidad destacada, con su fisonomía peculiar, laborando dentro de la gran familia europea, hará que tenga
VIDA PROPIA la NUEVA EUROPA

A-396



D
W

CEREBROS Y BRAZOS EUROPEOS PRESERVAN A EUROPA DEL BOLCHEVISMO

TAJO - Semanario - Alcalá, 128 - Teléfono 58192 - MADRID - Año IV - Núm. 146

DEL «CARRO DE RIELES CONTINUOS

al moderno carro de combat



No se puede afirmar con plena seguridad quién haya sido el verdadero inventor del carro de combate. Oficialmente fueron los ingleses los que llevaron por primera vez al campo de batalla la nueva máquina de guerra, pero tal hecho no es suficiente para establecer con precisión la paternidad de la tan temida arma moderna.

La parte más trascendental en el carro de combate es, sin duda alguna, la innovación de la cadena adaptada a las ruedas, que le permite reptar sobre todos los terrenos. La tracción de oruga es la que proporciona toda su enorme eficiencia a este ingenio bélico y la que le ha prestado una particular fisonomía a la actual guerra motorizada.

Son muchos los que se disputan la invención de este sistema que data ya de hace alrededor de un siglo. Al lado del italiano Bonagente, que introdujo en él algunas modificaciones, debe figurar, sobre todo, el nombre de un oficial alemán, que dedicó buena parte de su vida a abrir paso a una innovación que las gentes de su época no han pasado de considerar como ingenioso juguete.

El obstinado innovador se llamaba Julius Schneider y había nacido el 23 de enero de 1840 en Perschau (Silesia). Desde muy joven se consagró a la carrera de las armas. Durante la guerra francoprusiana fue destinado como oficial a la isla de Rugen para construir en ella fortificaciones con las que se pudiese hacer frente a cualquier posible ataque de la flota francesa.

Parece que fue en esta isla del mar Báltico donde se le ocurrió la idea de la cadena articulada. Para salvar las grandes dificultades que las tropas de ingenieros encontraban al pretender transportar los materiales por las carreteras y pistas, casi impracticables de la isla, Schneider ideó dotar las ruedas de los vehículos de sendos «rieles móviles» que permaneciesen siempre en torno a ellas y se pudiesen adaptar al mismo tiempo a todas las irregularidades de terreno.

Entusiasmado con los buenos resultados obtenidos solicitó de sus superiores jerárquicos la autorización para dedicarle su invento al Kaiser. Pero los altos mandos, que no parecían tener en la «máquina de rieles eternos» la misma confianza que su constructor, le disuadieron del propósito y le negaron la aquiescencia.

Desde este momento empieza para Julius Schneider uno de aquellos pe-

riodos atormentados que atravesaron tantos inventores poco afortunados de todos los tiempos. Carente de medios y teniendo que mantener a su familia, logró, sin embargo, allegar algunos ahorros, con los que pagó al constructor de carros de Colonia, Peter Johann Schmitz, la ejecución de un nuevo modelo.

La máquina funcionaba admirablemente. Schneider la probó y ensayó repetidas veces sobre los terrenos más accidentados y difíciles, y cuando ya estuvo convencido de que no podía por menos de llenar todas las aspiraciones, le envió a Berlín para someterla al juicio de una Comisión militar. Esta Comisión apreció todos los méritos y ventajas del nuevo ingenio, pero le hizo saber al infeliz inventor que el Ejército no tenía intención de adoptar la tracción oruga; pero no por eso se dejó Schneider ganar por el desaliento.

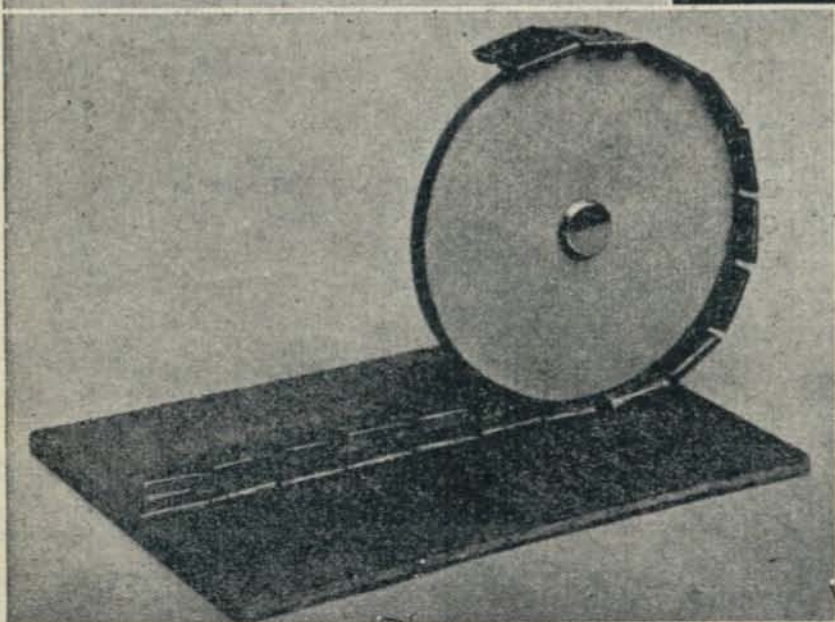
Unos años más tarde toda Alemania se ocupaba del grandioso monumento que estaba alzándose sobre el Rin en conmemoración de la victoria obtenida contra los franceses. Schneider, aunque retirado ya del servicio militar, emprendió el viaje a Renania, llevando por todo bagaje su singular «carro de rieles eternos». Pensaba en poder hacer explotar su invento en el transporte de los materiales de construcción destinados al monumento de Niederwald. Pero tuvo que volverse a casa con su máquina y con las deudas que ésta le había hecho contraer. No se contentará, empero, con este intento de dar a conocer sus excelencias, sino que aprovechará todavía cuantas ocasiones se le brindan hasta el 1910, año en que ocurre su fallecimiento.

El sarcástico destino quiso que Schneider desapareciese precisamente cuando la tracción de oruga empezaba a ser tomada en serio en diversas partes de Europa. Especialmente en Inglaterra, se comenzaba a estudiar entonces el nuevo método, con tanta celeridad y éxito que en 1916 el Ejército británico pudo ya lanzar contra las tropas alemanas los primeros carros de combate de ese sistema que registran los anales de la Historia.

Schneider, lo mismo que muchos otros inventores, vivió una vida nada envidiable, en la que hubo de experimentar muchísimos sinsabores. Y del carro de tracción de oruga, que hizo construir en Colonia, no existe sino una sola rueda con parte de cadena, pues todo el resto del sencillo artefacto fue víctima de la saña infantil de sus sobrinos, a los que sirvió de interesante juguete durante algunos meses.

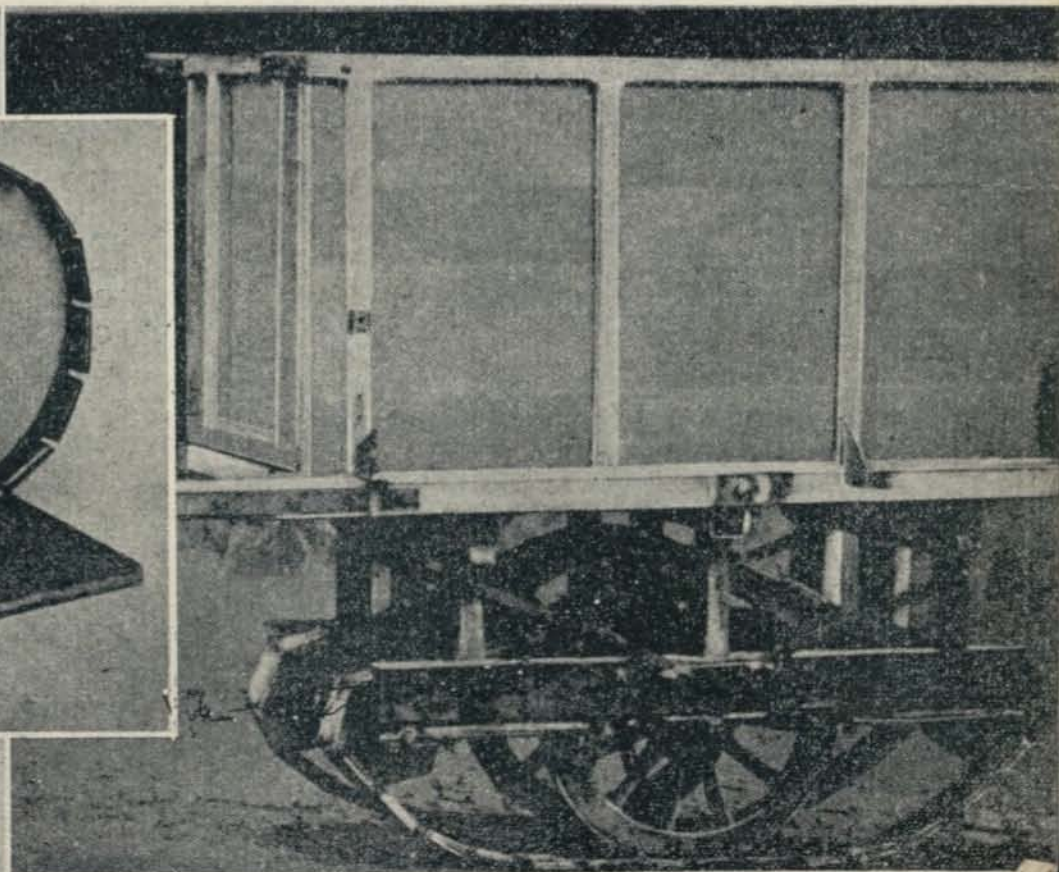
Lo único que queda del invento del capitán Schneider

Foto: Becker



El primer carro de combate alemán

Foto: Becker



Estampas de nuestra fiesta...

El arte sin par del toreo a caballo alcanza en Alvaro Domecq su momento cumbre

En la evolución natural del arte la irrupción de nuevos estilos, la aparición de expresiones nuevas—cuando éstas logran abrirse paso y crear escuela—suele llevar aparejado en sí un cambio tan radical, tan violento, tan brusco, que se denomina revolución. Así—hablando de nuestra fiesta nacional, el torero y el toro—, cuando surgió arrollador el toreo belmontino, se llamó a su arte una “revolución”. Y consolidada ésta, a los que siguieron las huellas del nuevo modo de torear—pisando terrenos nuevos y con un sentido armonioso del movimiento de brazos y piernas—se dijo de ellos que eran de escuela belmontina. En el arte del toreo a caballo el movimiento revolucionario no se vislumbraba, pese a los grandes artistas que mantenían en alto el pabellón. Los portugueses—Nuncio, Simao, etc.—mantenían el prestigio de sus grandes caballistas toreros, estilizando y depurando su estilo de equitación ante las reses emboladas, y entre los españoles, nombres gloriosos—Cañero, Algabero, Juan Belmonte—defendían el pabellón nacional, en franca y leal competencia con los lusos, desafiando a las reses con cornamenta sin bolas protectoras. Nada hacía presumir que se pudiera llegar a formar la verdadera “revolución”. Parecía como si todo cuanto se pudiera hacer entre jinete y toro bravo estuviese resuelto. En los momentos de mayor apogeo de la afición, mano a mano discutían sus méritos lusos y españoles, sin que el espectador a las corridas de toros hiciera cambiar sus preferencias en favor de los toreros a caballo, con mengua de los de a pie. Por mucha afición que formase un par de banderillas de las cortas puestas por un valiente rejoneador, impresionaba más cuando, como en el caso de Juan Belmonte, éste se apeaba del caballo y, despojándose de la impedimenta de los zafones, cuadraba a la res con auxilio de la muleta y le propinaba un excelente estoconazo de efecto fulminante. Lujo del cartel, propio para corridas de gala, era la inclusión de los rejoneadores. Cierta parte de afición se resistía a una entrega total ante las maravillas que los jinetes bordaban sobre la arena en espec-



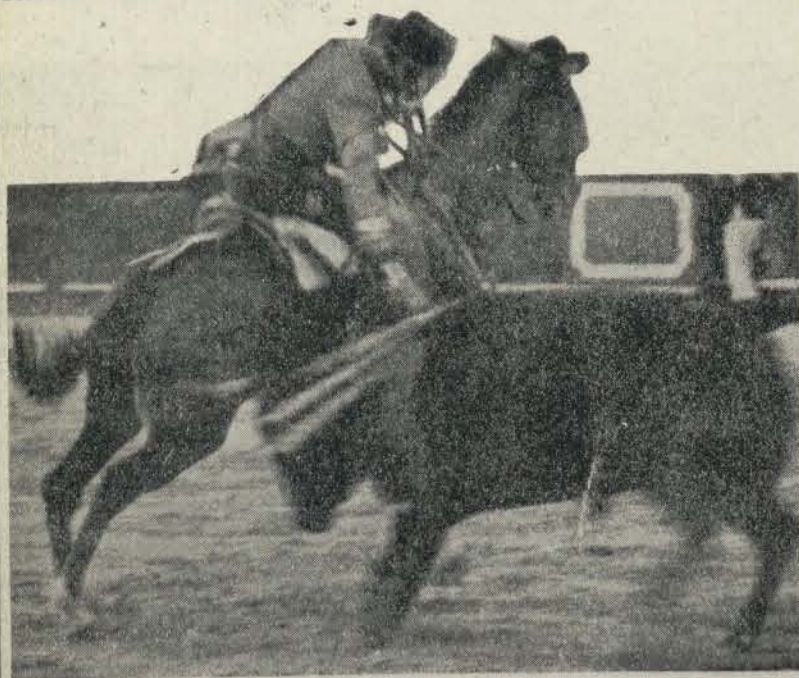
taculares caracoleos y esperaba con interés la parte primordial del festejo, que era la lidia de una corrida de toros por toreros de a pie. Y ocurría todo esto porque el arte sin par del toreo a caballo no se renovaba, no buscaba una superación en sí mismo, no forjaba su revolución artística.

Muy recientemente, y ante la sorpresa de los espectadores, surgió el revolucionario. Un aristócrata andaluz, Alvaro Domecq, escrupuloso ganadero y magnífico caballista, exhibe en unas fiestas benéficas el más depurado arte del toreo a caballo. Pese al abolengo de su apellido, la gente se preguntaba al verlo: “¿De dónde ha salido este “fenómeno”? ¿Como torea a caballo este joven no hemos visto torear a nadie!” La revolución se vislumbraba también en el toreo a caballo. Lo mismo que Juan Belmonte marcó el principio de una nueva era del toreo, Alvaro indicaba el camino hacia un estilo renovador del rejoneo. Estamos seguros de que si este deportista hubiese pedido plaza en la torería con carácter profesional, a partir de aquella su primera y única exhibición en Madrid, su nombre hubiese adquirido cotización comparable con las grandes figuras del toreo. No fué así. Su arte estaba vedado para la fiesta de toros como espectáculo de multitudes. El “sportman” no podía dedicar por entero sus actividades al toreo a caballo. ¡Lástima que fuese así! Pero la revolución sí estaba consolidada. Una tarde, en cierto festival, cuando la afición, enardecida, vitoreaba su es-

tilo singular, requirió la espada, y como si de la suerte del volapié se tratase, cuadró a la res y en todo lo alto, recreándose en el viaje, cruzando con su caballo ante el pitón derecho del toro, enterró el estoque hasta la empuñadura, saliendo el bicho rodando sin puntilla. Aquello era el momento cumbre del arte de todos los rejoneadores habidos. Era, nada menos, que una auténtica revolución que señalaba el cenit del caballista toreado a la usanza nueva. Era la aparición del “alvarismo” en el toreo a caballo, como en el de a pie obligó a llamarse en su día Juan Belmonte, “belmontismo”.

Lástima que el “alvarismo” haya nacido en quien, por sus ocupaciones, por su mismo nombre acaso, no puede adelantarse al mundo profesional prodigando las lecciones nece-

sarias para la formación de hábiles discípulos. Bien es verdad que para el logro de esta ambición no puede fiarse sólo a la voluntad de dominación del arte. Hacen falta también “mimbres” para hacer estos cestos. Y estos “mimbres” son la perseverancia, el entrenamiento, la afición desmedida del arte de la equitación frente al ganado bravo. No obstante, en pie quedó el “grito de renovación radical del rejoneo”, el “alvarismo”. Arte y ciencia acabada de todas, absolutamente todas, las suertes del toreo, ejecutadas por jinetes. Las tres coplas del arte grande, que estaban incompletas hasta que Domecq requirió la espada y, con el más depurado estilo, dió un volapié a un toro de cinco años—sin bolas protectoras—y lo hizo rodar sin puntilla a los pies de su domado alazán...



BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

DOMICILIO SOCIAL:

MADRID - ALCALA, 14



370 Sucursales en la Península y Marruecos

Capital autorizado	200.000.000,00 pesetas.
Capital desembolsado	150.000.000,00 —
Reservas	98.226.922,33 —

Ejecuta bancariamente toda clase de operaciones mercantiles y comerciales.

Está especialmente organizado para la financiación de asuntos relacionados con el comercio exterior.



SUCURSALES URBANAS EN MADRID:

Glorieta de Bilbao, 6.
Glorieta de Atocha, 8.

Conde de Romanones, 6.
Velázquez, 29.

CASTA DE ARTÍFICES

EL TOREO Y EL CANTE FLAMENCO ENTRONCADOS EN UNA FAMILIA DE ARTISTAS

DE LA DE LOS "GALLOS", FUERON "CURRO DURSE" Y MANOLO CARACOL



El cante flamenco, rebelde a todo pentagrama, como el toreo, antitético de todo academicismo, por lo íntimo, por lo personal, por lo racial —"de una misma familia", ha llegado a definirle Cossío—, no ha tenido otro medio de conservación a través de las generaciones pasadas, como un legado de padres a hijos, una transferencia casi sagrada, de cuya posesión iban haciendo los poseedores usufructuarios de esta interpretación artística del alma popular, único motivo de su paso por el mundo. Familias de toreros existieron y existen en los que no cabía preguntar al pequeño, en cuanto tenía uso de razón, qué iba a ser en la vida, pues la respuesta no tardaba en surgir espontánea y decidida: "Yo, torero". Y es singular también que en cierta familia de esta casta de gladiadores, en la de los "Gallos" precisamente, no más respondía la afirmación el mocoso diestro, se alejaba del grupo, como si precisase dialogar con su alma misma, y canturreaba por cante grande una coplilla que ya había sido oída a su padre, a su abuelo y a su bisabuelo, con la misma cadencia, con el mismo giro familiar, casi con el mismo sello que imprimían en su arte de luchar con los toros unos y otros, generación tras generación.

Viene a cuento todo esto porque hemos coincidido en Madrid con un heredero directo de esa familia de artistas, de la de los "Gallos", a quien el amor por el cante le llevó a escalar el puesto preeminente de divo, y porque a través de una charla que quisimos derivar por el terreno del toreo, surgió, fuerte y dominante, el tema del cante flamenco, Manolo Caracol, a quien las palmas que escuchaba al lado de Conchita Piquer le deben sonar al son de un cuadro flamenco formado por orates, es primo del "Gallo" de ahora, sobrino de los "Gallos" de ayer y, por ende, un "Gallito" en toda la extensión de la palabra, es decir, un heredero directo de esa casta de artífices del arte popular más español de todos.

He aquí nuestro trabajo sobre su árbol genealógico: Manolo Caracol, el más feliz intérprete del cante grande, aún tiene a su lado a su padre, otro Manuel Caracol, que ofrenda su vida al cante flamenco. "Cantaor" fué su abuelo, "Curro Durse", y su bisabuelo, "el Planeta"; "cantaor" fueron sus tios y tios abuelos y tios bisabuelos, Enrique "el Mellizo", Enrique Ortega, "El Fillo"; como emparentados en su misma familia, en tres generaciones, estaban los "Gallos" y "Gallitos" del pasado y del presente.

¡Qué de particular tiene ya esta anécdota que vamos a contar de la vida de este Manolo Caracol de nuestros días!

Contaba sólo trece años y su sueño era cantar como sus antecesores, y, a ser posible, mejorarlos. El primer concurso de cante, al que se le daba un tono artístico inusitado, se debía celebrar en Granada. Lo patrocinaba el Centro Artístico de aquella ciudad, y el Jurado no podía ser de mayor categoría: el veterano Chacón—en calidad de técnico—, D. Manuel Falla, Zuloaga y Segovia. ¡Casi nadie! Fueron invitados por regiones lo más florido de la afición al cante. El público habría de asistir vistiendo trajes de la época goyesca y sólo iban a percibir los artistas los gastos y el premio en metálico para los triunfadores. Se trataba de una verdadera reunión en torno al arte flamenco. Ni que decir tiene que los "cantaor" sólo podrían actuar sobre el tema "cante grande": la seguidilla, la "soleá", la caña, el polo, la "toná", la "liviana", la serrana, el martinete... ¡Nada de tonadillas ni fandanguillos, que eran considerados como arte menor, impropio de los buenos "cantaor" de flamenco.

Para dar una idea del elevado tono artístico de aquel concurso consignemos que artista del temperamento de Antonia Mercé "la Argentina" suspendió sus conciertos de baile, que a la sazón venía dando por Centroeuropa, y se trasladó a Granada. Y que García Sanchiz, catador de todas las bellas emociones, asistió como espectador a este concurso, entre otras muchas personalidades del mundo artístico. Estábamos en el 1922. Como participantes acudieron Manuel Torre, el viejo Bermúdez de Morón (con sus setenta y pico de años) y todo lo más florido de los "cantaor" y "cantaoras", con "la Niña de los Peines", "el Pinto", etc. Entre todos éstos estaba un descendiente de "el Planeta" y de "Curro Durse", Manolito Caracol, con sus trece años, alto, moreno, con cara de "aficionado" a las capeas. Dos días duró el concurso. La palma se la estaban llevando entre los dos polos opuestos: el viejo Bermúdez y el chaval Caracol. La balanza no acababa de inclinarse. Un chaparrón—se celebraba al raso la función—amenazó con poner fin al desfile de "cantaor". El Jurado parecía indeciso para adjudicar las 5.000 pesetas a aquel bisoño, que de manera tan depurada había cantado por todos los estilos. Ya el público comenzó a cubrir sus cabezas con los asientos de sus sillas y se disponía a abandonar el local, cuando Caracol se arrancó por seguidillas con esta saeta:

*La Virgen subió a los cielos,
todo enlutado de estrellas.
A cambiar su manto azul
por uno de seda negra,
para el luto del Señor.*

Y las sillas vinieron de las cabezas de los asistentes al mojado suelo y las palmas, en ovaciones cerradas, decidieron al Jurado. Manolo Caracol, a los trece años, quedaba consagrado como primer premio—5.000 pesetas en metálico—en el primer concurso, y a los trece años de edad.

Antonia Mercé y García Sanchiz unieron sus gloriosos nombres al del neófito artista y los tres emprendieron una jira de arte por Andalucía. Mercé lucía su arte sin igual. Manolo Caracol "ilustrada" una charla de Sanchiz sobre el tema "el cante jondo". Y Andalucía acaparaba la atención de los públicos españoles ante tamaño triunvirato... Con Manolito Caracol había triunfado el "cante grande", escalando un puesto preeminente entre las demostraciones folklóricas del alma española.

Hablábamos con el artista de toros. Y, concretamente, de una familia de toreros, de la suya precisamente. De De Fernando "el Gallo"—para nosotros no visto—, de Rafael, del "genio", de "Joselito", de los "Gallitos" de hoy. Mi interés era derivar hacia el mundo taurino la charla. Acaso lo era en Manolo Caracol también. Pero, sin pretenderlo, seguimos hablando de cante flamenco:

—¿Crees que el "cante" es propio de escenario y de grandes masas de público?

—Indudablemente. Lo mismo que el toreo. Lo que ocurre es que hasta ahora no se ha sabido enfocar. Mira, yo recuerdo de mi jira con Antonia Mercé y con García Sanchiz que la intervención del "cantaor" era recibida con el máximo respeto. Había bastado para ello la preparación que el charlista hacía del tema que se desarrollaba en la escena. Por eso estimó que el "cante grande", para ser llevado a las tablas, tiene que ser después de escenificar sus coplas. Eso es lo que vengo haciendo desde el año 1939. El cante es sentimiento y para desarrollarlo hace falta situación. Esta no puede dársele una silla, un micrófono enfrente y un proyector sobre nuestras caras. El actor de teatro—me dice—encuentra situación cuando le toca intervenir en el diálogo.

Lo mismo le pasa al cantante de ópera, esto mismo hay que hacer con el cante, escenificarlo de una manera sugestiva, y, sobre todo, acertada. Así ganaremos al público para este arte.

—¿Crees que no tiene ya su público el cante flamenco?

—Desgraciadamente, es el peor enemigo del cante. Eso que hemos llamado afición al cante. No tienen ellos la culpa precisamente. Se han formado al calor de desfiles de cantantes que cultivaban la tonadilla, el fandanguillo, los cantes melódicos y divertidos, que nada tiene que ver con el auténtico cante flamenco. Y se da la circunstancia que los gustos van por ese camino. Por eso es más difícil la labor de sacar adelante el "cante grande". Pero todo se andará. Ya hemos conseguido liberarlo de la vida irregular en colmados somnolientos. Hemos conquistado el cinematógrafo, la escena. Ahora tenemos que seguir luchando y educando a nuestros hijos en el verdadero arte.

—¿Tienes hijos?

—Cuatro.

—Que serán, sin duda, como "el Planeta", como "Curro Durse", como Caracol...

El divo de hoy sonríe. Y como evadiendo la respuesta nos obsequia con un canturreo por "lo bajo":

*Ya viene rayando el día,
Ya se va la noche bella.
Ya sólo queda una estrella.
Esa es la tuya y la mía,
vámonos los dos a ella.*



FIDEL P. JUEZ
Sucesor de Juan Juez
JEREZ
Manzanilla Quina
"La Serrana" "El Cid"

RESEÑA HISTÓRICA *de la* **FIESTA DE TORO**

ORIGENES DEL TOREO

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE

(Continuación.)

Las célebres quintillas de D. Nicolás Fernández Moratín:

*Madrid, castillo, famoso,
que al rey moro alivia el miedo.*

han contribuido no poco a esta leyenda de los árabes toreadores. Don Nicolás nos retrata al Cid compitiendo con los árabes madrileños, y, al hacerlo, usa y abusa del adjetivo encomiástico, igualito que en la actualidad una propaganda hiperbólica. No le falta más que llamarle "el torero de cristal" o "el brujo del capotillo de seda purpúrea". Luego dicen que en España se lee poca poesía. Estas quintillas se las saben de memoria honradas gentes de la calle del Tribulete, que son los que luego aseguran, por su honor, que el toreo lo inventaron los árabes. Ustedes ya están bastante documentados para desmentir esta especie cuando la oigan y no duden en apostar incluso cantidades que no posean, en la seguridad de que realizan un negocio redondo sin ningún riesgo de pérdida.

*Evocación lírica y cortita
de Granada la Bella.*

Ahora, lo que sí pudo suceder, y quizá ocurrió, fué que los árabes o, mejor, los moros, pues moros de la morería fueron los que invadieron España, aprendieron de los cristianos el arte de lidiar toros, bien a caballo o a pie, seguramente a caballo, dadas las grandes aptitudes de caballistas que poseen los musulmanes. Porque una cosa más que van a saber ustedes, los que no la sepan que tal vez sean pocos, por ser aficionados a toros y leerme a mí, también a lo mejor son pocos, pero espero que sean buenos, es que, naturalmente, no todos los cristianos derrotados se refugiaron en las montañas de Covadonga, que son grandes, pero no tanto como para albergar la avalancha de toda la población cristiana de España inscrita en el censo del año 711. Muchos se quedarían en sus lugares, en sus casas, en sus chozas, en sus cuevas, en sus campos, y éstos convivirían con los moros y se harían amigos y se intercambiarían costumbres y diversiones y quizá entre éstas se contarán los toros, la fiesta de luchar y vencer a los toros, en el supuesto de que tal entretenimiento estuviera en boga entre los godos españoles, como parece más que probable. Pero una cosa es que los moros torearan y otra que inventaran el toreo. Los que hayan leído todas las páginas de esta *Reseña histórica de la fiesta de toros* están al cabo de la calle de quiénes fueron los primeros toreros, y los que no, con adquirir los números atrasados de *TAJO*, donde aquellas aparecieron, se enterarán cumplidamente.

Esta lucha entre la historia y la leyenda, nunca finada por tregua de paz, en alto siempre las espadas para ver quién vence a quién, es lástima que pocas veces resulte triunfante la leyenda, siempre

más poética, atrayente y simpática que la gruñona, seriota e inflexible historia. Y esta leyenda de los árabes toreadores es preciosa, aunque sea mentira o quizá por que lo es.

Nos figuramos a los árabes envueltos en sedas multicolores, con sus cuidadas y pobladas barbas sombreando los ojos negros como la endrina, fulgurantes de coraje, caballeros en corceles de poca alzada, pero ligeros, dóciles de boca, largas crines de hebras suaves, cual la cabellera de la amada, alanceando toros ante el concurso, suspenso de temor, anhelante de curiosidad, porque entonces no era como ahora, entonces no se sabía quién iba matar a quién, si el toro al torero o viceversa. Nos figuramos también a un "Cagancho" de aquellos tiempos. Es de suponer que habría entre los árabes muchos "Caganchos", poseedores de su desmayada elegancia y de sus movimientos lentos y majestuosos. ¿A cuánto se pagarían las entradas por ver a "Cagancho", no ataviado con el traje de luces, que no es que esté mal, pero que está muy visto, sino envuelto su gitano cuerpo en leves, sutiles y airosos alquileles de colores vivos, llameantes, tocado, en lugar de la montera, por blanco turbante, cual jirón de nubecilla pasada junto al olivo de su tez? ¡Oh, sí, plaza de Bibarrambla granadina en tarde de toros, con árabes en el ruedo y huríes, tapadas o no, en los tablados!

*... lástima grande
que no fuera verdad tanta belleza.*

Pero, en fin, nosotros somos historiadores, qué le vamos a hacer, y no podemos descarrilar por los vericuetos floridos de la leyenda. Hagamos punto al bello lirismo, del que he dado débiles mues-

tras, y con promesa de reincidir cuando la ocasión lo tolere, sigamos nuestro camino por la ruta que nos marca la mano nunca torcida de la Madre Clío.

*¿Cuándo nace la corrida de toros
como espectáculo?*

¿Cuándo y cómo empieza la fiesta de toros a convertirse en espectáculo público, en jolgorio de nobles y de plebeyos? Remacho que siendo este trabajo mío meras notas de divulgación, sería enojoso trasladar las rebuscas de toda índole efectuadas por los eruditos, sus disputas sobre la autenticidad de un dato, de una hipótesis, y, por tanto, resumiré mis copiosas y poco recomendables (en el sentido de la amenidad) lecturas, a las que me entregué con todo afán cuando recibí el encargo que, semana tras semana, voy cumpliendo como Dios me da a entender.

Fué Alfonso X el Sabio, en sus famosas *Partidas*, quien primero se ocupó, no ya de reglamentar, sino de prohibir que a las fiestas de toros acudieran los eclesiásticos, prohibición que no era exclusiva a esta clase de festejos, sino a otras de diversa índole, tales como la caza, el juego de pelota y el de los dados y trebejos. Prueba indubitable de que ya en su época—Alfonso X nace el 1221 y muere el 1284—las fiestas de toros constituían espectáculo corriente en las costumbres de los españoles. La primera corrida regia se da en León, con motivo del matrimonio de Doña Urraca, hija de Alfonso VII el Emperador, el año 1144. Es muy probable que en las primitivas fiestas de toros, organizadas como festejo público, fuera el pueblo el actor de ellas, no pasando a la nobleza, a los caballeros esta afición sino por esos años de la mitad del siglo XII. El que no tengamos noticias de las fiestas de toros posiblemente celebradas con anterioridad a esta fecha no quiere decir que no las hubiera. Para mí no tiene duda que la continuidad de la





afición a luchar con los toros es evidente en España. Es decir, que cuando la lucha del hombre con el toro deja de constituir una necesidad, bien de defensa, bien de aprovechamiento de la fuerza del toro para la agricultura o de su carne para alimento, y del toro como necesidad se pasa al toro como espectáculo, este espectáculo no sufre prolongado eclipse en la española tierra, sino que, naturalmente, amoldándose a las diversas vicisitudes que padece el desenvolvimiento de su historia, el toro persiste siempre bien arraigado en las costumbres de sus habitantes, que hacen de él no tanto como su preferida distracción, pero sí una de las más aceptadas.

Fué también Alfonso X el Sabio, en sus *Partidas*, el que persiguió las fiestas de toros populares, esto es, las organizadas por el pueblo y con el pueblo como actor de ellas, alentando y fomentando, en cambio, el alanceamiento de todos ejecutado por la nobleza. Porque otra suposición que me permite insinuar es la de que esas fiestas de toros populares no serían otra cosa sino las capeas que todos hemos conocido, como primordial y preferido número de los festejos anuales en honor del Santo o Santa, Patrono de la localidad. No exactamente las capeas actuales, sino, como es natural, las capeas posibles entonces, dados los escasos conocimientos que se poseían del arte de lidiar toros bravos. Pero desde luego toro a pie. ¿Luego por aquellos tiempos ya se conocía el capote?, me preguntarán. No lo sé. Tal vez no. Seguramente no. Pero eso no impide que se pudiera torear. ¿Es que en las capeas actuales todos los mozos del pueblo torear con un capote? No; torear con lo que pueden, con un saco, con sus chaquetas, con un pedazo de trapo, con lo sea, con tal de llevar algo en las manos para engañar al toro. E infinitos mozos lo desafían a cuerpo limpio, en la mano la gorrilla o el sombrero. ¿Por qué no podían ser de manera semejante aquellas primitivas capeas que Alfonso X el Sabio prohibió probablemente por las mismas razones de humanidad que en nuestros días movieron a D. Juan de la Cierva a hacer otro tanto? Las capeas serían una cosa salvaje, ocasionarían muchísimas muertes y el legislador, cumpliendo con su deber, las prohibió. Y que ello no fué un capricho de Don Alfonso X, ni tampoco fobia taurina, lo prueba que no sólo lo toró, sino que fomentó las fiestas de toros celebradas por la nobleza, espectáculo de otro rango, no sólo estético, sino muchísimo menos cruento y cruel, por cuanto los caballeros alanceaban, herían a los toros con una lanza, montados en caballos, con lo cual la lucha con el toro adquiría mayor nobleza y mayor defensa para el hombre. Creo y estimo que estas razones son suficientes para no caer en lo fantástico al afirmar

que primitivamente las fiestas de toros populares, cuya existencia es segura, puesto que en las *Partidas* está su prohibición, tuvieron parecido carácter, a salvo todas las distancias, que las actuales capeas, no por menos frecuentes desaparecidas, objeto de la persecución por los gobernantes y, sin embargo, bien arraigadas en la entraña popular, como todo lo añejo.

La cuestión del toro chico en los tiempos de Enrique III el Doliente.

Esta cuestión, hoy tan de actualidad, del toro chico, es también añeja y bien añeja en el toro. Desde que ha habido toros en el mundo, y ya sabemos que los hubo casi desde su creación, los toros unos eran chicos y los otros grandes, no por nada, sino por lo mismo que también existen hombres chicos y hombres grandes. No se sabe por qué unos crecen más que otros. Hasta los veinte años próximamente, el hombre crece un poquito todos los días. No estoy seguro, pero me parece haber oído que el toro crece hasta los cinco años. Como es natural, un torito tiene menos fuerza que un torazo, y esto lo sabían los trogloditas lo mismo que Manuel Rodríguez "Manolete", y un bombón se lo come uno y le sabe tan rico, pero de una vez cinco kilos de bombones se los come muy poca gente, y el que se los come se expone a morir. Una vez admitido que es preciso luchar con un toro, pueden ocurrir dos cosas: que el toro sea grande o que el toro sea chico, y luego puede ocurrir otra: que al toro le pueda elegir el que lo va a torear o que no. Si lo puede elegir, ¿cuál elegirá, el grande o el chico? En esto no ha variado nada el hombre desde los trogloditas a Manuel Rodríguez "Manolete". Siempre que pudo eligió el toro chico. Y se ha comido el bombón y no le ha pasado nada.

En tiempos de Enrique III el Doliente hubo una terrible epidemia en el ganado vacuno. Se morían las vacas, los toros y los becerros unos tras otros,

sin que se pudiera atajar el mal; los ganaderos estaban desesperados, las autoridades prohibieron matar terneros durante un año, restringieron la celebración de las corridas de toros y en las pocas que se autorizaban sólo se lidiaban a lo sumo dos toros. Esta epidemia del ganado vacuno en los tiempos de Enrique III el Doliente es importantísima en la historia del toro y de tan funestas consecuencias para la fiesta como para el ganado la epidemia, porque señala la aparición en las arenas de las plazas de toros del novillo.

Y va de digresión. El uso del adjetivo en el idioma español es peligrosísimo. De las diferentes clases de adjetivos que nos dice la Gramática que existen y que nosotros creemos, porque para qué vamos a meternos con la Gramática, el adjetivo superlativo ha adquirido proporciones también superlativas. Este es el más castigado por el abuso, pero sus restantes compañeros no se quedan atrás. Digo todo esto porque acabo de escribir un poco más arriba el adjetivo funesto aplicado a las consecuencias que para la fiesta de toros trajo la aparición del novillo en los ruedos. Y creo que me excedí un tanto. Funesto es lo aciago, lo que origina pesares. ¿Y el novillo ha sido aciago para la fiesta de toros? ¿Qué desgracias o tristezas aportó el novillo a las corridas de toros? Inmediatamente encontramos la respuesta. Restó emoción a la fiesta. Y la fiesta es primordialmente emocionante, y si no es emocionante no es nada. Conformes. ¿Pero, cuando no hay toros, son tolerables los novillos? En tiempos de Enrique III el Doliente apareció el novillo porque apenas había toros. Desde entonces acá, a pesar de haber toros, se lidiaron novillos, con gran contento de la afición, pero no de toda ella, porque siempre se agitó un sector que exigía el toro grande, embista o no embista, porque temía que si se iba reduciendo el tamaño de las reses la fiesta perdería su importancia, que radica en la lucha del hombre con una fiera, y un becerro no es una fiera, es un chiquillo que juega al toro, no con cuernos prestados, sino con cuernos propios. Por eso, para evitar abusos, ya en tiempos de Enrique III el Doliente intervinieron las autoridades encargadas de defender los derechos del público contra la confabulación de los que pretenden explotarlo y no consentía que los novillos fueran muertos, y no por las razones de escasez del ganado, sino por falta de respeto. De manera que ya vemos que esta cuestión, hoy tan de actualidad, asimismo lo fué en los tiempos de Enrique III el Doliente, y en que podemos fijar el año 1395 como la fecha de la aparición, fausta o infausta, del novillo como sustitutivo del toro en los combates taurinos. Y que el novillo puede ser lidiado siempre que como tal se anuncie, es decir, como festejo de tono menor, pero nunca suplantando al toro.

(Continuará.)



LA PRIMERA CRONICA D TOROS SE ESCRIBIO HACE SIGLO Y MEDIO



¿Desde cuándo se escriben reseñas de toros? Esta curiosidad vino a satisfacerla cumplidamente la búsqueda de datos en obras pretéritas. Rebuscando datos en obras de la Biblioteca Nacional, dimos, al fin, con la primera reseña de toros que había sido escrita. Data del mes de julio de 1793 y viene a referirse a la quinta corrida de toros, celebrada en Madrid el día 8 del mismo mes y año, y se publicó en el "Diario de Avisos de Madrid".

"Un Curioso", pseudónimo del inquieto periodista—primero que se lanzó a escribir de toros para el público—, no perdona circunstancia ni dato de los que en aquel festejo concurrieron, creando—sin proponérselo tal vez—con su primera "reseña" todo un estilo clásico de periodista taurino, del que poco se han apartado, al correr de los años, sus seguidores en la crónica de toros. Leamos a "Un Curioso", allá por el año 1793:

"DESCRIPCIÓN DE LA 5.ª CORRIDA DE TOROS

executada el Lunes 8 de Julio de 1793, redactada por un Curioso.

Deseoso de servir al Público y a Vmds., les remito la relación de la 5.ª función de Toros, deseoso de que comiencen a incluirla mañana en su Diario. Ustedes disimularán los defectos que haya, contando con que ha procurado hacerlo desnudo de parcialidades y con el mayor esmero este su más afecto servidor Q. S. M. B. Un curioso.

FUNCION DE LA MAÑANA

Presidió el S. D. Juan de Morales Guzman y Tovar, Corregidor de esta villa.

Picó los seis Toros Miguel Perez, y Bartolomé Carmona estuvo en la plaza hasta el cuarto toro y a los dos últimos concurrió y picó el sobresaliente Juan Antonio Domínguez, como se especificará más abajo.

El primer toro fué de la Bacada de D. Joseph Gijon, de Villarrubia de los Ojos de Guadiana, con divisa encarnada: entró a 12 varas y a 10 banderillas. Lo mató Pedro Romero a la segunda estocada, ambas fueron bien puestas, pero a la primera levantó el toro la cabeza y quitó a la espada mucha fuerza del empuje con que iba dirigida. A la 4.ª vara cayó el caballo y picador pero sin que les tocara el Toro, y solo fué por causa de la resistencia del Toro contra la vara que hizo perder el equilibrio al caballo. Hirió un caballo a la vara 11 y a la 14 hirió al otro.

El segundo de la Bacada de don Agustín Díaz de Castro vecino de Pajares de los Oteros, en Castilla la Vieja, con divisa blanca, entró a 9 varas y 9 banderillas. Fué bastante ligero en las varas y no recargaba. Hirió un caballo cerca de la cola a la 7.ª vara. No entró bien a la espada y lo mató Joseph Romero, a la tercera estocada dada en la misma cruz.

El tercero, de la Bacada de don Gabriel Gomez, vecino de Arguedas, en Navarra, con divisa azul, entró a 13 varas y 8 banderillas. A la cuarta vara mató un caballo, a la octava otro, hirió a uno a la 10.ª y mató el tercer caballo a la 12.ª vara. Antonio Romero le puso la primera estocada bien puesta, la segunda y tercera fueron algo baxas y laterales, pero lo remató descabellando. La suma viveza de este toro que lo trahía en continuo movimiento mudaba la dirección de la espada.

El cuarto, de Castilla la Vieja, entró muy ligeramente a una vara y a seis banderillas de fuego. A la sexta

saltó la barrera con la banderilla encendida. Lo mató Pedro Romero. Este toro no entró a la espada sin levantar la cabeza a una altura tan desmedida que frustraba enteramente la acción de la espada. Después de la primera estocada que fué bien puesta, pero que por esta causa no pudo ser profunda, acometió al caballo en que estaba Bartolomé Carmona, quien no huyó a carrera como hubiera podido, y cogió el caballo de manera que no tan solo hirió a éste de muerte, sino que en la caída que dió Carmona, le sucedió la desgracia de recibir un golpe fuerte en la nuca, que de resultas murió parece a breve rato; lo mató Romero a la segunda estocada puesta con mucha inteligencia.

El quinto fué de Navarra. Entró a 11 varas y a 6 banderillas. A la 2.ª vara cayó Miguel Pérez, y quedó muerto el caballo; a la 3.ª hirió un caballo; y a la 5.ª otro caballo dejándolo tendido en la plaza; a la 6.ª hirió de muerte al otro caballo, y en la caída se lastimó ligeramente el sobresaliente Juan Antonio Domínguez, a efecto de haberle cogido el caballo debajo, y a la 11.ª vara hirió otro caballo por el pecho. Le mató Joseph Romero a la segunda estocada bien puesta.

El sexto Toro, de Gijón, entró a 6 varas y 8 banderillas. A la 3.ª vara hirió un caballo por el pecho. Este Toro levantaba la cabeza demasiado al entrar a la espada, y no entraba tampoco sin moverse a todos lados, haciendo siempre poco empuje. La primera estocada de Antonio Romero fue algo baxa, como también la segunda, otras tres fueron mejor puestas: a la cuarta se sirvió de otra espada que tropezando en la que tenía puesta el toro, le hizo que entrase la quinta atravesada, de manera que la punta le salió nor cerca del codillo izquiedo, lo descabelló por último. Este Toro, que fué regular para las varas, era muy difícil a la espada, pues ninguna vez entró recto.

En todos hubo 7 caballos muertos por la mañana.

FUNCION DE POR LA TARDE

A las cuatro y cuarto se regó la plaza por medio de chirriones, y a las cuatro y media salió al balcón el S. D. Juan de Morales Guzman y Tovar, Corregidor de Madrid, que también presidió la plaza por la tarde. Después del despejo y pregon acostumbrado, salieron los individuos y dependientes de las fiestas de Toros al paseo, que ejecutaron del modo siguiente:

Dos de los que alargan banderillas y uno de la puerta del Toril venían delante; los dos primeros con vestidos azules y chalecos negros, y el de la puerta del Toril vestido de azul y chaleco encarnado; todos tres guarnecidos con flecos, espigueta de plata, y encintado blanco de seda, en los hombros.

Seguía a éstos Pedro Romero, y a sus lados los dos hermanos Joseph y Antonio, todos con vestidos de gusanillo de oro morado, batido con carmesí, y puntillo blanco, guarnecidos de cadenas, flecos de plata cada uno, con su juego de lazos bordados, lentejuelas azules, de color de rosa y blancas; hombrillos bordados con sus correspondientes borlas, y también guarnecidos de cadenas de arcos y flecos, todo fino. Además llevaban sus capas cortas encarnadas con galón de plata.

Iban detrás los banderilleros vestidos de la misma tela que los espadas, con ojales de plata; chameterra y bolón también de plata, y encintados con cintas de seda color de le-

che y plata, y todos con sus capas encarnadas también nuevas, guarnecidas de galón. El vestido de Vicente Estrada tenía galón de plata. Seguían siete picadores de dos en dos con sus chupas y casaquillas. Cuatro de éstos llevaban casaquilla color de rosa batido con azul y chupas de la misma tela de los de a pie, todas guarnecidas de galón de plata, lazos azules y sombreros nuevos.

Los otros tres iban vestidos con casaquillas de gusanillo de seda color de lila y las chupas del mismo gusanillo de las cuadrillas de a pie, en las casaquillas lazos de color de rosa. Fueron estos: Manuel Cañete, Miguel Perez, Manuel Ximénez, Juan Lopez, Alfonso García Colmillo, Juan Antonio Domínguez y Francisco Revilla.

Iban detrás llevados de sus palafreneros ocho caballos con mantas verdes y color de caña, alternando estos colores de dos en dos, y cerraba el paseo el tiro de tres mulas, dos con pañoletas color de caña y la otra con pañoleta carmesí. En esta disposición salieron todos por la puerta del arrastradero, se dirigieron delante del palco del Sr. Corregidor, donde hicieron el debido acatamiento, tomaron la derecha caminado próximos a la barrera, y dieron una vuelta entera a la plaza, terminándola delante del palco del Ayuntamiento, donde se separaron.

Picaron los cinco primeros toros de la tarde Manuel Ximenes y Alfonso García Colmillo.

El primer Toro de Gijon entró a 3 varas y a 7 banderillas. Le mató Pedro Romero con mucha limpieza y quasi a toro parado a la primera estocada, dada en medio de la cruz.

El segundo de Navarra entró a 12 varas y a 10 banderillas. A la tercera vara saltó la barrera; a la onceava lastimó ligeramente un caballo. No se prestó fácilmente a la espada, y así Joseph Romero le dió tres estocadas algo baxas y descabelló.

El 3.º de Castilla entró ligeramente a dos varas y a 7 banderillas de fuego. No se prestó bien a la espada; sin embargo a la primera estocada le mató Antonio Romero, aunque fué algo baxa.

El 4.º de Navarra entró a 5 varas y a 7 banderillas. No tenía mucha fuerza, aunque sí era bastante vivo. Pedro Romero cedió la espada a Manuel López, alias Nona, quien le dió tres estocadas, la primera baxa; a la segunda el toro a causa de su viveza le sacó de las manos la muleta y la espada; la tercera fué regularmente puesta.

El 5.º toro de Gijon entró a 10 varas y a 8 banderillas. Quebró Colmillo la 10.ª vara. Lo mató Joseph Romero a la segunda estocada; ambas fueron baxas y la segunda algo ladeada aunque profunda.

Picaron los cinco toros siguientes Manuel Muñoz, Cañete y Juan López.

El 6.º toro de Gijon entró a 14 varas y a 7 banderillas. A la 10.ª vara hirió a un caballo de muerte; y a la 11.ª otro del mismo modo.

Le mató Antonio Romero y le dió dos estocadas; la primera bien puesta pero corta y la segunda regular; lo descabelló.

El 7.º toro de Castilla, entró muy ligeramente a 5 varas y a 7 banderillas de fuego. A la segunda vara saltó la barrera. Le mató Pedro Romero a la primera bien puesta, pero se torció tanto el toro al entrar la espada, que no pudo profundizarla sin seguirlo en media vuelta que dió sin soltar la espada; la sacó luego; rascó la nariz al toro con la mano, y a poco tiempo cayó éste en el suelo.

El 8.º toro de Navarra entró a 5 varas y a 8 banderillas. A la primera vara tocó el caballo, y Lopez a la segunda quebró su vara. Joseph Romero cedió la espada a deseos del público a Alfonso Alarcon (alias el Pochó) quien mató este toro a la primera estocada muy bien puesta.

El 9.º de Castilla entró a 5 varas y a 10 banderillas; a la segunda vara hirió un caballo; a la tercera enganchó el asta por el estribo y siguió con el caballo y jinete corriendo mucho trecho en la plaza. Le mató Joseph Romero, a la primera estocada, regularmente puesta.

El 10.º toro de Gijon entró a 10 varas y a 9 banderillas. Le mató Antonio Romero a la segunda estocada, la primera bien puesta aunque poco profunda, la segunda algo baxa pero más profunda. Este toro aunque de mucho empuje levantaba demasiado la cerviz y era difícil de matar. Divirtió mucho al público por la manía de apagar con el hocico una porción de papel que en medio de la plaza quedó ardiendo, embistiendo la llama con enojo y con tal ahínco que no dejó el puesto del papel encendido hasta que le echaron banderillas.

El 11.º toro de Navarra entró a 8 banderillas, y le mató el hijo de Cándido a la tercera estocada, la primera floja, y la segunda mejor puesta y a la tercera cayó.

El 12.º y último toro entró a pocas banderillas cuyo número no pudo contarse por la confusión de la gente que bajó a la plaza, y que impidió ver también el número de estocadas que le dió Christóbal Díaz, alias el Manchego, que le mató.

Generalmente hablando los Toros corridos en esta fiesta fueron la mayor parte de difícil entrada a las espadas, y no dexaron todo el lucimiento que hubieran tenido si los Toros hubieran entrado mejor y con más arrogancia.—Un curioso."

El producto de esta corrida fué el que se consigna en el estado siguiente:

	Rs. Vn.	Mvs.
Tendidos y gradas por la mañana	33.350	5
Id. por la tarde	59.651	23
Balcones arrendados todo el día	17.928	3
Aguadores	141	
	111.070	31
Por 8 toros muertos.....	7.290	
Por 11 pellejos de caballos a 30 reales	330	
Total.....	118.690	31

DE AYER A HOY

¿CUANDO SE HA TOREADO MEJOR?

Hoy se torea como no se ha toreado nunca. Esta afirmación rotunda, en labios de "Bienvenida", tiene un innegable valor. Pero lo tiene aún más la manera sencilla y sincera con que subraya su concreto enunciado. "Yo —nos afirma— no conocí a "Frascucllo". Conocí a "Guerrita", el torero mejor de todos los tiempos por sus facultades enormes y su profundo talento. Asistí—testigo y actor en cuatro décadas del toreo—a la revolución que trajo consigo Belmonte, junto al esplendor de José. Pues bien; estimo que hoy se torea mejor que se ha toreado siempre. Y para que mis palabras—fruto de convicción—vayan a usted en todo su verdadero valor, no vea en mí al padre de toreros, vea sólo al ex torero. Y más que a éste, al viejo aficionado. Sólo así podrá tener algún mérito mi rápida respuesta a la consulta de TAJO.

Escojamos, como diana de nuestro juicio, el pase natural. ¿Cuándo lo hubo? Antes el pase natural, en unos, no era más que un vulgar trasteo por bajo, y, en otros, como en el caso de Vicente Pastor, no pasaba de ser más que un muletazo por alto. El mismo "Joselito", al colocar su brazo izquierdo casi a la altura de su hombro, en la factura del toreo al natural no era "esto", no era "esto". Distaba una cosa y otra como de la noche al día. De novillero llegó a Madrid el "Gordito" y dió en una tarde tres pases al natural con el espacio con que se toreaba entonces—¿quién iba a sospechar en la aproximación de distancias de un Juan Belmonte ni en la conjunción que forman hoy torero y toro en cualquier faceta de la lidia al natural?—y bastó ello, por el hecho de ser tres los pases ligados, para formar un alboroto de época. No se volvió a registrar el caso. Hoy una faena de muleta que no lleve engarzados de quince a veinte naturales se estima cosa vulgar.

—Pero es que el toro...

—Otro mito. Dejando a un lado que en todos los tiempos se lidiaron toros grandes y chicos, es un solemne error el concepto del tamaño del to-



ro. Un bicho de 330 kilos, que se asfixia a las carreras, es más fácil y más cómodo para torearle que un toro bravo con 250 kilos. Antes el toro bronco se toreaba a la defensiva. Hoy se exige que se toree bien y bonito a todos los toros. Y los que cultivan el tópico del "tiempo viejo" no reconocen que el terreno en que el artista se desenvuelve hoy es peligrosísimo.

Entre toro y torero cabía antes una motocicleta; hoy no cabe un papel de fumar, y perdóneme ambas hipérboles. Y no digamos nada de lo que se toleraba antaño y de lo que se exige en el momento actual. ¿Qué dirían los públicos si se mata a la media vuelta o a paso de banderillas, como era moneda corriente en las fechas vividas por mí? No hay que olvidar el cambio radical en los gustos y en el sentir del amante de la fiesta... Me salta a la memoria esta anécdota, que la creo más elocuente que todo cuanto pueda y sepa decirle: Toreaba yo en Madrid. Una tarde de poca suerte. Salió mi segundo toro—donde yo esperaba el éxito—y advertí seguidamente la manera bronca de su embestida. Bronquedad de toro manso y difícil, que se asemeja mucho en su embestida a la arrancada del toro reparado de la vida. A favor de que- rencia, con los pies juntos, le di un bandazo con el capote, sin recogerlo. Un lance de tanteo. Y me cabeceó mucho, aumentando mi aversión. Pasó el tercio de varas sin un solo qui-



te. Con la muleta toreadé como era usual en estos casos, a la defensiva, sin la menor protesta del público. El toro embestía ya normalmente, por esos cambios lógicos en la lidia. Y quise matarlo cerca y bien ¡Nunca lo hubiera intentado. ¡Del 1 salió una voz entendida que rompió el silen-

cio: "No ve usted que ese toro hay que matarlo desde lejos y a paso de banderillas, "so atontao". El tendido entero coincidió en fervorosa adhesión con mi consejero. Hice cuanto él me ordenaba—¡y con qué satisfacción!—y el toro rodó herido en el cuello. Y di la vuelta al ruedo. Seguramente, la identidad de mi faena, con los gustos y el concepto de entonces, habían obrado el milagro.

—Entonces en la suerte de estoquear, ¿advierde usted la misma diferenciación?

—Antes se mataba más constante-



mente. Pero de excelencia... Mire ese cuadro que destaca en esta pared. Es "Frascucllo", matando. Vea la colocación de su cuerpo y la disposición de su brazo derecho al iniciar la suerte. Tengo en mi memoria la manera, los estilos de otros días... ¡Los toros bien matados que le vi a Emilio "Bomba", y al "Algabeño", y a Vicente Pastor y, más tarde, a Manolo Vázquez y a Zarco!... ¿Cómo olvidarlo? Pero lo que sí le afirmo es que Nicanor Villalta es el mejor estoqueador que yo he conocido. Más a ley y más verdad. Y también es del tiempo nuevo... Por eso—hora es ya de que uno lo reconozca—el toreo ha llegado a un límite que ninguno de los antiguos pudimos soñar. Aunque nos guste hacer coro—como ha ocurrido siempre—a los que tratan de recordar que cualquier tiempo pasado fué mejor..."



Las mejores crónicas se hilvanaron al calor del estilismo acusado en este toreo que bien claro aparece en esta fotografía. ¿Qué efecto produciría hoy? ¿Qué reacción se verificaría en el público?



Basta pasar la mirada por este grupo de evocadoras fotografías. Son documentos gráficos de momentos que sirvieron para electrizar y conmover. Con razón se conservan en el sagrado del recuerdo. Pero el más ingenuo espectador no vislumbra en ellas la gran diferencia existente entre un ayer esplendoroso y un hoy infinito en el horizonte...

Y aquí ponemos punto al raudal de verdades taurinas—caudal inagotable para darle curso en el libro o en el aula—con que D. Manuel Mejías ha querido regalarnos al iniciarle nuestra sencilla encuesta. Sus conocimientos, su experiencia, su buen juicio no debía tener este dique. Nos deja con el regusto de lo insospechado. Y no nos queda más reserva que el derecho al paladeo. Y paladeando todo lo que en materia taurina nos dijo este hombre, que desde la edad de nueve años fué torero y actor principal después de la gloriosa mutación del toreo y de su transformación artística y testigo de mayor excepción siempre de la fiesta más española, vamos dando fin a estas breves impresiones... Lo que en su amable conversar nos enseñó, en materia de toros y toreros, el padre de los más afortunados toreros queda prendido en nuestra emoción.

ANGEL BUENO.

Solución al crucigrama del número anterior

Horizontales: 1. Ana. Sal.—2. Proséltos.—3. Rodar. Eolo.—4. Omnibus. As.—5. Aestas. As.—6. Tt. Seas.—7. Mi. Traen.—8. Azucarillo.—9. Ranoiletse.—10. Ros. Saa.
Verticales: A. Pro. Mar.—B. Aromatizar.—C. Nodnet. Uno.—D. Asáis. Ecos.—E. Erbas. Al.—F. Usetrl.—G. Sies. Aries.—H. Ato. Asalta.—I. Lolás. Elsa.—J. Sos. Noé.

Solución al jeroglífico

No hay medio.

FUTBOL Y... "TEATRO"

Si no es frecuentemente, suele darse, sin embargo, alguna vez el caso en los campos de fútbol. Un hombre cae al suelo, con un gesto de dolor, acompañado, a veces, de un grito teatral. ¡Lo ha matado! Esta es la exclamación que parte de todas las bocas. La colisión entre los dos jugadores ha sido violenta y la actitud de la víctima la ha acrecentado a los ojos de los espectadores. Sería curioso ver cuántos de estos presuntos "muertos" se levantarían en el acto si un reconocimiento médico inmediato sancionara la realidad de su lesión. Todo el mundo conoce el recurso del "k. o." fingido sobre la lona de un "ring", al que se acogen los boxeadores sometidos a un castigo que no están dispuestos a soportar. Pero el truco es difícil de realizar con visos de veracidad suficientes para que lleguen a convencer, y la retención de la bolsa es el justo castigo a estos malos luchadores y peores deportistas, que encuentran en la artimaña un buen método para recibir sus honorarios con el menor esfuerzo posible, aunque ello sea a costa de su conciencia. El golpe bajo, denunciado con espaventosas muecas, tampoco es desdeñado por estos malos comediantes. En ambos casos, la Federación de Boxeo tiene señalado un apartado en la tabla de castigos. La reincidencia es peligrosa. Puede suponer la retirada de la licencia. Cosa sería, ¿no? Porque, efectivamente, el mal no se ha generalizado entre los jugadores de fútbol, éstos quedan al margen de toda sanción legal cuando incurren en semejante falta. Pero si no son muchos, afortunadamente, los ventajistas, si existe más de uno en nuestros equipos. Y alguno ha llegado a alcanzar la categoría de especialista, como aquel hijo de Talía que se "moría" tan a "lo vivo" que, aun siendo un malísimo actor, por esta su especialidad no le faltaba contrato jamás en las compañías de repertorio dramático principalmente nutrido de obras de "capa y espada". Dramática es la Liga en sus postrimerías y la Copa desde su iniciación, y por esos campos de Dios, como cada primavera, van floreciendo los "Moranos" que cuando por virtud del juego del contrario ven anulado el propio, se agarran al "teatro" para impresionar a árbitros de novela rosa y a públicos asustadizos que, hechos a la blandenguería actual, se hubieran horrorizado con el fútbol que se practicaba hace veinte años.

No hace muchos días, en un cierto campo, cuyo nombre no hace al caso, un jugador era víctima de una entrada no más terrible que otras que en la misma tarde y en el mismo partido habían soportado sus compañeros y los contrarios. El buen jugador (lo es nuestro protagonista) dió la sensación de que el fútbol había terminado para él. Durante unas horas fué el accidente citado pasto de todas las comidillas y comentarios: quien le daba hospitalizado en el Equipo Quirúrgico, estotro lo había acompañado hasta el quirófano, donde cuatro doctores trataban de ensambalar la tibia y el peroné del paciente. ¡Un horror! El hecho acaecía, naturalmente, en un domingo. Pues bien: el miércoles las Agencias de la capital de donde procedía el jugador telegrafaban su segura alieneación al partido siguiente. Y es de suponer que la noticia la recogieran en origen el martes. Es decir: un hombre que se consideró incapacitado para procurar reducir la derrota de su club, sobreponiéndose a un dolor físico que indudablemente sentía, porque la cosa no fué precisamente una caricia, veinticuatro horas después andaba orondo y pimpante como si nada le hubiera ocurrido. Y, realmente, nada había sido si tenemos en cuenta que un jugador de fútbol está o debe estar preparado para ese estoicismo deportivo que fué blasón de nuestros hombres de antaño. Y en este punto sí que aventaja la generación de Amberes a esta otra que hoy se esfuerza por conquistar laureos pasados. Hoy se busca el "penalty" que solucione un partido, lanzándose al suelo dentro del área fatal y revolcándose en ella entre alaridos. Luego, si el juez cayó en la añagaza, el mismo jugador tan "gravemente" lesionado puede encargarse incluso de ejecutar el castigo. Y esto puede ser muy práctico, pero dice poco en favor de la deportividad. Era sin duda más gallardo aquello de otros tiempos.

No es difícil recordar anécdotas de esta índole, porque de ellas está llena nuestra historia futbolística. Manolín Meana, el maravilloso medio centro asturiano del Spórting de Gijón, sufre un día la fractura de una costilla, a consecuencia de un "faut" alevoso, en un encuentro de cuartos de final con el Barcelona. Ocurrió la desgracia en El Molinón, y el jugador internacional tuvo el rasgo de hombría de terminar el partido en su puesto y cooperar con su juego magnífico a que fuera preciso un tercer partido de desempate en Madrid. El Estadio Metropolitano presencié admirado cómo a los dos días de la fractura Meana se alineaba con su equipo tras un viaje agotador. Y le despidió con el cariño que siempre se le tuvo y con un punto más de aprecio al jugador y al hombre que en él se conjuntaban. Un par de años antes fuimos espectadores los madrileños de uno de los partidos más duramente disputados que se hayan dado. El Fortuna vigués, antecesor del actual Celta, disputaba en el viejo campo del Athlétic al Real Unión de Irún el derecho a pasar a la final, en un partido decisivo tras los empates de Coya y Amute. René Petit formó ala con Echeveste; las dos rodillas del jugador hispano-francés aparecían vendadas para contener los derrames sinoviales que padecía. Su fútbol fué portentoso, pese a todo. El de sus rivales, también. Y de una hombría ejemplar. Hubo una jugada en la que se condensaron todas las virtudes que por entonces florecían en los jugadores. Se quería con pasión al club y a él se entregaba todo. Fué así: La delantera irunesa estaba formada por Echeveste, René, Patricio, Amantegui y Jáuregui. Era Jáuregui un muchachote rubio, fuerte como un roble. Lo marcaba uno de los hermanos Torres, si no recordamos mal. Se sucedían los golpes alternativamente en una y otra puerta, porque las delanteras ligaban y profundizaban formidablemente. La tensión del público era grande; mayor, naturalmente, la de los jugadores. Quedó un balón, a media distancia, entre Jáuregui y el medio contrario, a veinte metros aproximadamente de cada uno. Con idéntico coraje



Campanal. Jugador de ahora que posee todas las virtudes del fútbol viejo. El ha sabido, en esta temporada, terminar un encuentro con un pie destrozado. El reconocimiento médico acusó una fractura grave.

se lanzaron sobre él en un "sprint" terrible. Se acercaban los dos muchachos, ciegos. En el público hubo un instante de duda: alguno de los dos se detendrá, eludirá el choque monstruoso. Ninguno frenó, ni volvió la cara.

Muchos cerraron los ojos para no ver la colisión terrible. Todos lo hicimos instintivamente al ver levantar del suelo a los dos jugadores: Torres, inerte; Jáuregui, con el rostro cruzado por una herida atroz. Los dos, sin un gesto de odio hacia el contrario, se reincorporaban al juego a los pocos minutos.

JOSE M.^a UBEDA

Echevarría, hasta hace unos meses portero del Atlético de Bilbao, resultó herido en una mano en su último partido en Vallecas. Hubo que arrancarle de su puesto. Porque él quería seguir en él.



Una pregunta a los preguntones

ENCUESTAS DE "TAJO"

Por JOTA DE

Las encuestas continúan haciendo furor en la masa del público. Si abrimos las páginas de cualquier revista, ya sea buena, popular, de altura o mala, veremos que no sólo hay encuestas, sino que éstas ocupan lugares preferentes.

—Esto no encaja en nuestra revista—dice el director, cualquiera, devolviendo "su rollo" al interesado, un "rollo" histórico o literario, que, seguramente, le habrá costado semanas enteras de trabajo.

Y rápidamente surge la solución:

—¿Por qué no me hace usted una encuesta?

Pero en la encuesta el periodista no puede opinar. Hace su pregunta colectiva y él se queda al margen de las cuartillas. Y, sin embargo, su contestación es lógicamente de tanto interés como cualquiera otra de las que se insertan en el reportaje.

Convencidos de ello, hoy vamos a hacer nosotros una pregunta a los preguntones. Pero advirtiéndole que aunque son todos los que están, no están todos los que son. En las breves líneas del reportaje intentamos que Castán Palomar, Tono, Galindo y Altabella nos respondan a aquellas encuestas, por ellos realizadas, que mayor aceptación hayan tenido en el público:

CASTÁN PALOMAR: "¿Qué hizo usted ayer?"

He aquí la contestación del ilustre periodista en su popular encuesta-reportaje:

—Si cuando yo pregunto a un personaje, más o menos famoso, qué es lo que hizo ayer, volviera la pregunta contra mí y quisiera sonsacarme como fué mi jornada, creo que casi nunca sabría responder. Porque es muy difícil que yo recuerde lo que hice veinticuatro horas atrás, aunque tenga, en cambio, vivas en la imaginación pequeñas memorias de hace veinte años; se trata, sin duda, de que no se interrumpa ese amable tópico de que los recuerdos más lejanos son los que mejor se conservan, y así, todos tenemos recuerdos muy bien conservados, como sometidos, y con éxito, a una cosmética de la memoria.

Lo que sí puedo responder en cualquier momento es lo que no hice ayer, porque estoy seguro de no haberlo hecho jamás. Por ejemplo, estas tres cosas:

a) Discutir. Yo no discuto nunca con nadie. Si el que intenta discutir conmigo lleva razón, se la reconozco, sin necesidad del ruido gritón de la disputa. Si no la lleva, me divierte mucho verlo ufano en su error. Y no es cosa de perderse tan gracioso espectáculo.

b) Jugar al tresillo. Jamás he jugado al tresillo. Ni al tresillo, ni al pocker, ni al tute, ni a nada. ¡Bastante juego tiene uno con las cartas que trae el correo!

c) Aburrirme. En mi vida no hay un minuto de aburrimiento. Creo, sin embargo, que cuando yo era chico decían de mí que era un niño aburrido. Lo decían por que no jugaba a "tú la llevas", ni "al marro", ni a "la taba". Pero el aburrido no era yo, sino los demás. Y en esto sigo lo mismo. Estimo que las gentes, todas, son interesantes. Unas por lo que hacen, otras por lo que dicen, y otras por lo que dicen que hacen y algunas por lo que hacen y no dicen.

"TONO": "¿Cómo se llama usted?"

"Tono" también ha hecho sus pinitos como reportero. Ahí están, si no, esos sensacionales "reportajes" que publica todas las semanas. Y él es el autor asimismo de la más interesante pregunta que pueda hacerse. "Tono", después de varios meses de intenso cavilar y de no estudiar la tabla de logaritmos ni tampoco la lista de los reyes godos, concibió la gran idea, y abandonando las cavilaciones se lanzó a la calle en busca de personajes con quienes convertir en realidad el sueño de la encuesta. "Tono" fué preguntando: "¿Cómo se llama usted?" Y obtuvo interesantísimas contestaciones: "Pepe, Pepe, Pepe..."

Pero "Tono" no puede opinar ni decir en el reportaje cómo se llamaba él. Por eso vamos ahora nosotros, y con cara de malos de una película caballista, le preguntamos:

—¿Cómo se llama usted?

"Tono" sonríe con cara de bueno de película y deja de escribir un instante para respondernos:

—Pepe...

Luego continúa escribiendo un interesantísimo diálogo entre D. José y el huevo frito...

GALINDO: "¿Por qué es usted tan serio?"

Veamos la contestación del fino humorista en su humorística pregunta:

—Yo, antes, no era serio. Por el contrario, era un muchacho muy alegre y sonriente. Hasta ducharero. Me reía con todo y me alegraba con todo. Por todas partes veía motivo de júbilo y regocijo, y hasta en los más pequeños detalles encontraba ocasión para que la sonrisa floreciera en mis labios, de tal manera, que mi boca era una sonrisa perpetua. Dudo de que hubiera nadie con un sonreír tan continuo.

Desgraciadamente, todo terminó, de repente; una mañana de primavera, una mañana luminosa y clara en que, sin duda, por causa de la estación la sonrisa de mi boca era más ancha, más honda, tan profunda, que solamente le faltaba un tris para degenerar en carcajada. Fué en este momento cuando acerté a verme en un escaparate. Se lo confieso a usted sin rebozo, amigo mío: la cara que me vi en la luna de aquel establecimiento no me agradó ni pizca. Yo siempre había tenido la preocupación de que tenía cara de primo; pero en aquella ocasión me la noté tan acentuada que inmediatamente, a rajatabla, decidí que la sonrisa de apareciera de mi rostro. Desde entonces uso, para andar por esos mundos, un gesto adusto, que me va mejor que el sonreír de antes. Ahora no me río absolutamente de nada. Y la gente dice por eso que soy un hombre sensato y cuerdo. Que

siempre es más agradable que no que le tomen a uno por un chisgarabís.

ALTABELLA: "¿Cuál es el reportaje que más trabajo le ha costado hacer?"

El entrevistador de entrevistadores es entrevistado y nos contesta a su vez:

—El primero que escribí en mi vida, justamente. La inexperiencia y la timidez le concedieron el honor de dejarlo inédito. Aún tengo por casa, como curiosidad, las cuartillas. Fué hace unos años. Con balbuciente ánimo y gran deseo, celebré una entrevista con D. Antonio Machado, el célebre poeta andaluz, que era catedrático del Instituto Calderón de la Barca, donde yo estudiaba mi quinto año de Bachillerato. Estaba yo deslumbrado a la sazón por la popularidad de los reporteros. Añádase a esto la fiebre literaria por Bécquer y Larra —botica, miseria y amor— y se verá toda la ingenuidad de mi intención, entre romántica y desinteresada. Don Antonio me atendió muy cariñoso, contándome multitud de recuerdos, que a él le transmitieron gentes que convivieron con el cantor de "las golondrinas". Yo tomaba unas notas ligeras, dándome un aire interesante. Luego, en casa, en vez de ponerme a escribir sobre lo hablado, empecé a leer su libro de poesías completas; lo leí de un tirón. Después empecé a pensar en la entrevista, que apenas sabía empezarla. Con bastantes apurillos y con muchos más topicazos ("el cigarro dando lugar a las volutas de humo, que se rizaban en la penumbra de la estancia"), logré dar fin al reportaje "agradeciendo las amables palabras de nuestro ilustre interlocutor, gloria del Parnaso hispano". Guardé el escrito entre las páginas del texto de Preceptiva literaria—¡a ver si le pegaba de paso alguna buena regla o se le caía alguna faltilla de sintaxis!—y busqué por aquellas Redacciones de entonces sitio donde publicarlo. El vestir pantalón corto, pues sólo tenía catorce años, quizá más que el haber escrito el trabajo por las dos carillas de las hojas, delataban en seguida mi condición incipiente en la vida y en el periodismo. ¡Todos me alentaban y me decían que no podían publicar "aquello". ¡Quizá de tanto como sudé entonces y de tanto como me ruboricé se me quedaron exánimes las glándulas sudoríparas y terminaron en mí las posibilidades de dar muestras externas de vergüenza. Hoy, muy arrepentido de aquellos primeros malos pasos, habida cuenta de que la prudente audacia no es una cosa que conozca el valor, yo apenas me inmuto con las cosas, sobre los casos, ni las cosas. ¿Para qué?... Sólo me queda la remembranza de una sonrisa, con toda la felicidad esperanzada de pensar en una fecha, en la que vuelva a sonreír sobre este día de hoy. Quizá ya se me haya olvidado hacer reportajes. Pero mientras, perdóneme, que me tengo que entrevistar con un músico que archiva batutas. Me han dicho que tiene unas 200... Adiós, y muchas gracias.



Altabella.

MEDIEVO. Figura en lugar destacado entre los gremios de la Península, el "muy honrado y laborioso de la vidriería", de recia solera castellana, "ornato de casas de oración", con detalle en sus Ordenanzas de compromiso de "meditar" sus componentes, sus obras, en la "soledad de sí mismos", terminándolas para "beso de luz", "a la mayor gloria de Dios".

En verdad, el cierre de ventanas por vidrieras alcanza su predominio en el siglo XVI, en que se comienza a reemplazar por aquellas las láminas de tela encerada o cañamazo y papel transparente, generalizadas hasta entonces; pues tal beneficio, con anterioridad, estaba reservado a templos y palacios, así como a algún que otro castillo. Hasta entonces se vinieron usando, comúnmente, enrejados de hierro o madera y celosías caladas en la piedra, que dejaban pasar, al tiempo, el aire y la luz.

El antecedente natural que ha procurado al hombre el hallazgo del vidrio lo encontramos en plena Naturaleza, en el cristal de roca, duro y dúctil a la vez, que recoge la luz e irisa sus destellos al descomponerla, poniendo al desnudo la placidez de su policromía. Su historia tiene la antigüedad del mundo, hallándose sus vestigios entre los de las más remotas civilizaciones, como gema de adorno, talismán procurador de fuego y materia preferida para esculpir imágenes de inspiración.

Basta recordar el apasionamiento que suscitó entre los romanos el dominio de la cristalografía, viniéndose a la memoria el terrible castigo dado por el patricio Vedio Polión a uno de sus esclavos, ordenando se le arrojase vivo a su criadero de lampreas, por el delito de romper un valioso vaso de su colección, actitud que el mismo Augusto penó reduciendo a añicos el resto de aquella y lanzándolos a dicho depósito acuático.

Surgieron, al correr de las edades, por talla de dicha materia, los más diversos utensilios, y especialmente extraordinarias obras de arte de delicadeza ejemplar, destacando, entre sus entusiastas, Benvenuto Cellini, quien, al citarla, la loa, diciendo que "despierta la imaginación y llama al entendimiento, en la sutileza de su luz, que impulsa al sentimiento a convertirse en forma".

La ductilidad del vidrio constituye una de sus más salientes características, razón por la que, incrementarla, sin mengua de su resistencia, vino en todo momento constituyendo la preocupación de los vidriólogos. Desde el misterioso alquimista encarcelado de por vida entre redomas y crisoles, al prestigioso químico de nuestros días, se vienen sucediendo denodadas tentativas en tal sentido, en tarea infatigable y recorriéndose a los procedimientos más diversos. Así, se ha conseguido que, a la fecha, no sólo se manipule el vidrio para los más diversos usos industriales, sino que, debido a su dureza cohesiva, queda ampliada la vastedad de sus aplicaciones, empleándolo eficazmente como sustituto de otras sustancias con las que nunca se llegó a pensar pudiese competir.

Destaca entre las características de su manipulación la del decora-



Después de preparados, un serpentín de calor eléctrico da a los tubos la forma deseada.



Nuevo oficio nacido en Alemania del plan cuatrienal. Permite doblar tuberías de cristal eléctricamente.

do, por ser la del mayor realce artístico de la materia prima: Se dirige sobre una luna de vidrio o cristal un chorro de arena con suficiente fuerza, atacándose con él su superficie, en mayor o menor grado, según la intensidad de aquél, con lo que queda opaca y áspera al tacto. La arena debe estar perfectamente seca y no ser ni muy fina ni demasiado compacta, pero sí muy dura. De esta forma se obtiene el decorado opaco sin medias tintas, si bien para la ejecución de trabajos delicados se precisa el método de aplicación de ácidos.

Sobre la luna a decorar se pega una hoja de papel blanco más bien grueso, con el dibujo que se desea reproducir; luego, con una cuchilla bien afilada, se recorta y despega el papel en todas las partes que se desea queden dibujadas, operación de verdadera habilidad que exige gran dosis de paciencia.

Cuando se desea repetir el mismo dibujo en varias lunas, deberá ser calcado en cada una de ellas, evitándose así tener que trazarlo en todas, lo que se consigue perforando las líneas del dibujo con un alfiler, después de trazado, y aplicando después aquél perforado sobre el papel blanco pegado a la luna, realizándose el decalco por medio de un algodón impregnado en negro de humo, que pasa a través de los orificios de la cartulina y decalca el dibujo.

Se llega en el laminado vítreo a la majestad de ritmo y color de la vidriera, esas páginas que encierran en su concepción la elevada belleza de la liturgia, capaces de dar alas al pensamiento para traslado de las múltiples sensaciones del corazón al contemplarlas. Para lograrlas ha de comenzarse por obtener la plancha dibujada y coloreada, o sea el modelo, que se colocará en papel rígido, sobre soporte traslúcido, donde se recorta en tantos trozos como colores se requieran, destinado cada trozo a su molde. Con estos moldes y recortada la vidriera en vidrios de colores apropiados a los del dibujo original, se encajan placas más o menos regulares en varillas de plomo con ranuras.

Los vidrios recortados son de dos clases: de color y de superficie coloreada, empleándose los primeros para todos los matices, excepto el rojo.

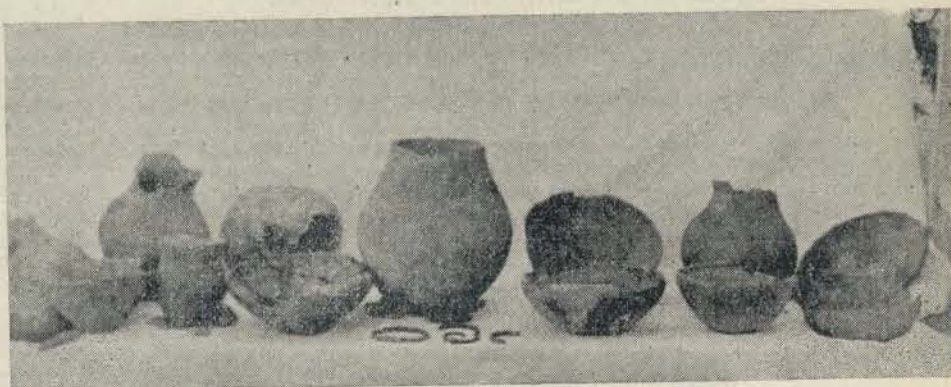
Cuando el técnico ha terminado de recortar el vidrio proporcionalmente a sus moldes, se inicia el plomado provisional y reproduce el artista vidriero, con sus pinceladas, el original sobre los vidrios ensamblados. Terminada su obra, se desmonta el plomado y se llevan al horno los vidrios, para que la cocción fije definitivamente sus colores, no quedando más que retirar los vidrios después de cocer, y volverlos a plomar de manera decisiva al colocarlos para permanencia.

Ante los albores de una vida



Cráneo eminentemente representativo de las razas saharianas, pobladores, seguramente, de aquel hogar prehistórico. (J. Ortega.)

LA EMOCION DE UNA EXPLORACION ARQUEOLOGICA



Interesante colección de alfarería sahariana, aparecida en la cueva de Caño-Quebrado, de Jaén. (J. Ortega.)

HOY vamos a acercarnos a conocer el proceso de una excavación arqueológica. Se explora una estación paleolítica, en donde aparecen obras hasta de la Edad del Bronce. Este largo proceso de vida primitiva comprendido entre miles de años, presta a nuestra curiosidad singular acuciamiento.

Pero, por ahora, es lo político—una cultura que dista de nosotros de cinco a siete mil años—lo que capta nuestro interés. Comienza solicitando éste la habitación del hombre primitivo. Nos perfilan este hogar remotísimo las oquedades de unas rocas; unas dislocaciones térreas son lo suficientes también para construirse su primer hogar el hombre. Las ciudades prehistóricas se vacían en el seno de las montañas.

La estación paleontológica que hoy visitamos es la de Caño-Quebrado, de Jaén, que se explora actualmente. Su situación geográfica responde acaso a una de las más primitivas razas de las que poblaron la Península. Ello presta a la investigación y a la sugerencia un campo tan amplio como interesante a la vez.

LA ARQUEOLOGIA ANTE LA PREHISTORIA

La arqueología, en este caso, como ciencia que estudia mucha obra del lejano vivir humano, anota escrupulosamente todos los hallazgos que alumbran como fruto estas exploraciones. Pero éstas no las realiza sin antes tomar las garantías precisas.

Es esencial tener presentes la situación de las capas que sepultan los restos humanos, las armas y cuantos objetos y utensilios pertenecieron al ajuar del hombre primitivo: esto se llama estratigrafía. Cuando se aprende a sacar los planos de estas capas con la fidelidad debida, viene después la ciencia de remover las tierras; cuando éstas se denominan también en seguida, aparecen los hallazgos y la clasificación de los mismos.

Claro que todo esto ha de ir precedido de la cultura del investigador. Investigador que nunca puede ser un iluso busca-tesoros de los que con tanta frecuencia, con la mayor irresponsabilidad e impunismo, llevan a cabo estas obras, obteniendo, a cambio de desencanto natural, la pérdida para siempre de yacimientos prehistóricos de positivo interés. Pocas ciencias como ésta se hallan más asediadas por la fantasía popular y por la ignorancia.

RESTOS HUMANOS Y DE ALFARERIA, MOTIVOS DE MAYOR INTERES EN EL REFUGIO PRIMITIVO

Los restos humanos hacen acto de presencia, con profusión, en estos refugios. Por lo visto, la casa primitiva fué tumba del hombre prehistórico también. Los restos que aparecen—grandes cráneos con la arquitectura ósea de las razas saharianas—nos hablan de las frecuentes incursiones que hicieron en la Península los hombres del desierto. Tan frecuentes que dieron lugar a una cultura ciertamente, clasificable como ibero-sahariana. Obra de esta cultura es la que hoy se nos presenta.

Después llegan los restos de su ajuar. Estos son piezas y fragmentos de alfarería. La estación de Caño-Quebrado es muy abundante en obra de esta naturaleza. Pero de un carácter tan concreto que ésta se clasifica como de la cultura del Algar.

La gran puerta de las invasiones del desierto como es la ciudad almeriense que lleva este nombre, le da tal título también. Es una alfarería cocida al sol. Presenta ésta cierta irregularidad en sus formas, pero pronto delata que no fué modelada por la rueda alfarera, sino por la hábil mano del hombre de aquella época.

En ella aparecen también las primeras armas que el ser humano utilizó: los cuchillos, raederas y hachas de pedernal. Pero con un carácter, con una cultura definida. Las separan miles de años de aquella que produjeron los paleolíticos. Existe ya una perfección en cuanto al tallado de las lascas sacadas de los nódulos. Estos se nos presentan ya como puntas de flechas, como cuchillos y trozos de sierra, que sirven para las hoces labriegas.

Con estos instrumentos de sílex aparece también el colmillo de algún jabalí, con un orificio en uno de sus extremos que nos habla del comienzo de la autoridad, de la jerarquía del mando entre los hombres.

Confundido con estos objetos se halla también un trozo de vasija que conserva unos polvos rojizos. ¿Son éstos materias para el colorante de su alfarería o para tatuajes? Asimismo se encuentran algunos punzones de cobre...

Estos nos acusan la presencia de una nueva cultura en esta cueva; cueva que es sin duda parte de un poblado primitivo sobre la cual se asentaron después los pueblos que los desplazaron.

Tenemos, pues, los elementos de cultura indispensables para reconstruir la vida de un pueblo de hace muchos miles de años...

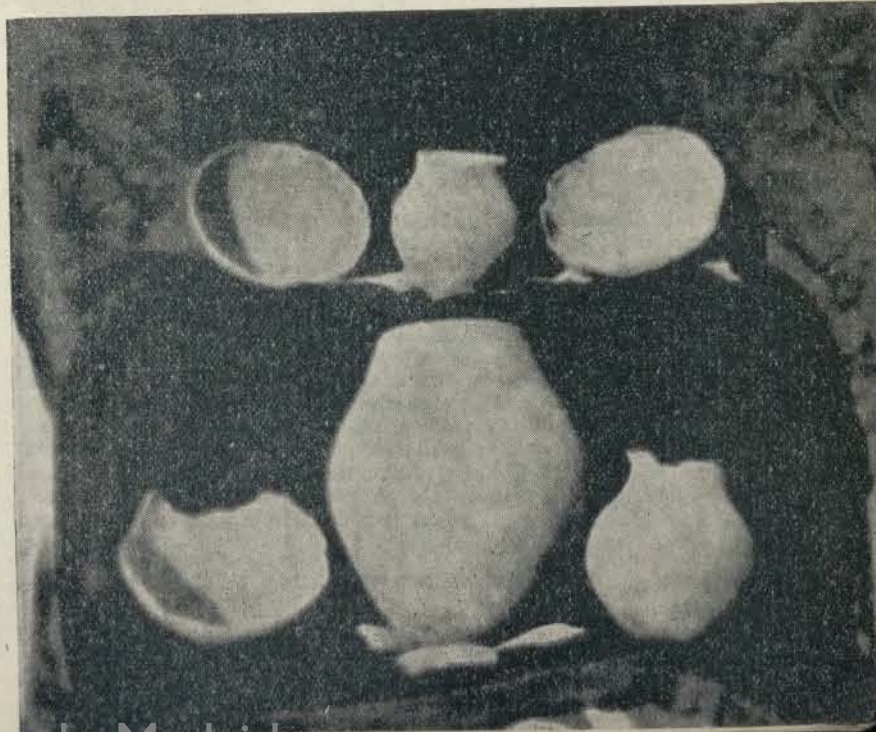
LA SUPREMA EMOCION DE UN EXCAVADOR

Ahora, que lo que nos atrae principalmente es la raíz de esta vida primitiva, o sea la que aparece en la cueva de Caño-Quebrado. Por eso que su interés nos cautiva y que sigamos atentos a todos los pormenores de la investigación. Estos son ya el cernido de unas tierras en busca de que aparezcan sobre el tejido del arnero la punta de una flecha que apareció mutilada, ya el descombro de una cavidad en donde aparece con frecuencia un esqueleto humano sentado que denota que aquel lugar fué sepultura, ya la disposición de las piezas de cerámica, por cuanto éstas nos puedan poner en antecedentes del orden que ocupaban en aquel remotísimo hogar...

Sobre todo esto, tan interesante para el hombre de estudio y de investigación, está para todo hombre culto el supremo interés que tiene el asistir al nacimiento, al primer albor de una cosa tan magnífica y tan compleja como es la vida de un pueblo, incluso de una raza, de un nuevo ser... que en este caso es el que forma la Humanidad.

CECILIO BARBERAN

He aquí una colección de cerámica de la cultura del Algar que aparece en dicha cueva. Ella delata que no fué modelada por la rueda alfarera, sino por la más hábil mano del hombre de aquella época.



DIAMANTES ARTIFICIALES pueden

POR fin, la Prensa registra un nuevo adelanto de la ciencia: la obtención del diamante artificial. Hasta ahora, sobre estas piedras preciosas se habían experimentado muchos ensayos para obtenerlas artificialmente, mas ninguno había dado resultado. Las obtenciones eran de pequeña eficiencia: unos cristales poco más que microscópicos, aunque de bastante pureza. Pero ninguno llegaba al tamaño parecido de los más grandes naturales.

Y, por último, se ha conseguido leer el siguiente telegrama:

“El archiduque José Francisco de Habsburgo inventa un diamante artificial.

La piedra tiene un alto grado de dureza y resiste temperaturas de dos mil grados

Budapest, 25.—El doctor en Ciencias Químicas archiduque José Francisco de Habsburgo ha inventado un diamante artificial que puede ser tallado. Tiene un grado de dureza idéntico al del diamante natural y resiste temperaturas de dos mil grados. El polvo del diamante artificial puede utilizarse para pulir metales.

El inventor es hijo del mariscal de campo del antiguo Ejército austrohúngaro archiduque José.”

un diamante del trono del Sah Nadir de Persia, creyó haber hecho un buen negocio realizándolo por 50.000 francos, mientras su comprador lo vendió nuevamente en 300.000.

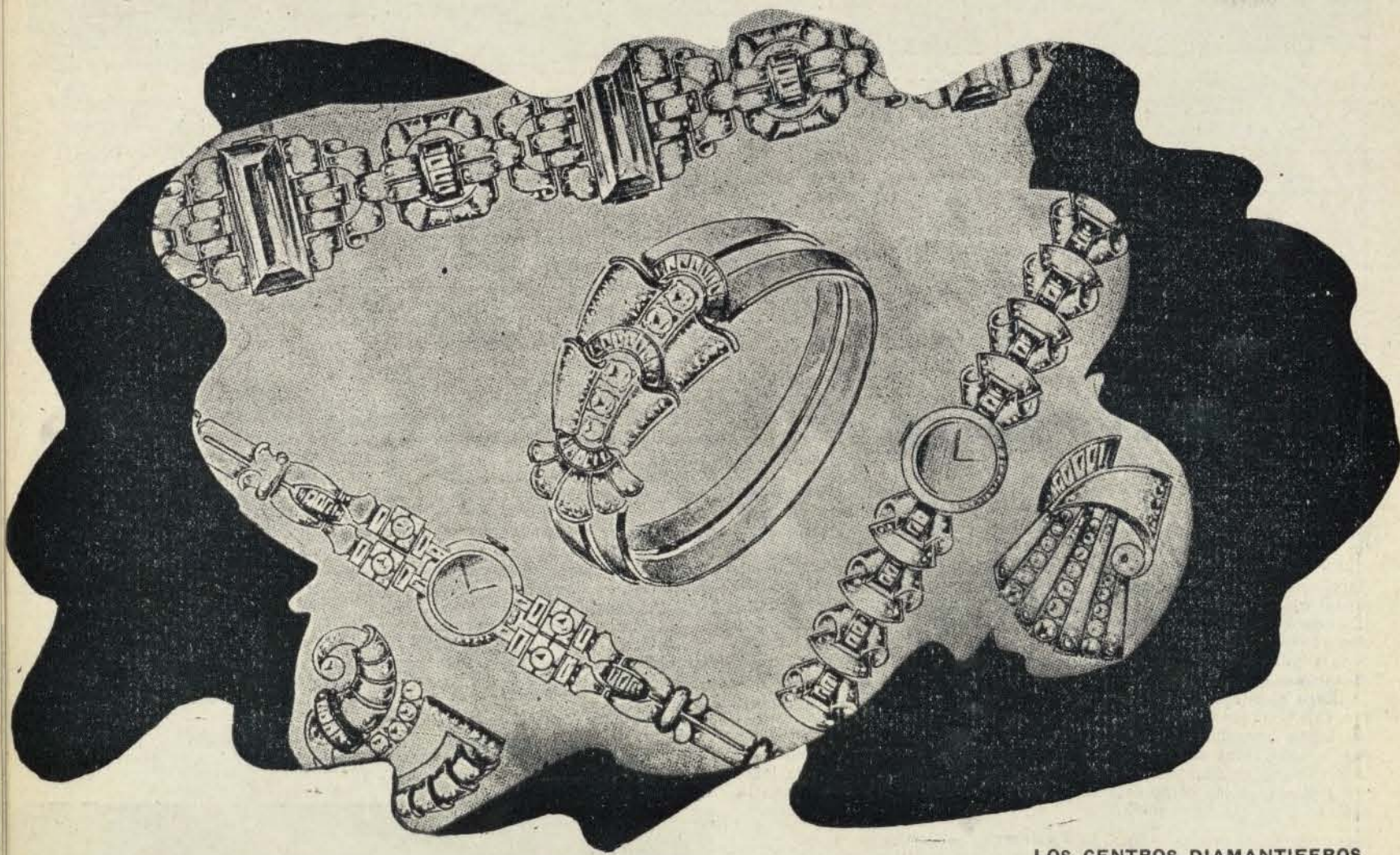
El conde de Sforza vendió al Papa otro diamante por la suma de 200.000 ducados, cuando en realidad la gema estaba tasada en 2.000.000 de francos.

Un soldado alemán llegó a vender a un sabio compatriota suyo un diamante del duque de Borgoña, Carlos el Temerario, en el irrisorio precio de un thaler.

El Zar de Rusia llegó a vender también el famoso diamante “Sanoy” en medio millón de francos.

PRINCIPALES DIAMANTES DE FAMA HISTORICA

- 1.º El “Gran Mogol”, primero de fama conocido.
- 2.º El “Vargas”, que es el mayor del mundo—726 quilates—, encontrado por dos labriegos brasileños, y que no fué tallado para no sacrificar su volumen. Se halla en poder de los norteamericanos.
- 3.º El “Orloff”, que ha figurado en el cetro del Zar de Rusia.
- 4.º El “Koh-i-noor”, que perteneció al trono del Sah de Persia, Nadir.
- 5.º El “Petit”, que pertenece al Tesoro francés y hoy tiene el nombre de “Regente”.
- 6.º El “Saney”, que Napoleón I vendió en 1.000.000 de francos y actualmente se encuentra en la India.
- 7.º El “Estrella del Sur”, de 125 quilates, comprado por el “gaskar” de Baroda.



Ignoramos, sin más detalles, las propiedades de este descubrimiento, que, de tener eficacia, revolvería el mercado más importante del mundo. Las propiedades que se le anuncian son, desde luego, dignas de consideración.

¿Qué es el diamante? Los primeros que se conocen en Europa proceden de la India y hacen su aparición por el siglo XVIII. De los diamantes todos saben que son piedras de carbono cristalizada que adquieren cifras fabulosas de valoración, sobre todo cuando la talla ha lapidado sus caras de icosaedro refulgente. El tallador es quien le revaloriza con su trabajo después de la laboriosa manipulación. En una ocasión. Catalina II de Rusia, al ver la talla del diamante “Orloff”, ofreció 450.000 rublos al joyero que la hizo, cantidad que le fué otorgada en el momento de la entrega, más una pensión de 4.000 rublos anuales.

La labor de talla de un diamante puede llevar hasta dos años de trabajo, en los cuales la piedra se queda reducida por lo menos a la mitad de su volumen. A partir de ahí el diamante va subiendo de precio, según el resplandor de sus brillos, la pureza de sus aguas y el peso de la piedra. En un cuerpo de unos pocos gramos de peso puede encerrarse toda una verdadera fortuna.

ALTOS PRECIOS PAGADOS POR DIAMANTES

Al vender un diamante de algún tamaño y buena talla suele ignorarse generalmente la valía de su precio. Un soldado francés que vendió

LOS CENTROS DIAMANTIFEROS DE MAYOR IMPORTANCIA

Los lugares de la tierra en donde las entrañas del subsuelo dan esta codiciada materia para la joyería son, por el siguiente orden de importancia: Angola, Congo belga, Africa ecuatorial francesa, Africa occidental francesa, Costa de Oro, Sierra Leona, Africa sudoccidental, Tanganyika, Unión Sudafricana, Brasil, Guayana inglesa y otras explotaciones de menor cuantía.

LA OBTENCION DE LA PIEDRA EN BRUTO

Laborioso y complicado proceso. Ingresar como visitante en una mina de diamantes requiere una larga serie de formalidades y garantías para evitar que se produzcan robos de las piedras. Una profunda excavación en forma de embudo indica el lugar donde la explotación se lleva a cabo. Miles de pies de profundidad hacen sobresalir, con más altura, las armazones de las grúas que levantan las cargas del mineral. Cientos de obreros ennegrecidos en el fondo del hoyo excavan la tierra. El espectador se encuentra ante el cráter de la mina.

La tierra diamantífera obtenida en las primeras extracciones se denomina “tierra azul” y unos transportadores la elevan hasta una galería. Obreros indígenas, que saben distinguir la tierra rica de los bloques estériles, se ocupan de la selección, verificada la cual la “tierra azul” es transportada a unas trituradoras. Potentes tolvas vierten la tierra en los molinos trituradores. Pero no menos interesante ha sido, primero, apreciar la fuerza de las perforadoras, que con resistentes co-

rivalizar ^{ya} CON LOS VERDADEROS

ronas dentadas van abriendo surco y brecha a través de las rocas más resistentes, en profundidades que alcanzan incluso varios kilómetros.

Posteriormente, en el lavadero, el mineral pasa a la clasificación de la tierra por su densidad. La que lleva diamantes, y que es más pesada, queda hundida en el fondo de las cisternas, mientras a su vez la otra, que es más ligera y flota, queda eliminada. De toda la tierra removida, tan sólo un 2 por 100 es utilizable, y el resto pasa a un vertedero. La primera, en tamicos de ritmo continuo, termina de desprender las piedras preciosas, y por unas planchas inclinadas y recubiertas de vaselina —“mesas engrasadas”, como las llaman en el trabajo— quedan adheridos a la capa de grasa los diamantes, mientras el resto del mineral resbala por los tableros.

Ahora, habrá de rascarse la capa de grasa de los tableros en la que van las piedras. Ese “budding” grasiento y diamantífero es introducido en unos bidones perforados, los cuales son sumergidos en agua hirviendo. La grasa se desprende y sale derretida por los agujeros, quedando en el interior los diamantes. Normalmente suele haber un 30 por 100 de diamantes. Son unas piedras amorfas, incoloras y sin el brillo del pulimentado posterior. Pero encierran ya un costoso valor, que excita la codicia de cualquier osado.

Ha dado el lector un ligero recorrido por una de las minas más importantes del Transvaal. De esta forma no ha tenido que pasar por la molestia de ser registrado a la salida. Un gabinete especial exige que todos los visitantes de estas minas sean examinados por los rayos X,

nos puntos, obtenciones de hasta 1.000 quilates por metro cúbico. La producción mundial del año 1941 fué de 16 millones de quilates.

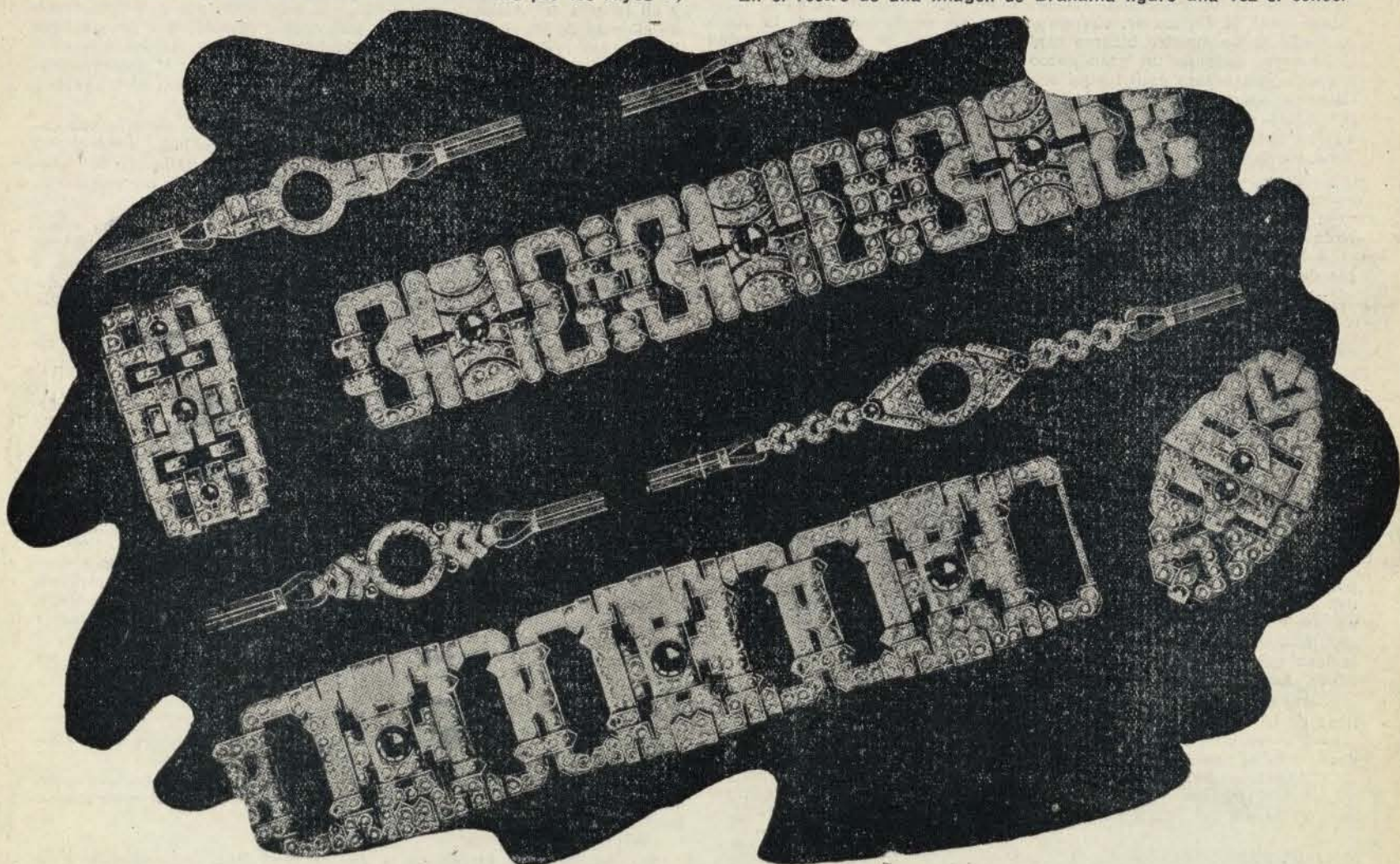
Ha sido durante mucho tiempo a Inglaterra y sus Dominios a quienes ha correspondido el control del comercio de diamantes en bruto, así como el 31 por 100 de la producción. De ello se derivaba que la explotación diamantífera estaba en manos de la metrópoli inglesa, contando con Empresas las más poderosas del gremio, cual la “Diamond Trading Corporation”, que disponía de un capital de cinco millones de libras esterlinas y tenía su residencia en Londres.

LOS ROBOS DE DIAMANTES

En todo tiempo los diamantes han tentado la imaginación de los novelistas para urdir fantásticas narraciones de robos de diamantes. Así, fueron algunas de las más bellas historias de Eugenio Sué y Honorato Balzac. Pero, no obstante, también en la realidad se han dado casos sorprendentes de audacia entre los ladrones para apoderarse de estas piedras preciosas. Dificulta la operación, si se trata de hurtar piedras ya registradas, que tienen conocimiento en todos los departamentos de Policía internacional. ¿Quién puede desprenderse, después de robado, por ejemplo, del “Regente” de Francia, que es de un conocimiento universal, como el cuadro de la más famosa pinacoteca? Por eso, los ladrones prefieren actuar sobre las piedras sin talla, para los mercados negros.

Los más comentados robos que desde tiempos remotos se conocen sobre diamantes son los siguientes:

En el rostro de una imagen de Brahama figuró una vez el conoci-



o sala de fluoroscopia. El requerido pasa a una especie de cabina telefónica y en ella son transparentados los objetos que ha podido esconder de tipo mineral. Para ello, y previamente, es invitado a desprenderse, sobre una mesa, de todos los objetos personales y tan sólo entra con la vestimenta de ropa. Si, incluso, ha ingerido una piedra para mejor extraerla de la mina, en el lugar correspondiente al estómago aparecerá la sombra delatadora del robo cometido.

TALLA Y MERCADO DEL DIAMANTE

Los diamantes se dividen en dos clases: negros y blancos. Estos últimos, por su “oriente”—como las perlas—, son los codiciados para la joyería. Para la conversión en brillantes, comienza el desengaste y pulimentación por un repetido número de recambios. Europa gozaba, antes de la guerra, con el 97 por 100 de los tallistas afamados del mundo. Eran Amberes y Amsterdam los Centros más famosos de este género y donde se reunían los artífices más expertos de esta manipulación. Amberes ocupaba 20.000; en Idar Oberstein trabajaban 5.000, y en Amsterdam, de 3 a 4.000. Todo el resto del mundo no daba una cifra superior a los 1.000 tallistas.

Proverbialmente ha sido el módulo del brillante esa unidad llamada QUILATE. La mayor cuantía de éstos es la que da el precio de la piedra. Un quilate equivale a doscientos cincuenta miligramos, es decir, la cuarta parte de un gramo. Asimismo la producción se evalúa en cifras de quilates, y los yacimientos más ricos son los de los afluentes del Lublash, en el Congo Belga. En ellos se han encontrado, en algu-

do diamante “Orloff” en forma de ojo. Para robar la codiciada joya el ladrón destruyó el templo sagrado donde estaba la imagen.

Para evitar el robo de otro diamante famoso, el “Pitt”, una esclava india fué encargada de servir de estuche, guardándola dentro de su piel, en una herida que se infectó.

A un mensajero de Enrique III, Rey de Francia, le trataron de robar también el diamante “Florentino”. Y para evitar el despojamiento el criado se dejó asesinar, después de haber puesto a buen recaudo la piedra, ingiriéndola en su propio estómago.

El último procedimiento de argucia ha consistido en utilizar el collar de un perro, con doble fondo, para hacer pasar por la inspección de las aduanas y burlar a la inspección de la Policía las piedras obtenidas de un yacimiento.

No obstante, si el descubrimiento del archiduque José Francisco de Habsburgo tiene visos de aplicación en forma industrial, han de notarse sus efectos en la cotización de los diamantes naturales. Su valor no es que decaiga, pero es que, precisamente, los ladrones de joyas podrán utilizar este medio para la suplantación de los verdaderos. Hoy por hoy, el diamante está en el primer plano de la actualidad y sus precios todavía alcanzan cifras fabulosas. Este descubrimiento no ha servido más que para dar, de momento, una llamada de la atención pública a tan codiciadas piedras en todo tiempo.

Desgraciadamente, la posesión de diamantes siempre ha traído cierto maleficio para sus propietarios, acarreándoles desgracias personales. Esta es, también, una “jettatura” que podrán evitar las piedras artificiales, aunque aquéllas no dejen de ser, sin embargo, solicitadas.



(Conclusión.)

Como era de esperar, entre los oficiales que, según tenían de costumbre, acudieron al día siguiente a tomar el sol y a charlar un rato en el Zocodover, no se hizo platillo de otra cosa que la llegada de los dragones, cuyo jefe dejamos en el anterior capítulo durmiendo a pierna suelta y descansando de las fatigas de su viaje. Cerca de una hora hacía que la conversación giraba alrededor de este asunto, y ya comenzaba a interpretarse de diversos modos la ausencia del recién venido, a quien uno de los presentes, antiguo compañero suyo de colegio, había citado para el Zocodover, cuando en una de las bocacalles de la plaza apareció al fin nuestro bizarro capitán despojado de su ancho capotón de guerra, luciendo un gran casco de metal con penacho de plumas blancas, una casaca azul turquí con vueltas rojas y un magnífico mandoble con vaina de acero, que resonaba arrastrándose al compás de sonos marciales y en pos de sí la azulada estela que desde el alto ajimez bajaba verticalmente hasta el pie del opuesto muro, rompiendo la oscura sombra de aquel recinto lóbrego y misterioso.

—Pero...—exclamó interrumpiéndole su camarada de colegio, que, comenzando por echar a broma la historia, había concluido interesándose con su relato—, ¿cómo estaba allí aquella mujer? ¿No le dijiste nada? ¿No te explicó su presencia en aquel sitio?

—No me determiné a hablarle, porque estaba seguro de que no había de contestarme, ni verme, ni oírme.

—¿Era sorda?

—¿Era ciega?

—¿Era muda?—exclamaron a un tiempo tres o cuatro de los que escuchaban la relación.

—Lo era todo a la vez—exclamó al fin el capitán después de un momento de pausa—, porque era... de mármol.

Al oír el estupendo desenlace de tan extraña aventura, cuantos habían en el corro prorrumpieron en una ruidosa carcajada, mientras uno de ellos dijo al narrador de la peregrina historia, que era el único que permanecía callado y en una grave actitud:

—¡Acabáramos de una vez! Lo que es de ese género, tengo yo más de un millar, un verdadero serrallo, en San Juan de los Reyes; serrallo que desde ahora pongo a vuestra disposición, ya que, a lo que parece, tanto os da una mujer de carne como de piedra.

—¡Oh!, no...—continuó el capitán, sin alterarse en lo más mínimo por las carcajadas de sus compañeros—; estoy seguro de que no pueden ser como la mía. La mía es una verdadera dama castellana que por un milagro de la escultura parece que no la han enterrado en su sepulcro, sino que aún permanece en cuerpo y alma de hinojos sobre la losa que lo cubre, inmóvil, con las manos juntas en ademán suplicante, sumergida en un éxtasis de místico amor.

—De tal modo te explicas, que acabarás por probarnos la verosimilitud de la fábula de Galatea.

—Por mi parte, puedo deciros que siempre la creí una locura; mas desde anoche comienzo a comprender la pasión del escultor griego.

—Dadas las especiales condiciones de tu nueva dama, creo que no tendrás inconveniente en presentarnos a ella. De mí sé decir que ya no vivo hasta ver esa maravilla. Pero... ¿qué diantres te pasa?... Di-

ráas que esquivas la presentación. ¡Jal, ¡jal, ¡jal! Benito fuera que ya te tuviéramos hasta celoso.

—Celoso—se apresuró a decir el capitán—, celoso... de los hombres, no... mas ved, sin embargo, hasta dónde llega mi extravagancia. Junto a la imagen de esa mujer también de mármol, grave y al parecer con vida como ella, hay un guerrero..., su marido sin duda... Pues bien... lo voy a decir todo, aunque os moféis de mi necesidad... Si no hubiera temido que me tratasen de loco, creo que ya lo habría hecho cien veces pedazos.

Una nueva y aún más ruidosa carcajada de los oficiales saludó esta original revelación del estrambótico enamorado de la dama de piedra.

—Nada, nada; es preciso que la veamos—decían los unos.

—Sí, sí; es preciso saber si el objeto corresponde a tan alta pasión—añadían los otros.

—¿Cuándo nos reunimos a echar un trago en la iglesia en que os alojáis?—exclamaron los demás.

—Cuando mejor os parezca: esta misma noche si queréis—respondió el joven capitán, recobrando su habitual sonrisa, disipada un instante por aquel relámpago de celos—. A propósito: con los bagajes he traído hasta un par de docenas de botellas de Champagne, verdadero Champagne, restos de un regalo hecho a nuestro general de brigada, que, como sabéis, es algo pariente.

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamaron los oficiales a una voz prorrumpiendo en alegres exclamaciones.

—¡Se beberá vino del país!

—¡Y cantaremos una canción de Ronsard!

—Y hablaremos de mujeres, a propósito de la dama del anfitrión.

—Conque... ¡hasta la noche!

—¡Hasta la noche!

Ya hacía largo rato que los pacíficos habitantes de Toledo habían cerrado con llave y cerrojo las pesadas puertas de sus antiguos caserones; la campana gorda de la catedral anunciaba la hora de la queda, y en lo alto del Alcázar, convertido en cuartel, se oía el último toque de silencio de los clarines, cuando diez o doce oficiales que poco a poco habían ido reuniéndose en el Zocodover tomaron el camino que conduce desde aquel punto al convento en que se alojaba el capitán, animados más con la esperanza de apurar las prometidas botellas que con el deseo de conocer la maravillosa escultura.

La noche había cerrado sombría y amenazadora; el cielo estaba cubierto de nubes de color de plomo; el aire, que zumbaba encerrado en las estrechas y retorcidas calles, agitaba la moribunda luz del farolillo de los retablos o hacía girar con un chirrido agudo las veletas de hierro de las torres.

Apenas los oficiales dieron vista a la plaza en que se hallaba situado el alojamiento de su nuevo amigo, éste, que les aguardaba impaciente, salió a encontrarles; y después de cambiar algunas palabras a media voz, todos penetraron juntos en la iglesia, en cuyo lóbrego recinto la escasa claridad de una linterna luchaba trabajosamente con las oscuras y espesísimas sombras.

—¡Por quien soy!—exclamó uno de los convidados tendiendo a su alrededor la vista—, que el local es de los menos a propósito del mundo para una fiesta.

—Efectivamente—dijo otro—; nos traes a conocer a una dama, y apenas si con mucha dificultad se ven los dedos de la mano.

—Y, sobre todo, hace un frío, que no parece sino que estamos en la Siberia—añadió un tercero arrebujándose en el capote.

—Calma, señores, calma—interrumpió el anfitrión—; calma, que a todo se proveerá. ¡Eh, muchacho!—prosiguió dirigiéndose a uno de sus asistentes—: busca por ahí un poco de leña, y enciéndenos una buena fogata en la capilla mayor.

El asistente, obedeciendo las órdenes de su capitán, comenzó a descargar golpes en la sillería del coro, y después que hubo reunido una gran cantidad de leña que fué apilando al pie de las gradas del presbiterio, tomó la linterna y se dispuso a hacer un auto de fe con aquellos fragmentos tallados de riquísimas labores, entre los que se veían, por aquí, parte de una columnilla salomónica; por allá, la imagen de un santo abad, el torso de una mujer o la disforme cabeza de un grifo asomado entre hojarascas.

A los pocos minutos, una gran claridad que de improviso se derramó por todo el ámbito de la iglesia anunció a los oficiales que había llegado la hora de comenzar el festín.

El capitán, que hacía los honores de su alojamiento con la misma ceremonia que hubiera hecho los de su casa, exclamó dirigiéndose a los convidados:

—Si gustáis, pasaremos al "buffet".

Sus camaradas, afectando la mayor gravedad, respondieron a la invitación con un cómico saludo, y se encaminaron a la capilla mayor precedidos del héroe de la fiesta, que al llegar a la escalinata se detuvo un instante, y extendiendo la mano en dirección al sitio que ocupaba la tumba, les dijo con la finura más exquisita:

—Tengo el placer de presentaros a la dama de mis pensamientos. Creo que convendréis conmigo en que no he exagerado su belleza.

Los oficiales volvieron los ojos al punto que les señalaba su amigo, y una exclamación de asombro se escapó involuntariamente de todos los labios.

En el fondo de un arco sepulcral revestido de mármoles negros, arrodillada delante de un reclinatorio, con las manos juntas y la cara vuelta hacia el altar, vieron, en efecto, la imagen de una mujer tan bella, que jamás salió otra igual de manos de un escultor, ni el deseo pudo pintarla en la fantasía más soberanamente hermosa.

—En verdad que es un ángel—exclamó uno de ellos.

—¡Lástima que sea de mármol!—añadió otro.

—No hay duda que, aunque no sea más que la ilusión de hallarse junto a una mujer de este calibre, es lo suficiente para no pegar los ojos en toda la noche.

—¿Y no sabéis quién es ella?—preguntaron algunos de los que contemplaban la estatua al capitán, que sonreía satisfecho de su triunfo.

—Recordando un poco del latín que en mi niñez supe, he conseguido a duras penas descifrar la inscripción de la tumba—contestó el in-

¿Desea usted recibir directamente "TAJO"?

Envíenos el adjunto BOLETIN DE SUSCRIPCION

Sr. Administrador del semanario «TAJO»
Alcalá, 128, Madrid

Sírvase usted dar las órdenes oportunas para que a partir de esta fecha me sea remitiendo «TAJO» a las señas que a continuación señalo, y cuyo importe de pesetas 26 para un trimestre, envió con esta fecha por Giro postal.

Nombre y apellidos
Domicilio
Población
Provincia

terpelado—; y, a lo que he podido colegir, pertenece a un título de Castilla, famoso guerrero que hizo la campaña con el Gran Capitán. Su nombre lo he olvidado; mas su esposa, que es la que veis, se llama doña Elvira de Castañeda, y por mí fe que, si la copia se parece al original, debió de ser la mujer más notable de su siglo.

Después de estas breves explicaciones, los convidados, que no perdían de vista el principal objeto de la reunión, procedieron a destapar algunas de las botellas y, sentándose alrededor de la lumbre, empezó a andar el vino a la ronda.

A medida que las libaciones se hacían más numerosas y frecuentes, y el vapor del espumoso “champagne” comenzaba a trastornar las cabezas, crecían la animación, el ruido y la algazara de los jóvenes, de los cuales éstos arrojaban a los monjes de granito adosados a los pilares los cascos de las botellas vacías, y aquéllos cantaban a toda voz canciones báquicas y escandalosas, mientras los de más allá prorrumpían en carcajadas, batían las palmas en señal de aplauso o disputaban entre sí con blasfemias y juramentos.

El capitán bebía en silencio como un desesperado y sin apartar los ojos de la estatua de doña Elvira.

Iluminada por el rojizo resplandor de la hoguera, y a través del confuso velo que la embriaguez había puesto delante de su vista, pa-



reciale que la mármorea imagen se transformaba a veces en una mujer real; parecíale que entreabría los labios como murmurando una oración; que se alzaba su pecho como oprimido y sollozante; que cruzaba las manos con más fuerza; que sus mejillas se coloreaban, en fin, como si se ruborizase ante aquel sacrílego y repugnante espectáculo.

Los oficiales, que advirtieron la taciturna tristeza de su camarada, le sacaron del éxtasis en que se encontraba sumergido y, presentándole una copa, exclamaron en coro:

—¡Vamos, brindad vos, que sois el único que no lo ha hecho en toda la noche!

El joven tomó la copa y, poniéndose de pie y alzándola en alto, dijo encarándose con la estatua del guerrero arrodillado junto a doña Elvira:

—¡Brindo por el Emperador, y brindo por la fortuna de sus armas, merced a las cuales hemos podido venir hasta el fondo de Castilla a cortejarle su mujer en su misma tumba a un vencedor de Ceriñola!

Los militares acogieron el brindis con una salva de aplausos, y el capitán, balanceándose, dió algunos pasos hacia el sepulcro.

—No...—prosiguió dirigiéndose siempre a la estatua del guerrero, y con esa sonrisa estúpida propia de la embriaguez—, no creas que te tengo rencor alguno porque veo en ti un rival...; al contrario, te admiro como un marido paciente, ejemplo de longanimidad y mansedumbre, y a mi vez quiero también ser generoso. Tú serías bebedor a fuer de soldado...; no se ha de decir que te he dejado morir de sed, viéndonos vaciar veinte botellas...; ¡toma!

Y esto diciendo llevóse la copa a los labios, y después de humedecerlos con el licor que contenía, le arrojó el resto a la cara, prorrumpiendo en una carcajada estrepitosa al ver cómo caía el vino sobre la tumba goteando de las barbas de piedra del inmóvil guerrero.

—¡Capitán!—exclamó en aquel punto uno de sus camaradas en tono de zumba—, cuidado con lo que hacéis... Mirad que esas bromas con la gente de piedra suelen costar caras... Acordaos de lo que aconteció a los húsares del 5.º en el monasterio de Poblet... Los guerreros del claustro dicen que pusieron mano una noche a sus espadas de granito, y dieron que hacer a los que se entretenían en pintarles bigotes con carbón.

Los jóvenes acogieron con grandes carcajadas esta ocurrencia; pero el capitán, sin hacer caso de sus risas, continuó siempre fijo en la misma idea:

—¿Creéis que yo le hubiera dado el vino a no saber que se tragaba al menos el que le cayese en la boca?... ¡Oh!... ¡No!... yo no creo, como vosotros, que esas estatuas son un pedazo de mármol tan inerte hoy como el día en que lo arrancaron de la cantera. Indudablemente el artista, que es casi un dios, da a su obra un soplo de vida que no logra hacer que ande y se mueva, pero que le infunde una vida incomprendible y extraña; vida que yo no me explico bien, pero que la siento, sobre todo cuando bebo un poco.

—¡Magnífico!—exclamaron sus camaradas—, bebe y prosigue.

El oficial bebió, y, fijando los ojos en la imagen de doña Elvira, prosiguió con una exaltación creciente:

—¡Miradla!... ¡Miradla!... ¿No veis esos cambiantes rojos de sus carnes mórbidas y transparentes?... ¿No parece que por debajo de esa ligera epidermis azulada y suave de alabastro circula un fluido de luz color de rosa?... ¿Queréis más vida?... ¿Queréis más realidad?...

—¡Oh!... sí, seguramente—dijo uno de los que le escuchaban—; quisiéramos que fuese de carne y hueso.

—¡Carne y hueso!... ¡Miseria, podredumbre!—exclamó el capitán—. Yo he sentido en una orgía arder mis labios y mi cabeza; yo he sentido este fuego que corre por las venas hirviendo como la lava de un volcán, cuyos vapores caliginosos turban y trastornan el cerebro y hacen ver visiones extrañas. Entonces el beso de esas mujeres materiales me quemaba como un hierro candente, y las apartaba de mí con disgusto, con horror, hasta con asco; porque entonces, como ahora, necesitaba un soplo de brisa del mar para mi frente calurosa, beber hielo y besar nieve...; nieve teñida de suave luz, nieve coloreada por un dorado rayo de sol...; una mujer blanca, hermosa y fría, como esa mujer de piedra que parece incitarme con su fantástica hermosura, que parece que oscila al compás de la llama, y me provoca entreabriendo sus labios y ofreciéndome un tesoro de amor... ¡Oh!... sí... un beso...; sólo un beso tuyo podrá calmar el ardor que me consume.

—¡Capitán!—exclamaron algunos de los oficiales al verle dirigirse hacia la estatua como fuera de sí, extraviada la vista y con pasos inseguros—, ¿qué locura vais a hacer? ¡Basta de broma y dejad en paz a los muertos!

El joven ni oyó siquiera las palabras de sus amigos y tambaleando y como pudo llegó a la tumba y aproximóse a la estatua; pero al tenderle los brazos resonó un grito de horror en el templo. Arrojando sangre por ojos, boca y nariz, había caído desplomado y con la cara deshecha al pie del sepulcro.

Los oficiales, mudos y espantados, ni se atrevían a dar un paso para prestarle socorro.

En el momento en que su camarada intentó acercar sus labios ardientes a los de doña Elvira, habían visto al inmóvil guerrero levantar la mano y derribarle con una espantosa bofetada de su guantelete de piedra.

Con miras a su economía
y buen gusto aconsejamos
tenga en cuenta nuestras
Secciones de

LANAS, SEDAS y NOVEDADES

Almacenes Ideales

Telefono

ALBERTO AGUILERA, 62
36611

A.

Los amantes de Teruel

LA TRAGICA HISTORIA DE DOS BESOS

El amor, saeta mortal que separó para siempre, uniéndoles en la leyenda, a Diego Martínez de Marcilla e Isabel de Segura

COMO A MODO DE PROLOGO

Lector: ¿verdad que sí, que al leer el titular, "Los amantes de Teruel", has añadido, filosóficamente, "tonta ella y tonto él"? No te disculpes; si es lo lógico. Estamos en pleno siglo XX. Y el XVIII queda ya muy lejano, en la ruta monótona de la historia.

Hoy, en esta nuestra edad del acero, cuando todo juega a impulso de músculos y bielas, cuando el mundo no es más que un problema y una ambición positivista, la suave, romántica, idílica y trágica historia de los amantes de Teruel se nos ofrece como un triste poema de puerilidad.

Porque, lector, Diego Juan Martínez de Marcilla e Isabel de Segura habrían, de haber vivido en este final de la primera mitad de nuestro siglo, resuelto rápida y eficazmente su problema amoroso. Aunque, lo más probable, es que éste no se hubiera planteado.

Sin embargo, ¡cuánta poesía, íntima, luminosa, melancólica e ideal sugieren en lo más íntimo de nuestro ser estos desventurados amores de Diego e Isabel cuando nos recogemos un instante en nuestra propia y emotiva soledad.

AMOR, SAETA DE LA TRAGEDIA, SEMILLA DE LA MUERTE

Es bella como las espadas de la palma, como la última luz del ocaso, como la sonrisa de un niño, Isabel de Segura. Y es gallardo y arrogante, impetuoso y varonil, Diego Juan Martínez de Marcilla.

Aun no ha cumplido quince primaveras Isabel cuando la mirada de corza de sus ojos incomparables descansa, deleitado, en el viril rostro de Diego. Y en seguida, amoroso rubor arrebola las aterciopeladas mejillas de la doncella.

Y si la presencia de Diego causa intensa impresión en Isabel, la de ésta cautiva el corazón del doncel.

Amor es la determinante de la primera entrevista. Y amor es el incomparable licor que presta férreos impulsos a la espada castrense del joven.

Tres años se suceden, raudos, para Diego Juan Martínez de Marcilla. Las constantes luchas con los árabes y el perpetuo recuerdo del bienamado rostro de Isabel hacen que el tiempo se deslice proceloso al pretérito.

Y un día, misiva urgente de la doncella hace volar al corcel de Diego. La angustia y la pena más honda determinaron las letras de Isabel, y angustia y torvos presentimientos dictan poderoso impulso al caballo del guerrero.

En la noche cerrada de nubes, noche íntima y protectora de amantes, sedeña escala se abate al suelo desde alto y esbelto ajimez.

Por la escala sube, con impaciencia de infancia, de enamorado, Diego. Y ojos, que no brazos, luego, acarician su presencian.

El diálogo fluye, silente, emocional y definitivo:

—Isabel, amor.

—Diego. ¡Por fin! Os esperaba tan impaciente.

—Hablad, Isabel; ¿qué acontece?

La doncella parece buscar con la mirada, a través del ventanal, y sobre la negra silueta de los cercanos alcores, fuerzas para sus palabras:

—¡Diego! Mi padre pretende casarme.

La noticia hiere profundamente al doncel, que, al fin, logra murmurar:

—¿Con quién?

—Con don Hernán Suárez de Ruidero.

—¿De alto linaje?

—Y gran fortuna.

—¿Qué pensáis hacer, Isabel?

—No sé: estoy como loca. No me he atrevido a oponerme a los deseos de mi padre. Ya sabes que él cumple siempre, por encima de todo, lo prometido.

—¿Y ya os ha concedido?

—Pretende que las bodas se anuncien mañana.

La decisión viril vibra en las palabras de Diego:

—No se anunciarán.

—¿Qué pretendéis?
—Hablar a vuestro padre, Isabel.
—Será inútil.

—¿Vos me amáis?

—¿Podéis dudar?

—Tampoco entonces dudéis de que haré cuanto pueda en defensa de nuestro amor. Hasta mañana, Isabel.
—Que Dios os ilumine, Diego.

La entrevista de Diego Juan Martínez de Marcilla con el señor de Segura cobra metálicas, duras tonalidades. Amor impetuoso lucha contra caduca lógica positivista.

El padre de Isabel se niega, absoluto, a retractarse de sus propósitos. En la tarde de la misma jornada se proclamará el próximo enlace de Isabel de Segura con el muy noble y poderoso señor de Hernán Suárez de Ruidero.

Así es acre, violento y torvamente presagador el final de la entrevista de Diego con el padre de la doncella, que concluye con la hermética cerrazón de las puertas de la casa de la amada para el doncel.

En la noche de aquella jornada, la luna resplandece, amorosa y regia. Así, el paisaje, azul de acero, se descubre nítido.

Por eso, afanoso de sombras y contrastes de luz, Diego avanza hacia el ventanal del palacio de los Segura que da acceso a la habitación de Isabel.

Al fin, tras infinitas precauciones, el enamorado caballero goza el placer de la presencia de la doncella.

Los grandes ojos femeninos delatan huellas profundas de llanto, como los de Diego se descubren secos, insomnes.

Es triste, dolorosa, la entrevista:

—¡Diego! ¿Lo veis? Nada puede torcer la decisión de mi padre.

El enamorado afirma:

—Mañana iré a ver a ese caballero.

El temor vibra en la voz femenina:

—¿Qué pretendéis, Diego?

—Hablarle. Si es noble caballero, desistirá de sus propósitos. Y si no, le haré desistir yo.

—No lograréis entrevistarnos con él. Lleva inaccesible escolta.

—Para el amor no hay imposibles, Isabel.

La pena más íntima alborea en el rostro de canela y nácar de la doncella.

Y la más fatalista melancolía fluye:

—¡Diego! si fuera cierto... Pero siento que...

Mueren las palabras con los ahogos del llanto. Los brazos viriles forman consolador cobijo a la áurea cabecita de la bienamada.

Y Diego silente, en lo más hondo del corazón, que se clavan las garras de la venganza.

—No os pierdo, Isabel. Sois mi vida.

—Y vos la mía.

Hay una pausa. Diego duda un instante enunciar su propósito definitivo, pero sólo un instante.

—Isabel, si todo fallara, ¿me permitiríais que os lleve conmigo?

Isabel siente que se juega la felicidad, e incluso la vida, en la respuesta. Amor y honra se pesan en la balanza del pensamiento. Y en el peso triunfa la femenina fama:

—Oh, Diego. Vos no queréis eso para mí. Porque quiero creer que yo represento en vuestro corazón un poema de pureza.

—Y de ensueño vital, Isabel.

Pero ya Diego no se obstina. Comprende que por encima de todo, la doncella estima la rectitud de su conciencia.

PRELUDIO DE TRAGEDIA

Todas las puertas que permitieran el acceso del enamorado doncel al señor de Ruidero se cierran firmes y tajantes. Como antes, y después, las del palacio de la amada.

Y así es llegado el día de la ceremonia matrimonial. Cuatro servidores del novio logran, en cobarde celada, cautivar a Diego.

Y así, éste, en oscura prisión, siente, con todo el furor y angustia de su alma, cómo se deslizan para siempre las horas que elevan a Dios el testimonio del enlace de Isabel de Segura con el gentil hombre Ruidero.

Y cuando las primeras luces malvas del crepúsculo vespertino vienen al mundo, zaina mano descorre los cerrojos de la prisión, permitiendo la salida a un cuerpo inanimado, que marcha con movimientos mecánicos, sin norte ni fin.

SOLO UN BESO DE AMOR

Diego, ya libre, tarda mucho tiempo en recobrar su propia prestancia. Y cuando se encuentra a sí mismo, se autodescubre marioneta ya en la vida.

Un gran vacío espiritual, un absoluto desinterés por cuanto puede ser y ofrecer el mundo, cunde en el abatido espíritu del desgraciado. Nadie, ni nada, es capaz ya de elevar el corazón viril a ninguna empresa. Sólo la muerte cobra una grata, deliciosa personalidad, ofreciéndose como última esperanza y definitivo remanso.

Y en ello, Diego ve una culminación. Irá a buscar la muerte por el camino del heroísmo. Ahora, sin ensueños de futuro, el más bello rincón es aquel frío, silente y misterioso del que nunca se vuelve.

Pero Amor dicta lo magno. Necesita para su última pirueta el primer beso de amor de Isabel.

Prudencia de lobo impulsa a Diego. En una venta del camino es-

cucha las noticias de la boda. Comentarlos jocosos afirman que la novia dormirá en su cuarto de doncella hasta que el marido se sepa dueño del amor de la desposada.

Diego encamina sus pasos hacia el palacio de Isabel. Acaso ella le esté esperando, como en otras noches de incomparable belleza.

Según avanza Diego, los postreros ecos de la fiesta van atacándole el corazón más y más. Pero todo lo olvida ante la suprema majestad del amor representada por la escala que pende del ajimez de la habitación de la doncella.

Alas de amor impulsan la ascensión de Diego, que pronto se encuentra frente a Isabel.

Ahora sólo hablan los ojos, en elegía suprema. Ni las manos, que otras veces se trenzaron amorosas, se atreven a la casta caricia.

Ronca, desgarrada, rota a fuerza de emoción, nace la voz del mozo: —Isabel, amada.

Las manos de la doncella son hiedra de angustia:

—Por Dios, Diego. No me hagáis sufrir. ¿A qué habéis venido?

—A deciros adiós. ¿Acaso no me esperabais?

—La escala os contestará mejor que yo a esa pregunta. Yo también necesitaba deciros adiós.

—¿Sólo ello?

—No os entiendo. ¿Qué pretendéis?

—Una prueba, la última y más decisiva, de la estimación que me tenéis: un beso.

—¡Diego!

—Isabel, os amo tanto. Dadme, para andar por el mundo, y como lenitivo para mi inmenso dolor, esa prueba de vuestro cariño.

Isabel siente el alma turbada. Amor le bate en lo más íntimo de su ser que conceda al amado la óptima confortación. Pero la conciencia habla a la doncella de que es la esposa de don Hernán Suárez de Ruidero, a quien debe honrar y respetar en todos los instantes de su vida.

Y, una vez más, la propia estimación vence, dolorosamente, a los impulsos emocionales:

—Diego, no puedo. Lo siento con toda mi alma. Sabéis que os pertenece mi sueño, mi vida, mis ilusiones todas; pero soy la esposa de ese hombre.

—¿Le amáis acaso?

La respuesta a la encendida pregunta es rotunda:

—¡Lo odio! ¡Lo odio! Como jamás creí que pudiera odiar mi corazón. Mas he jurado ante Dios, y vos no queréis turbar la paz de mi espíritu. ¡Diego! ¿me escucháis? ¡Diego, amor! ¿Qué os pasa?

Las últimas palabras de Isabel surgen encajadas de tragedia. El gallardo doncel, el ideal enamorado, ha sentido estallarse el corazón, incapaz de contener el sufrimiento que le rebosa.

Y cuando el cuerpo del joven se dobla a los pies de la doncella, desgajado y vencido, surgen las últimas palabras del amado, que parecen venir ya de lugares muy lejanos:

—Isabel, un beso; os amo tanto.

—¡Diego, vida! Diego, amor! ¡Socorro!

Como autómatas Isabel vive las siguientes horas. Caritativas almas cuidan del cadáver del inanimado doncel. El señor de Ruidero, caso influido por la augusta majestad del amor y de la muerte, dicta el ceremonial fúnebre del desventurado caballero.

Mientras, en su habitación, y rodeada de serviciales azafatas, Isabel llora. Hasta que imprudente voz hace llegar a oídos de la doncella la noticia de la iniciación del sepelio.

Y es entonces cuando Isabel siente recobrar sus fuerzas. Algo que está por encima de todas las cosas le dicta la más imperativa de las órdenes. Que ella decide cumplir inmediatamente.

La doncella se yergue del lecho en que descanca. Alguien inquiere:

—¿Adónde vais, señora?

La respuesta es única:

—A dar una prueba de amor.

Lenta, majestuosa y serena en su dolor, marcha Isabel hacia el túmulo en que yace el cuerpo yerto del amado. Los hombres y mujeres que rodean el cadáver, impresionados por la rotundidad estoica de la escena, abren paso de honor a la desventurada.

Los ojos de Isabel, secos ya de tantas lágrimas, se fijan en el rostro frío de Diego. La serenidad de la muerte hace aún más viril y hermosa la faz del amado.

Hacia él avanza la doncella. Y junto a él dobla sus rodillas. La cara femenina se acerca a la del yacente.

La escena es tan impresionante que nadie se siente capaz de turbarla. Así, quedan firmes en su puesto el padre y el esposo de la desventurada.

E Isabel, huida de todo y de todos, habla al amado:

—¡Diego, amor! Mi más bello ensueño. ¡Alma mía! Quiero ahora, ahora que estamos frente a la Magna Verdad, darte mi gran prueba de amor. El beso que me pidieron tus labios y que yo...

Los labios de la doncella se posan sobre los fríos del desventurado doncel. Y entonces el femenino corazón se siente incapaz de impulsar la vida.

Y así, el beso de amor se cambia en beso de muerte.

Dos tumbas se abrieron para acoger el amor: de la de ella naciera una rosa, de la de él un clavel. Así dice, al menos, viejo y arrinconado romance.

IVAN DE VARGAS



frente al espejo

EL REGIMEN DE LOS DIENTES

Podíamos hoy comenzar con axiomas. Uno de ellos: "No hay salud perfecta sin buenos dientes". Otro, aún más interesante: "No hay una bella sonrisa sin una hermosa dentadura".

Y ahora dos resoluciones: para cuidar bellos y sanos los dientes: es preciso cuidarlos y también vigilar el régimen.

COMENCEMOS POR EL REGIMEN

Está comprobado que la enfermedad de los dientes—los hombres primitivos no les mimaban como hacemos nosotros—son producto de la civilización. Y probablemente sea la causa el desprecio que sentimos por ciertos alimentos y el abuso que hacemos de otros. La acción nefasta de las circunstancias sobre los dientes dejarán de percibirse si se cuida de poner en los menús ciertas proporciones de legumbres verdes cocidas o, aun mejor, crudas, como son las zanahorias, los nabos.

Elijan, de forma especial, los alimentos ricos en calcio, que tienen una importancia decisiva para los dientes. En cuanto a los que contienen salicilatos, contribuyen a preservar el nácar de la dentadura. He aquí una lista de estos alimentos: diente de león, leche y queso de cabra, hojas y raíz de remolacha, lechugas, espinacas, queso de Gruyère, toda clase de coles, espárragos, berros, pescado, cebolla, yema de huevo.

En cuanto a las legumbres es preferible comerlas crudas. Las ensaladas de repollo picado muy menudo y sazonado con unas gotas de limón y de aceite, son, aunque a ustedes les parezca imposible, mucho más fáciles de asimilar que el repollo cocido y tienen la ventaja de ser más útiles a la salud y al estado de la dentadura. Las cebollas son también excelentes para mezclar en las ensaladas.

Las personas que tienen tendencia a sufrir de caries *deben* tener muy presente que por ningún motivo han de echar bicarbonato en el agua de cocer las legumbres, pues el bicarbonato anula la vitamina C, que es indispensable para el goce de una buena dentadura. Esa misma vitamina nos asegura los huesos sólidos, las uñas perfectas y el buen color. En rigor, podría señalarse esta vitamina por "vitamina de la belleza". Se encuentra en las legumbres anteriormente citadas, pudiendo añadirse además las naranjas, los tomates, todas las frutas en general, las legumbres secas y el aceite de oliva.

Es excelente también la costumbre de tener siempre encima de la mesa una zanahoria cortada en rajas para comerlas siempre que apetezca. Esto tendrá la doble ventaja de procurar vitaminas y de dar algo duro a masticar, cosa indispensable para la buena salud de la dentadura.



En las horas de la comida resulta muy recomendable tener un ensaladero lleno de perejil crudo muy picado para salpicar durante la comida las carnes y las ensaladas. El perejil, además de su buen gusto, mucho mejor que el de la mostaza, es preferible para la salud.

Otra costumbre recomendable es la de comer todas las noches una manzana cruda comprendida la piel y las pepitas. Es una regla magnífica de buena salud y además ayuda a dormir bien. Les recomiendo a todas adopten esa costumbre. Es magnífica para los dientes: contribuyen a la limpieza natural y además hacen trabajar la boca.

En cuanto a los dientes en sí, creemos indispensable recordar algunos cuidados de higiene. Después de cepillar los dientes por la mañana, al mediodía y por la noche, deben también cepillarse las encías, no frotándolas con un cepillo.

La mejor fórmula para el cuidado de las encías consiste en lavarse la boca con la fórmula siguiente: tanino, 10 gramos; tintura de yodo, 5 gramos; yoduro de potasio, 1 gramo; tintura de benjuí, 1 gramo; agua de rosas, 200 gramos.

Para tener los dientes blancos he aquí la fórmula de unos polvos: se mezclan, en partes iguales, carbón en polvo y bicarbonato. Se conserva en una caja. Debe utilizarse dos o tres veces por semana, después de haber humedecido el cepillo de dientes en agua oxigenada. También es conveniente, cada vez que se lavan los dientes, secarlos frotando con un paño de esponja.

Además de las indicaciones hechas anteriormente, es muy conveniente, para tener sanos los dientes, enjuagarlos dos veces por semana con agua hervida templada, en la cual se habrá añadido dos gotas de ácido fénico. De esta forma se evitan las caries de los dientes, motivadas por las fermentación de los alimentos, que permanecen entre los dientes a pesar de la limpieza cuidadosa. Enjuagar la boca todas las noches con dos cucharadas de agua templada, a la que le habréis añadido otra cucharada de magnesia.

LA DOCTORA FANNY.



Volotroz y el mago Merlin

Rogamos a cuantos lectores deseen conocer, por medio de la ciencia del MAGO MERLIN, la influencia que ejercen los astros sobre su vida, los elementos fijos y nefastos que se confabulan en ella, envíen, dirigida al MAGO MERLIN, una carta en la que consignen sus nombres y apellidos, fecha—día, mes y año—y lugar de su nacimiento.

tendencia a buscar la soledad. Muy apto para trabajos de laboratorio. Debe cuidar los nervios. Sus días, el sábado y el miércoles. Su número,

el 74. Su piedra, el ópalo; sus metales, el platino y el cobre. He aquí los datos más interesantes de su hijo.

de unos a otros



VIOLETA ALHAMBREÑA.—Los colores que te convienen, pequeña, son el negro y el rosa; tu flor, el brezo rosado; tu metal, la plata; en tus joyas utiliza la malaquita. Tu número es el 67; tus días, el viernes y el sábado; el animal mascota, el gato negro. En cuanto a tus perfumes, que aromen a violeta o a brezo. Como eres de tipo castaño moreno debes maquillarte en ocre y rojo oscuro. Tu cualidad más destacada es la perseverancia, y los éxitos de la existencia, más que a causas fortuitas, lo deberás a tu trabajo, al esfuerzo personal. Destacarás en puestos en que debas hacer gala de tus cualidades y probablemente en situaciones de un tinte más o menos político, ya sea por ti personalmente, ya por causa de una alianza. Debes cuidar las enfermedades que se refieren al crecimiento y a los huesos. En cuanto a tu matrimonio, te conviene un hombre que sea autoritario, que posea el instinto de mando, que sea inteligente y que alterne sus ocupaciones intelectuales con un espíritu deportista.

LA BELLA JUANITA.—Está visto que no hay nada mejor que llegar a la ancianidad para que le digan a uno cosas agradables. Gracias por tu carta. Te aconsejaría que en tu tipo de belleza te maquilles en ocre rosado, que en tus perfumes se encuentren aromas de verbena. Tus días son el domingo y el martes; tu número el 13; tus piedras, el diamante y el rubí, y tu animal mascota, el perro del tipo dogo alemán. Tu color, el anaranjado; tus flores, la dalia y el laurel; tus metales el oro y el hierro. En cuanto a tus cualidades, eres, por encima de todo, valerosa. El éxito de la vida se lo deberás a tu tenacidad, a la fuerza, al entusiasmo y al interés que pones en las cosas. En cuanto a las enfermedades, debes cuidar de forma especial los pulmones. Tu ductilidad te llevará, alternando, a las artes en su concepto utilitario y hacia todas las ocupaciones intelectuales. En cuanto al matrimonio, serás feliz con un hombre que reúna aproximadamente tus cualidades, que posea, a la vez que gustos depurados, el concepto y el sentido de los negocios.

CONCHITA P. (Palma).—Tipo de mujer morena, apasionada e irritable. Se maquillará en ocre pálido y en rojo anaranjado. En los perfumes elegirá con especialidad el del brezo. Sus animales mascotas, el perro y el gato, negros. Su número, el 17; sus días, el domingo y el sábado. En sus joyas prefiera, entre todas las piedras, el ámbar y el diamante negro. Sus metales, el oro y el plomo; su color, el marrón. Sus plantas, el junquillo, el narciso y el iris. Es usted muy perseverante, pero, más que por esta cualidad, conseguirá los éxitos en la vida debido a la suerte, que casi siempre le es favorable. Su porvenir se presenta brillante y descolará, ya sea por sus propios medios, ya por una cosa familiar, ya, al fin, por uniones en el Banco, los negocios, especialmente aquellos que se refieren a las joyas. Cuidará en las enfermedades las de la columna vertebral o del corazón.

UNA ADMIRADORA DEL MAGO MERLIN EN ALICANTE.—Su tipo es de un castaño más bien claro; maquillase en rosa y en rojo cíclamen, y en los perfumes elija aromas ricos e intensos. Sus animales mascotas son el perro y el gato de pequeñas dimensiones. Su número, el 65; sus días, el viernes y el jueves; su piedra, el zafiro; su color, el azul; sus flores, la rosa roja y el geranio; sus metales, la plata y el bronce; en cuanto a las enfermedades, este usted siempre atenta al hígado. Su cualidad más destacada es la fidelidad; en cuanto a su porvenir, le veo coronando de éxito sus empresas. Posee usted una gran capacidad para dirigir una Empresa o negocio. En cuanto al matrimonio, le conviene un hombre de naturaleza fuerte y que sepa dominar.

A. S. P.—Gran capacidad intelectual, llevada de forma especial hacia los inventos, y en ellos encontrará la fama. Temperamento más bien con

En mis carpetas continuo teniendo cartas de muchachas que desean cambiar correspondencia con lectores del semanario, cuya edad oscila entre los veinticinco y los treinta años. Espero, en la próxima semana, recibir numerosas misivas, con la copia correspondiente del nacimiento: "Fulano de tal Tal, hijo de... y de..., nacido en mil novecientos diez..., etc." y mientras llegan esas misivas despachemos correspondencia.

MARILU.—Es una muchacha que estudia, pero que adora hacer labores bonitas, preparar suculentos platos de cocina, leer versos y, especialmente, que el cartero alborote la casa gritando su nombre antes de entregarle abultadas cartas. Como, precisamente, ese gusto lo sienten muchas personas, tengo ya preparada la dirección de Marilu para remitirla a los solicitantes.

EL POBRE RICO.—El seudónimo encubre una verdadera manía de escribir y de leer y además una gran afición por los temas africanos. Desearía mantener correspondencia con una muchacha tangerina. No sé si se atreverá incluso a utilizar los caracteres árabes. Las muchachas marruecas que deseen corresponder con el Pobre Rico, que lo especifiquen en sus cartas.

AS DE TREBOL es el caballero más genial que ha pasado nunca por la sección. Nos ha remitido un programa dibujado que es una gloria de gracia, y que publicaríamos si hubiese espacio para ello. Entre las asignaturas que ha de reunir la señorita que desee correspondencia con As de Trébol figura la Mitología, la pintura y la poesía. Podría ser, además, estudiante de italiano; podría, además, tener dieciocho años a veinte años, y, por último, si fuese catalana, As de Trébol quedaría completamente complacido. Pero aunque no sepa la historia de Hércules,

con tal de que tenga gracia en la forma de redactar...

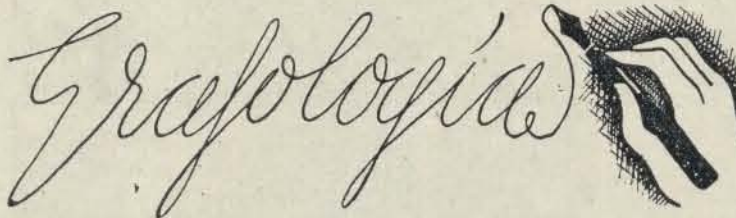
ANGELINES.—Si ha sido su santo, la felicitamos desde aquí... Vive en un pueblo y, a veces, siente deseos de comunicarse con una persona que se halle muy lejos, a quien no conozca y a quien pueda escribir con absoluta sinceridad, discutiendo de sus lecturas, de sus preferencias. La dirección la tengo preparada.

ALICIA.—Esta Alicia, rubia y con un lazo azul en la melena, está aún deslumbrada tras su viaje por el país de las hadas. Conoce el lenguaje de los pájaros y de los peces, y en las noches de luna sale a bailar en los campos floridos. Es muy amiga de Rosalinda y sabrá anticipar noticias en la apasionantes aventuras de Pirata y de Pirete. Sólo le falta una cosa y espera verse complacida: la dirección de un lector de esos que son el terror de los carteros.

BERTA es una poderosa mujer. Tan sólo por escribir estas líneas me envía una tonelada de gracias. Bien, es verdad, que exige de su correspondiente estas cualidades: madurez de juicio y de años, estatura y que vea el mar desde Barcelona, encaramado a la estatua de Colón, o admirativo—¿se ve desde allí el mar?—en el Tibidabo.

J. M. G.—Seguramente podría explicar la historia de las murallas de Tarragona, describir las maravillas de la costa brava catalana, hacer un importante estudio sobre la industria fabril en Tarrasa y meditar sobre las grandezas de Montserrat. Además de todas estas cualidades, le reconocemos un mérito: el ser amigo de Fernando D. Espero poder enviarle más direcciones que a su amigo.

Y con esta esperanza—la de recibir cientos y cientos de cartas—cierro hoy la Sección. ¿Que paseis bien todos la semana!



Rogamos a cuantos lectores deseen conocer, por medio de los rasgos caligráficos, su carácter y el de las personas que les interesan, envíen, dirigida a esta Sección y a nombre de SELEGNA, una carta de quince a veinte líneas. La carta debe ser escrita en tinta, en papel sin rayar y sin ayuda de falsilla. Para el examen grafológico no sirven las copias.

KITY.—Fantasía y frivolidad, impaciencia y vitalidad. Ansias de que las cosas lleguen. Gran afectividad, tendencia a la lectura, y sobre la lectura o sobre la fantasía, a lanzarse en largos ensueños. A veces, un poquito seca; pero en el fondo, generosa. Deseo de dinero, ingenio, y un tanto dominada por esa señora de tantas campanillas que se llama "Doña Moda". Ya están cumplidos sus deseos y ya puede hacer comparaciones, y creo que entre sus amigos, dará el premio por haber acertado. usted y yo—sin falsa vanidad—, me dará el premio por haber acertado.

ARTURO SOLDEVILLA A. H. P.—Precipitación y distracciones que, a veces, le traen serios disgustos. Comedido y discreto, con una sensibilidad envuelta en una especie de frialdad aparente. Locuacidad gustos estéticos. Vacilaciones, en las que tiene gran importancia el dejarse influenciar por mores ajenos, salta de un autoritarismo impaciente a una especie de sumisión pasiva. Ahorrativo. Cultura. Espíritu de selec-

ción, que ganaría forjándose de cada cosa un criterio personalísimo. Paso su carta al Mago Merlin. Y como aclaración, más para los demás que para usted, las cartas de las diferentes consultas deben dirigirse a nombre de la Sección que interese.

SOLA.—Espíritu fútil, detallista, enamorado de las pequeñas cosas y preocupado por ellas. Timidez enfermiza ante las personas y los acontecimientos. Angustiosos deseos de ser y de aparentar. Voluntad incombustible. Enamorado de todo lo bello y lo bueno. Egoísta y con enorme amor propio. Posiblemente me haya excedido en los términos! Mi disculpa es haber obedecido a sus deseos.

LANDA.—Emotiva, dominante e impaciente. He aquí los tres puntales sobre los que está construido su carácter, y que son también causantes de esos bandazos en su humor. Cierta espíritu de contradicción y algo dominante, y, sin embargo, se deja llevar de una idea hacia otra no porque "le agraden por igual", pero sí porque supone le irán mejor. Creo "rumia" usted demasiado las causas de tristeza y sé, además, que dentro de su silencio le afecta extraordinariamente la opinión ajena. Sepa usted que contamos en realidad con tres caracteres: aquel que nosotros creemos tener; aquel que, aunque no lo reconocemos, es el nuestro, y por último, el que la gente nos supone. Lo importante es que nos perfeccionemos continuamente.

AMOR DE ADELITA.—Cultura, carácter bastante ecuaníme, pero con tendencia al pesimismo. Sensi-

bilidad, con fuerte dominio de sí mismo. Afabilidad y simpatía. Reserva. Gustos estéticos, espíritu cultivado. Escasa voluntad. Equilibrado, pero, en el momento en que ha escrito, sujeto aún a una especie de depresión de ánimo. Y nada más. En cuanto a llenar espacio, como verá, le supere. Se ve que yo encuentro menos dificultades en condensar los puntos principales de su carácter.

IMPACIENTE.—Sus conceptos son perfectos, y todo eso de los "desórdenes morales que repercuten en las manifestaciones externas" se ajusta perfectamente a nuestro criterio. Por lo tanto, no sólo no preciso perdonarle, sino que me han satisfecho sus líneas. Veamos ahora su carácter: Equilibrado, espíritu ahorrativo. Sentido de la medida y afán de puntualizar. Cortesía. Algo dominante. Tendencia hacia el romanticismo, al ensueño. Carifio por las cosas antiguas. Hogareño. Temor a franquearse, impulsivo.

DORA.—Con la firma y la fecha, doce líneas escasas. No sirve, amigueta. Toma nuevamente la pluma y no te detengas hasta haber redactado veinte líneas. Recuérdame cuando vuelvas a contestarme, ya verás que pronto sale tu consulta.

STABAT.—Veo que usted se lo dice todo. Ello no me intimida y me lanzo, también yo, a discurrir. Usted, amigo, dentro de sí, para la "calle" se viste de una especie de mascarita de frialdad, con una contención continua de sus impulsos y su correspondiente disfraz de los mismos; es más bien irresoluto. En esa gama de la irresolución cuenta con momentos de una voluntad tenaz y una decisión que le sorprende tanto que tiene que festejarlo con momentos de obstinación, en que resalta difícil razonarle. Tiene usted bastante vida interior y le agrada el rumiar de recuerdos y el fantasear. Inteligencia muy despierta. Un poco embarrullado y con cierto desencanto de la vida. Deseos de dinero y... por mí, he terminado.

XAUEN.—Desearía que mi contestación para usted la encontrase tan acertada como la de su amigo Sarmiento—salúdele en mi nombre—, pero sus líneas son escasas. ¿Quiere repetir nuevamente la consulta? Se lo agradezco.

UNA BOCA GRANDE.—Recuerdo haber leído, titulado un trabajo, "una boca grande en una cara de bronce". Y me gustó. ¿Eres tú así? Con eso de "la paz de Selegna" me pones en un aprieto... Pero seamos sinceros! Tu caso me parece peca por exceso de cualidades más que por defecto. Una voluntad muy fuerte, una desconfianza grande, ¿a que te juzgan mal?, que te envuelve toda tú en brumas, con lo cual los que te rodean, antes de tomarse el trabajo de traspasar las brumas, se vuelven. Soñadora y romántica. Activa e impaciente. Grandes luchas espirituales y titubeos que aún no han sido vencidos. Muy equilibrada, con tendencia, pese a tus ayes lastimeros, a la vitalidad y al optimismo. ¿Me volverás a escribir? Y antes de terminar, un consejo. No esperes que vengan a ti, vete a las gentes y, sin temor a las heridas, prodiga tus afectos. Utiliza tu gran voluntad en ese menester, y no en ocultarte y reconcentrarte y hacerte fría...

MARI TERE (Barcelona).—Eres aún muy joven, y tus rasgos adolescentes de una formación. Aún hay más: te interesa el tema de tus flores y de tus colores... Escribele al Mago Merlin, pero debes añadir fecha exacta—incluido el año—y lugar de tu nacimiento.

BURROLOGICO.—Facilidad de palabra, gustos estéticos y comprensión rápida, a la que ayuda su inteligencia despierta y viva. Una especie de indolencia, a la que ayuda su voluntad desigual, esmaltada de titubeos, de dudas, de vacilaciones, sobre las que rara vez sobrenada un espíritu dominante y obstinado. Pero esto sucede tan pocas veces, que le admira a usted mismo. Instinto de lucha, de polémica, de vencer en torneos de razones. Paciencia y exactitud. Afable, bondadoso y distinguido.

CUPON N.º 16

Es imprescindible acompañar este cupón en cuantas consultas se realicen a cualquiera de las Secciones de nuestro semanario. Válido solamente del 13 al 20 de marzo de 1943.



Patricia Stherlin, que fué presentada en sociedad en la fiesta celebrada en el palacio de los Condes de Riudóms y de Villamanrique de Tajo.



Maribel Escario y Ubarri. Resalta su juvenil figura con precioso traje de "moiré" blanco, estilo camisero, sencillo, con vuelo. En la aristocrática fiesta celebrada en el palacio de los Condes de Riudóms fué presentada en sociedad.



Beatriz Bullón de Mendoza, hija de los Marqueses de Selva Alegre, presentada en sociedad en la aristocrática recepción celebrada en el palacio de los Condes de Riudóms y de Villamanrique de Tajo.



María Dolores de Saro y Díaz Ordóñez, que en breve contraerá matrimonio con D. Felipe Morales Simal, en el palacio de Villabona de Asturias, residencia del Conde de San Antolín de Sotillo, tío de la novia.



La señorita Concha Ruiz de Assín y D. Ciriaco Vicente Mazariegos, después de la ceremonia nupcial, celebrada en el templo de la Concepción. Fueron padrinos la madre de la novia, señora viuda de Ruiz de Assín, y el hermano del novio, D. Isidoro Vicente Mazariegos. La desposada se ataviaba con un elegante traje de raso y largo velo de tul antiguo.



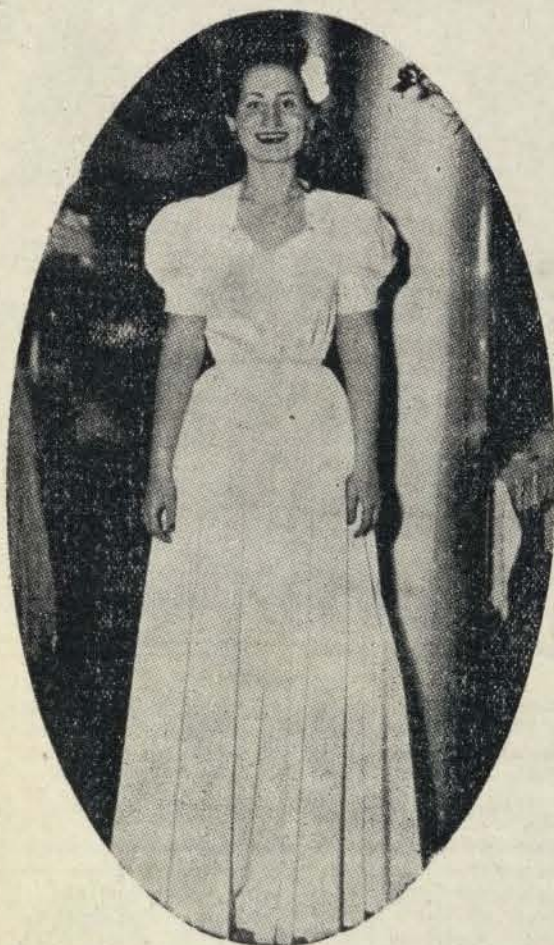
La señorita Matilde de Escoriaza y Averly, hija de la Vizcondesa viuda de Escoriaza, y D. Manuel de Melgar y Rojas, hijo de la Condesa viuda de Villamonte, en el Cristo de la Salud.



En la residencia de los señores de Quiroga (D. Jorge) se celebró una simpática fiesta de trajes, con la que su bella hija Amparito obsequió a sus amistades. En la fotografía aparece un grupo de escoceses.



Amparito Quiroga, ataviada con falda de "moirè" rosa y chaqueta de terciopelo negro con azabaches y redecilla negra, convertida por obra y gracia de su traje en una "Maja" bellísima.



Mary Aguirregómezcorta, recientemente presentada en sociedad, se nos presenta encantadora y bella luciendo un precioso traje de "falta", blanco, escote cuadrado y falda de mucho vuelo fruncida, estilo antiguo.



Grupo de bellísimas y encantadoras muchachas que, luciendo preciosos trajes antiguos, asistieron a la fiesta ofrecida por la bella señorita Amparito Quiroga.

Numerosos invitados que asistieron a la fiesta ofrecida por la señorita Mary Aguirregómezcorta con motivo de su presentación en sociedad.





DICE SU CARA:

De la base de la barbilla a la de la nariz. Afinidades materiales.

Afin con la aurora, el crepúsculo, las flores, las estrellas, las cartas íntimas, los recuerdos, la placidez, la quietud, los remansos, las aguas tranquilas, las chucherías, las sorpresas, los nenes rubios, la suavidad solar y lunar, la intimidad, la soledad, el estudio, el deporte, el arte, las filigranas de cerámica y encuadernación, los libros acariciadoramente dramáticos, las páginas en blanco para decir las cosas, el diario íntimo, la perduración con los objetos y el ambiente de lo que fue, las golosinas, los bombones, los perfumes sutiles y las joyas discretas.

Su flor favorita, la gardenia. Su perfume preferido, el más sutil. Su gema, la perla; el diamante la inquieta instintivamente.

La ilusión saber cada día más, por lo que la lectura constituye una de sus preferencias más acusadas.

Ante todo, natural.

De mediana salud; muy sensible a las reacciones atmosféricas, a las del sistema nervioso y a la cefalalgia.

Buscar lo risueño, sentirse optimista, son los dos aspectos más salientes de su actitud ante la vida. Jamás se dejó vencer por el pesimismo.

Capaz de sacrificio por sus semejantes; de ahí el que emplee una gran parte de sus bienes en acallar sus necesidades, amiga de ejercer la caridad por sí misma.

En la mesa, comedida, frugal y selecta; detallista y sencilla en su estética. Gran degustadora de lo azucarado. Rechaza cualquier condimento caliente, pues lo injiere todo templado.

La satisface lo permanente, razón por la cual todos sus viajes se reducen a distancias limitadas, no prescindiendo de sus "week-end" (fines de semana), por buscar en ellos su contacto con la Naturaleza, vocacional de sus perspectivas, sobre todo mar y montaña, como excelente cultivadora de los deportes náuticos y alpinos y, en general, de cuantos excluyan la brusquedad del esfuerzo. Es también una interesante granjera, con posesiones y todo, vigilando en persona tierras e instalaciones y cuidando especialmente de su espléndida colección de aves caseras. Destaca asimismo su pericia en la pesca.

Entusiasta del ajedrez, la filatelia y el coleccionismo en general, así como de los autógrafos.

De la base de la nariz a la línea de las cejas. Afinidades sensibles.

Inquietud sosegada de vivir; sin prisa, disfrutando a sus anchas sus horizontes cotidianos; dúctil en adaptación, sin desvirtuar su personalidad verdadera.

Señorío vibrante, traslúcido hasta en su mirada en reposo, hábil de prender el más ínfimo detalle con nitidez peculiar.

Sensibilidad extremada, indesdenosa de lo trivial, por ver en cada circunstancia y detalle el poder de lo creativo, y complacerse en saturarse de la tenuidad expresiva de las formas, concediendo atención trascendente incluso a lo vulgar, por constarle es originario de lo evolutivo.



Norma Shearer Estudio fisiognómico

Retentiva de la dificultad, en afán de hacerla asequible merced a su inteligencia diáfana. Comprensiva y seleccionadora de pensamientos. Refractaria a aceptarlos desordenadamente, pues la agrada mantener la meticulosidad sensorial con minucioso examen de la idea y concediendo descansos oportunos a su cerebralidad.

Feminidad, encauzada en la ternura y la delicadeza, con relieve de estas dos fases, lo que destaca en su atracción por la luz velada, la fineza de la tonalidad, lo maternal, lo filial, lo cariñoso, o romántico, esto último llevado al extremo de inducirla a lo noctámbulo, por lo que la hace disfrutar la noche sedativa.

Confiada, nostálgica, alegre, mimosa, añorada, grácil, ágil, riente, cautivadora, abnegada, suave, comprensiva, razonadora, generosa.

De la línea de las cejas a la cima de la frente. Afinidades pensantes o espirituales.

En amor, tierna, mansa, pacífica, serenamente apasionada, vibrante, infantil, creyente, indeseñada, sentimental. Complácela sentirse protegida con lealtad, y concede, aun cuando no se sienta correspondida, a fin de no negarse su felicidad; íntima. Muy susceptible y muy mujer. Dispuesta siempre al perdón. Amplia en inolvidables seducciones.

Su tipo de hombre, moreno, guapo, distinguido, esbelto, ducho, apasionado, dócil y con rebeldías propicias al incremento de la ilusión, selecto, elegante, sobre todo espiritualmente.

La atrae la música suave; la pintura plácida, a base de predominio paisajístico, y la escultura serenada por la suavidad formativa.

Gran afición al pasado, a vestir trajes de época, que, como sus muchos admiradores pueden apreciar, la sientan mejor que los actuales; al piano, en el que tiene buen dominio; a la poesía, que cultiva, tomando por tema lo sentimental y con estilo llano, impregnado de difícil facilidad.

Desde niña se distinguió por esa sencillez y sentimentalismo a que se hace referencia, haciéndose querer por propios y extraños por su innata simpatía; no se advierten en su semblante huellas de amarguras, sino de ansiedades por superarse.

El cinema, su soberano campo de expresiones, el espejo que con mayor fidelidad la copia. Es como su más alto desquite personal, ese desquite que la libera de la ficción pertinaz de la vida real.

Y es que en el fondo desdeña el artificio de la sociabilidad, esa catalogación de aptitudes a que, a riesgo de recibir el calificativo de inadaptados, tienen que someterse cuantos conviven en un plano del mundo. Ella, de por sí, se hubiese dado a la vivencia de los atrayentes horizontes del sentimiento, mas teme se la tilde de extravagante, y recurre a hacerse adaptadiza, refugiándose en la excepcionalidad de los argumentos que la psicología de sus directores la depara y que, encantada, protagoniza, adentrándose en sus farsas como en un mundo mejor.

La cámara, el público, la fama, todo lo que capta y seduce a la mayoría de los artistas, no tienen para ella otra categoría que la de hermosos motivos para, triunfal e íntima, repetirse en cada actuación que es la más entusiasta de sus espectadores y la más espectadora de sus entusiastas.

BREMÓN SÁNCHEZ.

vidas inquietas



Paola Bárbara.

Paola Bárbara, la actriz italiana, que de periodista pasó a ser primera figura del cine

PAOLA Bárbara posee una belleza espléndida, gestos y maneras suaves y una voz cálida y pastosa. La risa se eterniza en la comisura de sus labios y sus miradas aparecen radiantes de luz y color.

Paseamos por Barcelona, una mañana espléndida de sol primaveral—exquisito anticipo de este invierno suave—aspirando gozosos el rezo intonso de los rayos solares. Paola ríe y habla y sus miradas juegan al escorzo de ocultarse tras los cristales de sus gafas oscuras.

—Dígame, Paola, ¿la gusta España?...

La estupenda actriz italiana parece no haber oído. Mira abstraída, a lo lejos, y las aletas de su nariz, perfecta, se estremecen.

—Pienso ahora—que estoy en Barcelona— en mi Italia. Este olor intenso, salobre y marino le percibo en Génova; bajo este sol he reído desbordada en Milán y en Sicilia, las tierras de mis mayores. ¿Gustarme España? Lo contrario sería no gustarme Italia—me dice Paola a modo de respuesta.

Su gran sensibilidad de mujer y de italiana se trasluce en su manera de decir, en sus palabras e ideas, tan femeninas y poéticas. Yo la abordo de nuevo, para inquirir su vida, sus trazos biográficos.

—Nací en Roma—me dice—, de padres sicilianos. De la Ciudad Eterna son los años de mi infancia. De allí mis estudios y mi cultura y, seguramente, esa angustia y delicia por el arte que desde niña palpité en mi alma.

Hay un revuelo intenso de emocionados recuerdos en sus palabras. Rompo su delicioso instante con una pregunta:

—Paola—pregunto—, ¿usted ha sido periodista?...

—Sí. Lo que primero he sido: periodista. Fué allá, en Florencia, la ciudad de los Médici. Hice de todo: reportajes, interviews, crónicas, modas. Era muy joven y me embargaba una inquietud inmensa. Primero en el diario "La Nación" y luego en el "Nuevo Periódico".

—¿Gratos recuerdos?...

—¡Oh!, sí. Mi vida se desenvolvió en esa agitación, tan agradable, que sólo al periodista le es dado gustar. Quizá, yo así lo creo, deba a esa profesión, que aun sigo amando, muchas de las cualidades que me hacen triunfar en el cine.

El periodista se engríe satisfecho al escuchar las amables frases de la artista para la propia profesión.

—Dígame, ¿terminó su periodismo en el "Nuevo Periódico"?...

—La vida de redacción, sí. Totalmente. Entré como colaboradora en la editora Vallacelli.

Seguimos caminando. Sin prisa, al ritmo de sus palabras, que suele interrumpir, ella misma, con sus comentarios ante cualquier circunstancia que la atraiga y distrae.

Yo sé que Paola es un producto íntegro de la inquietud artística. Que ha gustado de todas sus facetas. Que se ha educado en todos sus matices. De aquí, de esta creencia, el origen de mi pregunta:

—¿Pasó por el teatro, Paola?

—No, nunca. Dejé la pluma para saltar al cine. Un día—no pensé yo entonces su trascendencia—, el director Forzzano me llamó y me hizo protagonista de su película "Campo de mayo", e inmediatamente, de "Amazonas blancas", en las cuales, según crítica y público, se destacó mi personalidad.

—¿Cuántas películas realizadas?

—Hechas, veinticinco. Las de mayor calidad artística y éxito de público: "Eran siete hermanos", "Sólo para hombres", "El puente de los suspiros"—recientemente estrenada en Madrid—, "La pecadora" y "Confesiones", esta última en España. Sin estrenar, "Locura de siglo".

—¿Cuándo vino a España, Paola?

—Al ser contratada para protagonista de la película de Ulargui-Films "Sucedió en Damasco", con Miguel Ligerio y dirigida por José López Rubio, que aun sigue proyectándose con éxito.

—¿La última?

—"Fiebre"—próximo estreno en Madrid—, con Mary Carrillo y dirigida por mi marido, Primo Zeglio.

—¿La más próxima?

—"Noche fantástica", dirigida por Luis Marquina.

Mucho más podría escribir de Paola Bárbara y su inquietante y cautivadora conversación. Como de su risa eternizada en la comisura de sus labios, de su voz pastosa y sus miradas llenas de luz; pero la mañana de primavera nos devuelve a la realidad, a la puerta de un Hotel, donde Paola me dice adiós con un castellano purísimo y al borde de un revuelo de pasos infinitos que la ocultan a mi última mirada.

Paola Bárbara acompañada de Saturnino Ulargui en una calle barcelonesa.





Mercedes Vecino y Luis Prendes, en una interesante escena de la hilarante película *Boda accidentada*, producción Campa para Cifesa Producción.

Boda accidentada

EN un hotel de moda viven, espléndidamente, Ketty, bonita de veras, con pergaminos de marquesado indirecto en su linaje, por parte de su tía; D. Memorió, profesor que se distingue por su excentricidad; D. Severiano, general retirado; D. Justiniano, radioescucha de sí mismo, colmado de pedantería; Mario, cuya imaginación fogosa le llevó a ser novelista, y D. Cándido, fabricante de conservas, bonachón hasta donde se pueda ser y cuyo carácter, en todo momento, hace honor a su nombre.

Ketty, revoltosilla si las hay, está prometida a D. Cándido, a quien quisiera ver muy lejos de su lado, pues no es su tipo ni mucho menos, y debido a esto sus relaciones carecen de ilusión y sólo subsisten porque así lo quiere su tía la Marquesa, que no deja de pensar en el saneado peculio de D. Cándido, con el que proyecta robustecer la merma del propio.

No faltan admiradores a Ketty, contándose entre los más entusiastas D. Justiniano y D. Severiano, a quienes trae de cabeza; pues a pesar de su indiferencia por D. Cándido, por respeto a su tía de quien depende, cuida de no hacerle pasar malos ratos.

Así las cosas, surge Nico, antiguo amigo de D. Cándido, con su simpatía campechana, y una mirada de Ketty es lo bastante para incluirle en la lista de candidatos a su corazón, al que decide llegar por ese conabido camino de la indiferencia y la broma acompañadas de un propicio jugusteo, actitud que, naturalmente, produce en Ketty los efectos apetecidos, suscitando primero su amor propio, hasta terminar promoviendo su interés.

Las excentricidades de D. Memorió, a todo esto, siguen haciendo época.

Lo ocurrido no le ha logrado dar giro distinto a las relaciones de Ketty y D. Cándido. Se aproxima la fecha de la boda. Reclaman de Pontevedra la presencia del conservero, y éste, antes de partir, dando señales de que su perspicacia no pasa de cero, encarga a Nico, su amigo del alma, que acompañe a Ketty en su ausencia, para distraerla y hacerla más llevadera.

Ocorre lo que tenía que ocurrir; la cosa viene como anillo al dedo, y en una de las entrevistas Ketty-Nico, Cupido dispara una flecha más. Un sí recíproco y D. Cándido se queda sin prometida.

La fecha soñada por el fabricante llegó; éste regresa de Galicia, ignorando lo ocurrido por completo. Ketty viste sus galas y espera, espera. Una reunión de negocios retiene en su despacho a D. Cándido que, ¡si será simple!, se ha olvidado, enfrascado en aquéllos, de que tiene que acompañarla al altar.

Suena el teléfono. Nico le avisa. "Voy, voy", contesta sobresaltado D. Cándido. ¡Pero, abobado por la emoción y su propensión misma, ni se mueve!

Resolución heroica la toman Ketty y Nico, cansados de tan prolongada espera, presentándose de improviso en la oficina de D. Cándido, en la que, como se ha dicho, se halla éste en plena reunión comercial. Nico, en plan de divo, le comunica que él y ella se quieren a rabiar; el defraudado novio palidece; los que le rodean se levantan como movidos por un resorte. La pareja Ketty-Nico desaparecen; llevan tras sí a todo un Consejo de administración pisándoles los talones. Carreras, saltos, miradas furibundas, y D. Cándido con más cara de infeliz que nunca. Para colmo, D. Memorió que aumenta el lío al cruzarse en su camino con la descrita comitiva.

En medio de tal baraúnda, Ketty y Nico, que se alejan a toda velocidad.

Tráfico en diamantes

Mar y cielo. Hace travesía el trasatlántico hacia la ciudad de El Cabo. Viaja en él Felicia Falcón, bellísima, elegante y atractiva mujer, a quien acompaña su doncella Nellie.

Un joven capitán de Aviación, Dennett, que acude al barco a recibir a su amigo el coronel Lansfield, jefe de la Policía que custodia las minas de diamantes de Komberley, cercanas a la ciudad, apuesta con éste a que aborda a la muchacha y consigue que acepte su invitación.

Felicia, aventurera que forma parte de una banda de audaces ladrones de joyas, se dirige a la ciudad de El Cabo asimismo a fin de reunirse en ella con Miguel Barclay, su cómplice y prometido, con objeto de preparar un robo en las minas de diamantes.

Felicia, en su propósito de ser conducida, ella y su novio, a las citadas minas, acepta las atenciones de Dennett. Así podrán sustraer las gemas.

Dennett, llevado de su atracción hacia Felicia, y sin sospechar de momento, coopera a los citados planes; pero durante la visita a las minas ciertos detalles de la actitud de aquella y de Barclay le inducen a desconfiar, acabando por comprender que no va descaminado, y aun cuando para salvar a Felicia consigue ocultar los diamantes robados por ésta, al ser registrada, más tarde informa de lo ocurrido al coronel Lansfield, sugiriéndole éste que se finja ladrón, a su vez, y se los devuelva, exigiendo una parte, para prender a Barclay cuando embarque llevando sobre sí el cuerpo del delito, prueba precisa

para atestiguar la sospecha que desde hace tiempo se tiene de él.

Fracasa la estratagema, y Barclay logra huir inculpa, resultando complicada Felicia, a la que se ofrece dejar en libertad si delata a sus cómplices, recibiendo su repulsa y teniendo que ser por tal motivo encarcelada.

Dennett se juzga responsable de lo ocurrido, ayudando a la Policía en la detención de los bandidos.

Pasa el tiempo. Ocurre un repugnante asesinato que se atribuye a la misma banda. Felicia se entera, horrorizándola la perpetración del hecho y mostrándose dispuesta a cooperar en el hallazgo de los culpables.

Haciéndose pasar por una pareja a la que la Policía puso a buen recaudo, Felicia y Dennett consiguen relacionarse, tras diversas incidencias, con los principales cabecillas; pero éstos descubren su truco y les hacen caer en una emboscada.

Entonces aparece en escena el verdadero jefe, que no es otro que Barclay.

No hay salvación para Dennett, Barclay se dispone a suprimirlo. Pero Felicia, ayudándose de su serenidad, avisa a la Policía, y ésta logra capturar a todos los bandidos, con lo cual aquella consigue ser indultada y Dennett tiene la satisfacción de ver en libertad y regenerada a la mujer que ama y por quien es correspondido.

El amor destruye el pasado de Felicia y hay primavera de azahar entre ambos.

Isa Miranda y John Loder, en *Tráfico en diamantes*.



Pequeñas

Contrariedades



B AIKIE, la minúscula ciudad de Escocia, con un solo diario, "The Advertiser" ("Anuncio").

En la Redacción, la mecánica sinfonía monorrítmica de las dos máquinas de escribir, el raro panal de la cuartilla blanca donde se cuaja la germinación de la idea, galeradas y comentarios. Frank Burdon, joven periodista inglés, llega para hacerse cargo de su puesto de redactor, y su primera mirada se cruza con la de Victoria, linda hija de William Gow, preboste de la localidad, hombre de mal talante, egoísta y de sobrada arrogancia, que cifra su ambición en salir victorioso en las próximas elecciones.

El director del "Advertiser" encarga como primer trabajo a Burdon el entrevistar a Gow, a fin de contribuir al relieve de un gran mitin público que se efectuará la noche siguiente.

Gow es ayudado en sus aspiraciones políticas por Horace Shirving, propietario del citado diario, y por la esposa de éste, Lisbet, que siente predilección por Gow, a la que él corresponde.

En el propósito de realizar su cometido, Burdon se dirige al Ayuntamiento, donde sabe se halla el preboste, siendo allí testigo de algo que le lleva a formar mal juicio de aquél. Trátase de Honoria Hergarty, pobre viuda a la que ha sido impuesta una multa superior a sus posibilidades por tener impagada la licencia de su perro "Patsy", confiscado por orden de Gow y retenido actualmente por el policía Mac Keller. Honoria ha ido también al Ayuntamiento para pedir a Gow la devolución de "Patsy", sin conseguir ser escuchada y viendo desvirtuada su pesadumbre por la intervención de Burdon, que la conduce a presencia de Gow, a quien como se ha dicho, debe entrevistar, lo cual inicia y tiene que aplazar ante las quejas de la señora Hergarty, enterada de que se intenta matar a "Patsy", y nuevamente suplica la sea devuelto, súplica inescuchada por Gow, que la obliga a salir, protestando Burdon de tal injusticia y saliendo tras ella, indignado, hacia el diario, en el que aprovecha la ausencia del director para insertar, no la intervenció, que todavía no hizo, sino una fulminante acusación contra el preboste, a base de un completo reportaje de lo que había sido testigo.

El mitin. Toda la ciudad, excitada por la mencionada acusación, concurre al mismo, terminando con una atronadora silba contra Gow, a causa de la que, en lo sucesivo, Burdon será malquisto con los partidarios de aquél.

Solamente Victoria le comprende.

Hasta la prensa foránea se ocupa extensamente del incidente. Gow se da cuenta de que su conducta le ha llevado demasiado lejos. Es preciso conseguir que Burdon se retracte, y éste es obligado a ello por el director, sumamente dolido por la libertad que se ha tomado a sus espaldas. Burdon está decidido a la buscada retractación al conocer que Victoria es hija del preboste; pero, por otra parte, suscita su rebeldía la inculcable táctica de aquél, arreglándose Victoria con su padre para obtener de él la seguridad de que se portará bien con la señora Hergarty, con lo cual Burdon se retractará de su acusación.

La tormenta no se apacigua. Por un número del "Advertiser", que alcanza difusión extraordinaria, llega lo ocurrido a conocimiento de toda la nación, que al conocerlo se enardece, aprovechando Burdon tal am-

biente para suscitar la simpatía y defensa en favor de "Patsy", a la vez que la ridiculización del preboste, quien, buscando dominar la situación, denuncia a Burdon, al que se arresta y somete a juicio, en el cual, seguro de haber perdido el amor de Victoria, no se defiende con adecuado brío, haciendo peligrar su consecuencia.

Se cita a Victoria como testigo principal, y es su propio padre quien la cita. Al presentarse, intenta hacer suspender el proceso; pero ante la negativa declara que no puede ir en contra de Burdon, con el cual secretamente se ha casado.

No ha dicho la verdad; mas su declaración favorece la causa de Burdon, y además el preboste reconoce que, de persistir, va también contra su hija, a la que de veras quiere, despertándose en él buenos sentimientos ante el espectáculo del amor de Victoria y Burdon, lo que le incita a retirar la demanda. Decide asimismo renunciar a Lisbet, y una vez reconocida su anterior equivocación, la repara adecuadamente.

A casarse tocan. La señora Hergarty no quiere ser menos y le pone los puntos sobre las íes a Mac Keller, a quien termina por convencer de las muchas deficiencias de la soltería. Y él, ¿qué va a hacer!...



La condesa misteriosa

LA joven condesa Angélica Dorival abandona al casa de su tío, con pretexto de un viaje a Viena, en compañía de la encantadora Martina Lenhof, su dama de compañía.

En realidad, y de ello la informa durante el viaje, sólo pretende llegar hasta Brünn, para actuar en el teatro de la ciudad. Se presentará con el nombre de Martina, y ésta seguirá hasta Viena, adoptando allí el nombre de la condesa.

Martina se niega al principio, pero subyugada por el encanto de la aventura, se decide a seguirla, y, apenas llegada a Viena, la encontramos ya en el baile de la Opera con el título que la prestó su amiga.

A poco de llegar, y debido a su asombroso parecido con la Lubomirska, conocida estafadora, se atrae la vigilancia de la Policía.

Fastuoso baile de gala en el teatro de la Opera, de Viena. Idilios, melodías y sonrisas. Martina disfruta lo indecible, y para que su dicha sea completa, conoce al más apuesto galán que pudiera soñar. Este desliza en su oído requellorios y admiraciones, y cuando llega el momento de quitarse el antifaz, el parecido de Martina con la aventurera antes mencionada es tan grande, que desde Miguel Hohenwart, su acompañante, a los demás concurrentes, nadie deja de creer que tiene ante sí a la segunda.

La Lubomirska ha regresado a Viena, a pesar de las circunstancias que rodearon su desaparición.



En su ausencia, más de una vez la había recordado el propio archiduque Carlos, víctima de sus tretas, con sus oficiales, calificándola de deliciosa. El primero, al saber ahora su llegada, siente que no podrá dejar de visitarla.

El señor Kubasta, advenedizo capaz de todo, y enemigo del archiduque, recurre a cuantos medios están a su alcance para que llegue a conocimiento del Emperador el nuevo encuentro de la Lubomirska con aquél, e insinúa, de paso, la conveniencia de que no sea nombrado Gobernador general el licenciado caballero, sino él, el "probo" Kubasta. No importa que el archiduque, en la entrevista con Martina, se dé inmediatamente cuenta de que la bella dama no es la Lubomirska; Kubasta seguirá manteniendo la ficción, ya que la muchacha, presa fácil en su precaria situación, no puede demostrar su identidad verdadera.

La aventura de Martina amenaza tener consecuencias desastrosas. Pero sus amigos, especialmente el caballeroso joven del baile de la Opera, acuden en su auxilio. Miguel, que ha sabido de Martina toda la verdad, es decir, cuanto motivó el uso del título de condesa y el amor que por él siente la muchacha, se convierte en su gran paladín y acaba aniquilando a sus enemigos y probando la inocencia de nuestra heroína. Pero, antes, la aventura es larga y la complicada trama da ocasión a que los personajes que mueve Gez von Bolvary brinden al público todo género de divertidas situaciones.





Don Juan Pujol, director del diario *Madrid*, ofrece a don Vicente Casanova la magnífica cruz de brillantes que le ha sido regalada por suscripción pública.

ENTREGA DE LA CRUZ DEL MERITO NAVAL A D. VICENTE CASANOVA

El miércoles último, en el magnífico "hall" del cine Rialto, se efectuó el acto de la entrega de una preciosa cruz de oro y brillantes con que las numerosas amistades de D. Vicente Casanova han querido testimoniar al Consejero-Delegado de Cifesa su sincera simpatía y adhesión.

Hizo entrega de la valiosa condecoración el Director del diario *Madrid*, D. Juan Pujol, quien expresó, en términos elocuentes, la satisfacción con que el periódico que dirige y cuantos han participado en el merecido homenaje al insigne propulsor del cine español, se sumaban al reconocimiento oficial con que el Estado español premiaba la patriótica labor de D. Vicente Casanova.

Este agradeció el homenaje y lo hizo extensivo a la marca Cifesa y a sus diligentes colaboradores, expresando sus votos por la prosperidad de esta rama tan importante de la actividad patria, que lleva aparejado, como la que más, el prestigio nacional ante los pueblos de todo el mundo.

El acto, breve y emotivo por su sencillez y sinceridad, fué un agradable cónclave de las principales personali-

dades del mundo cinematográfico, animado con la presencia bullidora de los mejores artistas españoles.

TAJO, que oportunamente expresó su íntima satisfacción por tan merecida recompensa concedida al primite de la producción española cinematográfica, se complace en renovar su felicitación entusiasta y desear a D. Vicente Casanova y a la marca Cifesa una serie interminable de éxitos para la Cinematografía nacional.

"Boby Deglané" marcha a América

"Boby Deglané", que tan brillante actividad ha desplegado en Madrid durante varios años, tanto dentro del campo artístico como del deportivo, ha marchado a Sevilla, de donde partirá en breve para Buenos Aires.

Dejamos a nuestro buen amigo "Boby Deglané" muchas prosperidades en su nueva empresa.



George Brent e Isa Miranda, en *Tráfico en diamantes*.

CINEMA BILBAO

Desde el lunes, día 15

¡LA GRANDIOSA SUPERPRODUCCION!

T O S C A

Máxima creación de

IMPERIO ARGENTINA

CIFESA



**ISA
MIRANDA**



**DISTRIBUCIÓN
CHAMARTIN**

Presenta



**TRAFICO EN
DIAMANTES**

desde el Lunes
en el **AVENIDA**



**GEORGE
BRENT**



presentará
en breve



JULIO
PEÑA



Mirigol

BLANCA
de SILOS



¿ UN FILM POLICIACO ?
¿ UN FILM DE HUMOR ?

*Acaso lo primero y también
lo segundo, por su inesper-
rado final, que sorprenderá
como algo nuevo y audaz*

*Una técnica nueva
dentro de la cinematografía española*

DIRECCION

ANTONIO ROMAN



**MANOLO
MORAN**

X.



Ruiz de Lafuente, "El infierno frío" y otras cosas de este nuevo valor literario y teatral

Un autor que, con su modestia, ha ganado en unas horas la fama

El novel y los nervios.-La inquietud antes del estreno y otras cosas curiosas de un hombre con bagaje literario

En busca de Ruiz de Lafuente.

Al servicio de la actualidad ha puesto siempre el periodista sus mejores esfuerzos. Nada para buscar la noticia se ha opuesto jamás al logro de la finalidad que persigue todo quien tenga un mínimo de cariño a la profesión. Buscar a Ruiz de Lafuente al día siguiente de su triunfal



Ruiz de la Fuente.

estreno de *El infierno frío*, en Lara, no era cosa fácil. Ruiz de Lafuente, hombre hogareño y hombre también de negocios, parecía como si huyese de nuestra tenaz persecución. Sin embargo, y en atención a la enorme polvareda levantada en torno del suceso escénico de Lara, nosotros vencimos todos los obstáculos y, al fin, conseguimos sorprender al autor de *El infierno frío* en un céntrico café de la Avenida de José Antonio.

Ruiz de Lafuente, al vernos, inicia la huida; mas nosotros salimos al paso, como aquel que no se ha dado cuenta de la aňagaza, y le abordamos para recoger sus impresiones en torno de su obra.

—Ante todo, querido Ruiz de Lafuente, un abrazo por el éxito conseguido la noche del martes en Lara.

—Muchas gracias—replica él secamente.

Sin embargo, el gesto amable de este mocetón galaico nos da alientos para proseguir nuestro propósito.

—¿Está usted contento?

—¿Cómo no voy a estarlo? Pero créame que he pasado muy malos ratos hasta el momento mismo de que por última vez bajó el telón la célebre noche.

—¿Tan impresionable es usted?

—Para mí era una ilusión difícil de cuajar en realidad. Sin embargo, en unas horas he dado cima a todos mis sueños.

—¿Qué me dice usted de la crítica?

Ruiz de Lafuente, ante esta pregunta, vacila unos momentos y replica con acentos de seguridad:

—Yo estoy sumamente satisfecho de la crítica. Lo estuve siempre, a pesar de que en mi primera aparición en escena con *El rescate* hubiese algún crítico que juzgase mi obra demasiado a la ligera, sin comprender el esfuerzo ni el afán que me guiaban. A un autor novel—prosigue—creo yo que no se le debe tener en cuenta algunas de las imperfecciones primeras, sino al revés, apuntarlas

con las mejores palabras y las mejores formas para darle alientos con que proseguir su obra; en caso, claro está, de que dentro de ese autor haya algo digno de tenerse en cuenta.

—A veces es conveniente sujetar los nervios.

—En efecto; yo soy un hombre que se me desatan con alguna frecuencia. Sin embargo, aprovecho esta oportunidad para pedir reiteradamente perdón a quien se haya creído molesto por mis "reacciones" de novel.

—Alguna anécdota del día del estreno.

—Ya la conté hace algunos días.

—Pues a narrarla. Qué importa.

Los nervios de que hablábamos antes me dieron mucho que hacer la noche del estreno de *El infierno frío*. Tan nervioso estaba que me llevé a la boca la pluma estilográfica.

—Tiene gracia.

—Yo no se la veo. La verdad.



Carmen Sánchez.

—¿Tiene usted más obras en cartera?

—Sí; pero no quiero ni es conveniente hablar ahora de ellas.

—¿Por qué?

—Porque después de un éxito de crítica, como cree que es el que he logrado yo, será sumamente fácil un fracaso. Y figúrese.

—¿No tiene usted confianza en las restantes producciones?

—Ya lo creo que la tengo, pero tengo también el mismo miedo.

—Creo que tiene usted una gran comedia que se titula *El jardín secreto*, ¿no?

—Sí. *El jardín secreto* es una comedia mucho más aventurada que ésta. En ella Carmen Sánchez tiene un pa-



Conchita Piquer, la extraordinaria y genial artista de la canción, a la que esta noche se le rinde un merecido homenaje de admiración en Fontalba, donde mañana domingo termina su triunfal actuación, que durante dos meses ha llenado aquel céntrico coliseo.

pel que lo desenvuelve de modo genial. Sin embargo, insisto en que no es el momento de hablar de mis próximas obras.

En este momento unos amigos del autor se acercan a saludarle y cortan en flor nuestra conversación. Ruiz de Lafuente aprovecha esta coyuntura para despedirse cordialmente de nosotros y nosotros aprovechamos a la vez para hacer mutis por el foro y largarnos a verten en las cuartillas la breve conversación que hemos sostenido con uno de los grandes valores con que cuenta hoy día nuestro teatro, mucho más después de su éxito en Lara con *El infierno frío*, que ha tenido la fuerza suficiente para hacer que la gente vuelva a aquella sala como en sus más esplendurosos tiempos.

Ruiz de Lafuente, valor positivo de la nueva generación de autores, nos dará, sin duda alguna, nuevas pruebas de su gran capacidad a través de esa forma moderna que él tiene del arte escénico.

ANDRÉS MONCAYO.

NOTICIAS EN DOS SEGUNDOS

El próximo Sábado de Gloria se presenta Rambal en Fontalba.

—También Rafael López Somoza reaparece en Calderón.

—*Las bodas de Camacho* es la primera comedia que estrenará la nueva compañía encabezada por Marieno Azafia.

—*No se fía* es el título de una comedia que Antonio y Enrique Paso ha entregado a Valeriano León.

—Isabelita Nájera formará para septiembre.

—Ino de Carvajal se presentará a principios de la próxima temporada en un gran teatro madrileño.

—Carcellé ha salido para Lisboa al frente de la primera compañía de circo que él presenta en el extranjero.

—El próximo martes se estrena en Coliseum la nueva opereta del maestro Guerrero titulada *Mil besos*, de Luis Muñoz Lorente y Tejedor.

—Guerrero ha contratado un nuevo galán para su próxima comedia arrevistada.

—Alonso Crespo se llama este nuevo elemento de Coliseum.



Fuensanta Lorente, Olvido Rodríguez y un primer galán, con Manolo Paris

Otra formación de verso que tiene "hechura"

Antes de comenzar su actuación, cuentan ya con estrenos de prestigiosos comediógrafos y reposiciones adecuadas a los valores que la integran. — Angel Bel, un autor valenciano que aporta sus producciones a la escena moderna.

Al habla con Manolo Paris.

La noticia de la formación del nuevo elenco de verse agrupado bajo los auspicios de Manuel Paris viene a nuestro encuentro en un café céntrico. La alegría con que la acogemos no tiene límites, porque, entre otras



Fuensanta Lorente.

cosas, matamos dos pájaros de un tiro; esto es, registramos el suceso y, de paso, entrevistamos al popular actor, que empieza su carrera artística a los doce años y emprende su primer viaje a América a los diecisiete, con Rosario Pino, para pasar más tarde, a su regreso, a figurar en las huestes de Tallaví.

Manolo Paris, al retorno de su segundo viaje a ultramar, entra a formar parte de la compañía de Eslava durante aquella campaña que los grandes críticos de aquellos tiempos calificaron de "temporadas de arte". Después de pertenecer durante doce años a aquella formación, Manuel Paris organiza, por su cuenta, el primer elenco escénico para emprender triun-



Olvido Rodríguez.

fales campañas por provincias y en Madrid, donde realizó grandes temporadas en Eslava, Cómic, Reina Victoria, Alkazar, Centro, Infanta y Fuencarral.

Durante todo este tiempo trabajaron a su lado las famosas artistas y los actores más prestigiosos.

Mas ¿a qué rememorar los triunfos de una figura tan conocida como la de Manuel Paris? El motivo es otro, y vamos al grano.

—¿Es cierto — preguntamos — que forma usted de nuevo.

—Ciertísimo.

—¿Con quién?

—Nada menos que con Fuensanta Lorente y Olvido Rodríguez.

—¿Quién más forma parte de su compañía?

—Juanita Solano y un gran galán, que aún no puedo dar su nombre.

—¿Estrenos?

—Muchos y buenos. Especialmente dos obras de un autor valenciano: Angel Bel, en las que tengo puestas mis mejores esperanzas.

—En efecto; hemos oído reiteradamente hablar de Angel Bel, a quien también conocemos hace algún tiempo. En septiembre pasado asistimos a la lectura de una de sus comedias, que, por cierto, nos gustó mucho.

—Pues ése es uno de los noveles y ése es en quien tengo puestas aquellas esperanzas.

—¿Qué más cosas?

—Además de *Los que gozan la vida* y *Lo que me pides, ¡jamás!*, de Angel Bel, tenemos el estreno de *Oro y seda*, de Pilar Millán Astray; *No toquéis al niño*, de José de Lucio, y otra sin título de Luis de Vargas.

En este momento llega Fuensanta Lorente. Tras de las presentaciones de rigor, pegamos la hebra con esta simpática y excelente actriz, cuya charla nos viene como anillo al dedo.

Una charla breve con Fuensanta Lorente.

—¿Ustedes no recuerdan de Fuensanta Lorente? ¡Ah!, porque si no la recuerdan, aquí estamos para refrescar su memoria, queridos lectores. Por si acaso, bueno será repetir quién es.

Fuensanta Lorente se asomó del del brazo de Antonio Quintero, en la Zarzuela, con su famosa comedia *María la Famosa*. El triunfo que allí obtuvo fué de los que nadie ha podido olvidar aún. Después de aquel éxito, Fuensanta formó por su cuenta y recorrió todos los principales escenarios españoles, donde no sólo no defraudó, sino que llegó a ser un ídolo de aquellos públicos. Precisamente uno de los primeros actores que figuraron en su compañía fué Manolo Paris, con quien ahora vuelve a unir su suerte.

—¿Está usted satisfecha, Fuensanta, con esta nueva formación?

—Estoy contenta, sumamente contenta. Era la ilusión mía desde hace muchos tiempos.

—¿Qué otras ilusiones tiene usted además de ésta?

—La de hacer en Madrid *La marquesona*.

—¿Por qué?

—Porque donde la he hecho me han aplaudido muchísimo, y en ella, no sé por qué, he puesto todo mi entusiasmo. Claro que también lo pongo en cualquiera otra..., pero en *La marquesona*...

—¿Y qué más ilusiones llenan en estos instantes su vida?

—Trabajar en un gran teatro madrileño.

—Pues me parece que ahora lo va usted a conseguir.

—Creo que sí. Después de que hagamos una breve jira por provincias



Manolo Paris.

espero actuar en un céntrico teatro de la Gran Vía.

—Yo también así lo creo.

—Con ello no busco más que el refrendo del público madrileño, con la gran compañía que creo hemos formado con Manolo Paris y Olvido Rodríguez.

—¿Qué repertorio llevan?

—Muy seleccionado. *El condado de Mayrena*, *Tortosa* y *Soler y Sol y sombra*, *La marquesona*, *Mi hermana Concha*, de Antonio Quintero; *Los intereses creados*, *Las flores* y otras no menos interesantes.

Un autor novel que trae muchas cosas en su cabeza.

Y cuando ya parecía que se agotaba el tema, Angel Bel, con su aire bonachón, irrumpe en la reunión, como para completar este reportaje, realizado sin esfuerzo alguno. Pocas veces un cronista da precisamente con sus tres interlocutores al mismo tiempo. Ahora la casualidad vela por nosotros y, sin pensarlo, estamos ante la presencia de otro de los protagonistas: Angel Bel, el novel autor valenciano, que trae bajo el brazo dos de sus cinco obras absolutamente terminadas, y de las cuales hemos hablado antes sin pensar en el encuentro.

—Creo que ahora lograré estrenar. Estos cuatro valiosos elementos se hallan entusiasmados con mis comedias. Pero el público es quien habrá de decir la última palabra. ¿No le pare-



Angel Bel.

ce?—pregunta, dirigiéndose a nosotros.

—En efecto; mas si sus obras son del tono literario, como la que yo tuve el gusto de escucharle hace tiempo, entonces no hay miedo.

—¿Que Dios le oiga!

—Pues ánimo y a trabajar.

La hora se echa encima y nosotros nos despedimos de esta amable reunión, donde se ha madurado suficientemente esta nueva organización teatral bajo los mejores auspicios. Por nuestra parte, conste que no deseamos otra cosa.

ANGEL DE QUEILES.

LA SEMANA QUE SE VA Y LA QUE ENTRA

José María Pemán ha iniciado la semana que termina con el estreno en el teatro de la Zarzuela de *Yo no he venido a traer la paz*, comedia, como todas las suyas, escrita con un diálogo correcto y limpio y maravillosamente interpretada por estos cuatro grandes artistas que son Concha Catalá, Carmen Carbonell, Manuel González y Antonio Vico, que rivalizan en aciertos en la interpretación de sus papeles respectivos.

Lástima que apremios de espacio nos impida extendernos hoy tratar con la extensión que merece esta nueva comedia de D. José María Pemán y de esta interpretación, francamente magnífica de estas cuatro figuras de nuestra escena.

El próximo lunes se celebra en Price la fiesta de la exaltación del Augusto de Circo, con un grandioso programa en el que intervienen Ramper, los Hermanos Díaz y Roberto Font.

Entre las atracciones que figurarán en la simpática fiesta está también la gran bailarina andaluza Manola Márquez, una artista nueva que viene precedida de gran fama.



Juanita Solano.



Pilar Omaña.

Descorramos el velo...

Desde hace días se rumorea por todo Madrid: "Se está formando un original elenco de comedias musicales". Y se añade: "¡Menudo monote se va armar! ¡Ya veréis, ya veréis!" El cronista, algo intrigado, inquiere, pregunta e indaga. Y como para nosotros nada ha habido hasta ahora imposible de averiguar, averiguamos que...

En un confortable piso de la Gran Vía hay a estas un barullo más que regular. Un hombre orondo, tan joven como campechano, nos recibe, un tanto asombrado, cuando le decimos que nos facilite datos sobre lo que allí se fragua. Este hombre, fuerte, orondo y campechano es nada menos que Juanito del Arco y Cubas, quien después de darnos toda clase de explicaciones del por qué de su silencio, nos endosa al simpático y chungón Relea, persona más que conocida en las lides teatrales. Y Relea, con este tacto que caracteriza a los hombres curtidos en las grandes organizaciones teatrales, nos va respondiendo a la limón, con el simpático e inquieto "Alady", no sin antes

Las mujeres más bellas y jóvenes reunidas en una gran compañía de comedias musicales

"OCRA", UNA ORGANIZACION QUE VIENE A REVOLUCIONAR EL GENERO

Gentes nuevas con espíritu joven

aclarar, el no menos simpático Juanito del Arco, que él no quiere "exhibiciones".

—Bueno; vamos a ver, ¿esto qué es?—preguntamos con cierta curiosidad.

—Pues esto, nada, como aquél que dice.

—Aquí hay gato encerrado, y gordo—atajamos.

—Vamos a soltarlo—interrumpe Alady.

Relea, con esa seriedad desconcertante, se dispone a hablar. Veamos:

—Querido amigo...

—Dos puntos.

Sin hacer caso de la interrupción, sigue:

—Querido amigo. Esto que voy a decirle le parecerá a usted una fantasía, ¿verdad?; pero a medida que vaya demostrando a usted nuestros proyectos en marcha, se convencerá de que no lo es. Y, además, como us-



Tita Gracia.

ted es el primero que descubre nuestros planes, vamos a darle las primicias del asunto.

—Estoy lo que se dice en brasas. —Primeramente contamos, como cabecera de cartel, con "Alady" y "Lepe".

—¡Magnífica pareja de cómicos!

—Después tenemos nada menos que cuatro "estrellas" sumamente jóvenes y completamente inéditas en la escena.

—¿Nombres?

—Aunque no las va usted a conocer, le voy a dar los nombres. Pilar Omaña, Paquita Brasil, Tita Gracia...

—¿Quién no conoce a Tita Gracia?

—le atajo.

—En efecto; Tita Gracia es la única figura que, a pesar de su juventud, ha sabido imponer su apellido por todos los grandes escenarios.

—¿Quién es la otra?

—Y Carmen Silva.

Para darnos cuenta de que no se trata de una afirmación gratuita, Alady nos va ilustrando con fotos maravillosas de Campúa las deslumbrantes bellezas de estas nuevas figuras de la escena. ¡Qué mujeres, Dios mío!

—Y estas otras, ¿quiénes son?

—Las tiples.

—¿Las tiples?

—Pero si son tan guapas como las "vedettes".



Carmen Silva.

—Pues ahí va esto.

"Esto" es otra serie de magníficas fotografías, destinadas a la publicidad en los vestíbulos, que nos dejan perplejos. Ni una cara conocida aparece en este desfile de cartulina. ¡Qué bellezas, santo cielo!

—Bceno; mira, "Alady": ¿quieres que dejemos de ver chicas guapas y pasemos a charlar de cuanto aquí se prepara.

—Muy sencillo—interviene Relea—. Con este plantel de mujeres, que nuestro profesor se encarga de adiestrar coreográficamente bajo la más rígida disciplina, tenemos la seguridad de ofrecer al público la máxima novedad de la temporada.

—¿Obras?

—Por lo pronto, debutamos con *La rana verde*, en el Español, de Barcelona, ganado por este gran empresario para el teatro después de una gran reforma. Además de *La rana verde*, de Paradas, con música de Ulierte, contamos con ofrecimientos de Ramos de Castro y Jaquetot, de "Tono" y Miura y con un libro del gran compositor Pepe Fons.



"Lepe".

—A propósito, ¿y los músicos?

—Como en lo que se refiere a los libretistas también queremos dar oportunidad a los nuevos valores musicales, tenemos ofrecimientos de Navarro Tadeo, José Dols, Durán Alemani, Rivera, Halpern y otras firmas líricas de prestigio.

Y como el tiempo se nos echa encima, nos despedimos de Juanito del Arco, Relea y "Alady", fuertemente impresionados ante los proyectos en marcha de esta nueva Empresa que, con el título de "Ocra", viene a revolucionar las viejas costumbres de este género teatral y de la cual estamos seguros que van a armar un barullo bastante grande en la vida escénica española.

Mas como ésta no será la última vez que nos ocupemos del caso, cerramos hoy este reportaje como preludio de otros mucho más interesantes que permitirán al público conocer las grandes novedades que nos traen estos hombres audaces repletos de afanes y de ansias de renovación.

R. POLO.



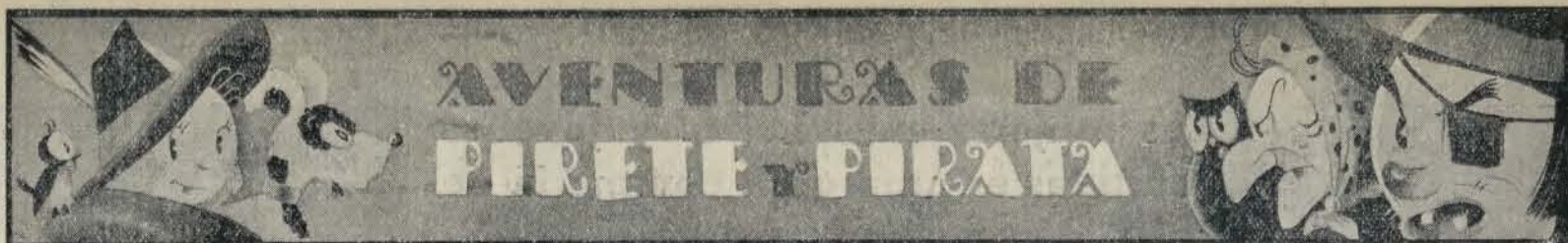
Paquita Brasil.



GRAFICAS UGUINA
TIPO-LITOGRAFIA
SE REALIZAN TODOS LOS TRABAJOS DE IMPRENTA

Meléndez Valdés, 7 - MADRID - Teléfono 41229

"Alady".



PRIMERA PARTE.—Capítulo XIV.—Una lucha de miedo.



I.—¡Pobre Princessita! ¿Qué suerte la espera en manos del misterioso fantasma? Este no habla nada, pero clava sus ojos en la desventurada Princessita y se aproxima más y más.

A punto de desmayarse está la Princessita Blancaluna, cuando aparecen nuestros valerosos Pirete y Pirata, que avanzan resueltamente hacia el fantasma. ¡Ya están frente a frente! El fantasma mira retador a nuestros héroes, y éstos no aguardan más y se lanzan sobre el fantasma.



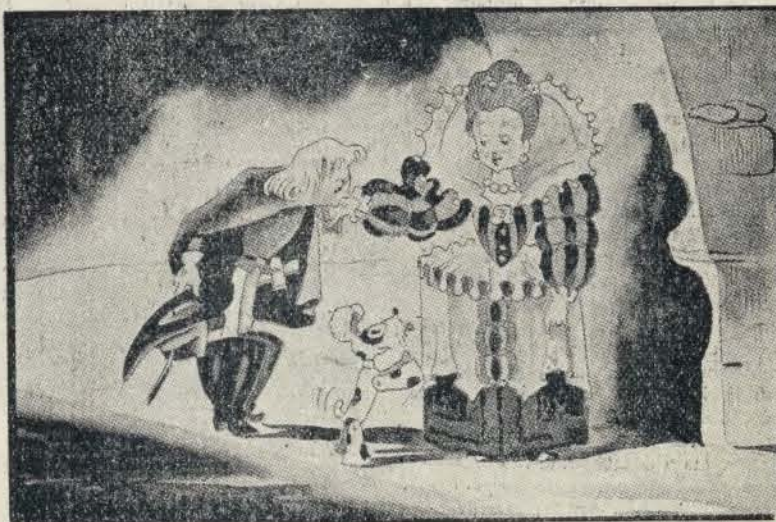
II.—Una horrible lucha se entabla ante la Princessita, que, toda angustiada, pide a Dios ayuda para sus salvadores.

Pirete, Pirata y el fantasma se confunden en un torbellino de vueltas y revueltas. ¿Quién saldrá vencedor? La Princessita...



III.—...confía en el valor y destreza de nuestros amigos; pero la lucha continúa más encarnizada y no parece verse el fin. Pirete sabe que a un fantasma no se le puede herir con la espada, pero sí vencerle con ingenio.

Todos habéis oído hablar del mar..., de las millas..., y de los nudos; pues bien, así sale huyendo el fantasma con la *mar de millares de nudos*, que no le permiten más movimiento que el correr.

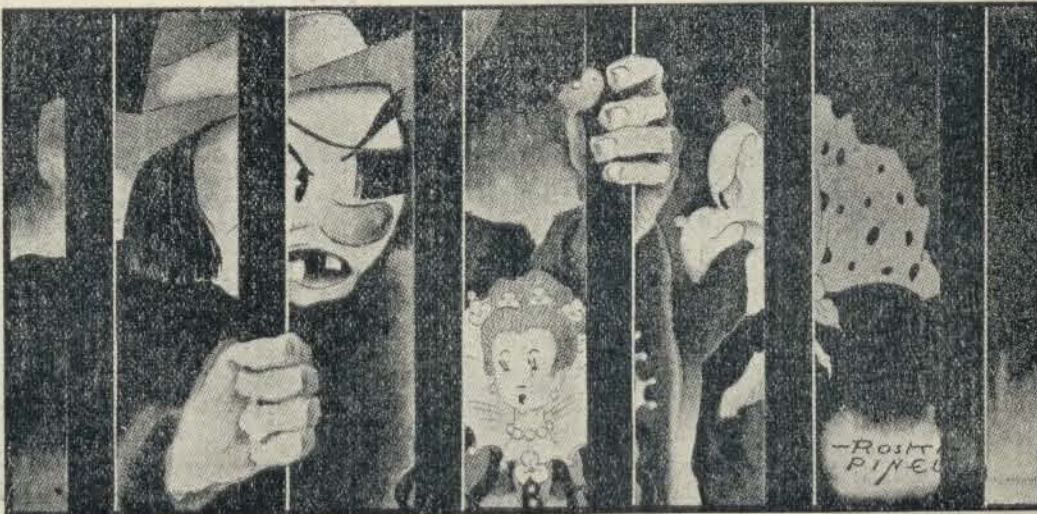


IV.—Libres ya del fantasma, Pirete y Pirata se aproximan a la Princessita —que está loca de contenta y admirada del valor de nuestros héroes— para darle ánimos y la tranquilidad de que en todos los peligros siempre estarán a su lado dispuestos a salvarla. La Princessita da las gracias a Pirete, y le dice: "Es curioso, este camino quiero recordarlo. ¡Tal vez lo haya soñado!"



V.—El ruido de unos pasos que se acercan hace que se oculten Pirete y Pirata. En efecto; son los malvados, que regresan en busca de la Princessita, y quedan admirados al encontrarla en el mismo lugar y actitud, sana y salva.

GRAFICAS UGUINA • MADRID



VI.—No salen de su asombro la infame bruja Perruna y el malvado tío Patapalo al ver que la débil Princessita no ha sufrido ningún daño con el fantasma; pero ambos disimulan y prosiguen el camino, en busca de los deseados planos que les hará poseedores del codiciado tesoro.

Por caminos desconocidos les lleva la Princessita, y ya creían que faltaba poco, cuando se vieron sorprendidos por una tremenda reja.

Ilustraciones y texto de ROSKI-PINEL.

(Continuará en el próximo número.)

PALACE HOTEL

*El restaurante
del PALACE
enteramente
nuevo*

"LA PARRILLA"

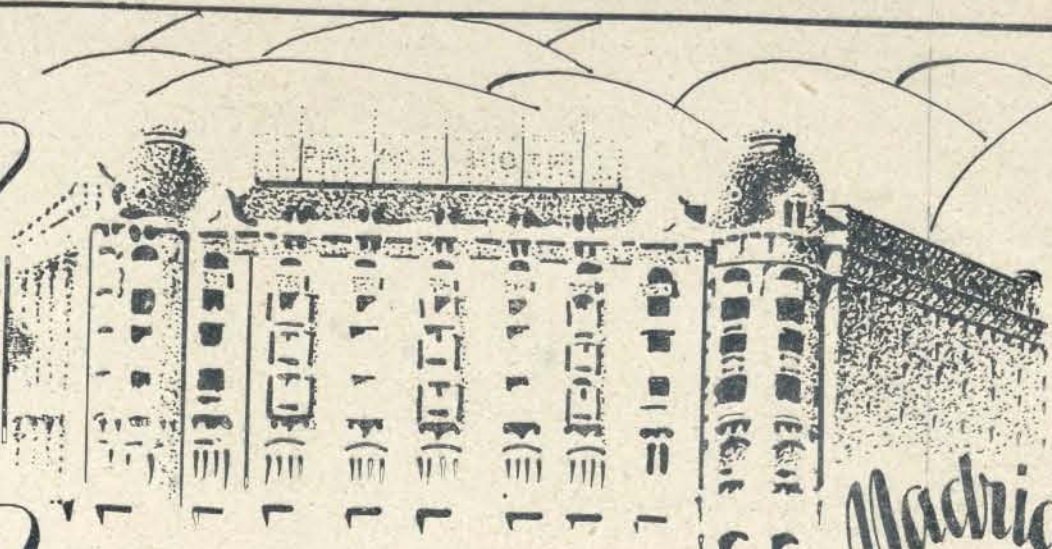
*con sus pollos
asados al
fuego de leña*

Almuerzos.

cenar con baile.

SALONES para

*bodas, fiestas
y banquetes*



Madrid

*El más suntuoso y completo
de EUROPA.*

Con todos sus servicios de restaurante

BAR. PARRILLA. HALL

y su nuevo garage interior

X.

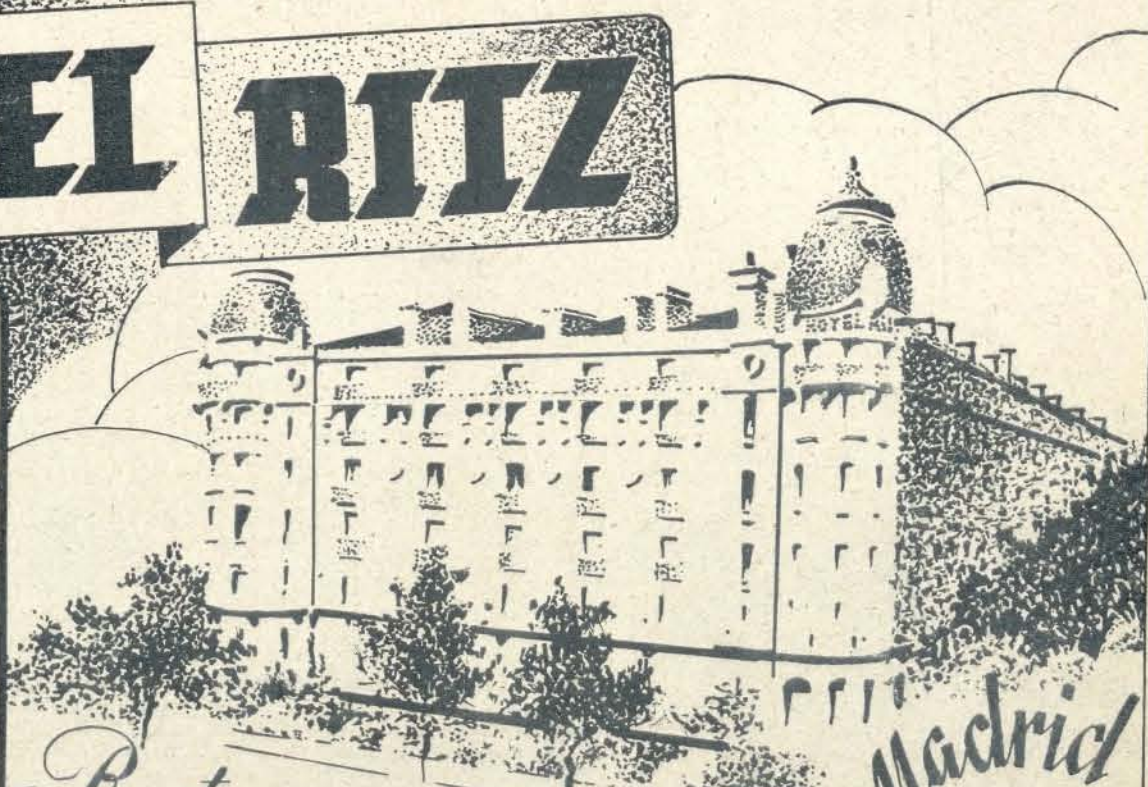
HOTEL RITZ

*El más
aristocrático
de ESPAÑA*

*Ambiente
de refinamiento
selecto y
lujoso*

Señorial

*Con nuevas
reformas en
habitaciones*



Madrid

Restaurante de
GRAN LUJO

*servicio
selecto*

Salones independientes para
BODAS y REUNIONES

X

TAJO



CURRO CARO